

Breve estudio de los terrores mundanos

DAVID NAVARRO LLORET

Edición online (Kindle)
© Amazon, 2015
1ª edición

A mi abuela Ramona.

Índice

<i>La marca en la mano</i>	pág. 15
<i>Guardianes del Cielo y del Infierno</i>	pág. 36
<i>Virgen del Carmen</i>	pág. 53
<i>Bloody Union & Co.</i>	pág. 67
<i>Mortal y persa</i>	pág. 84
<i>Los senos perdidos</i>	pág. 101
<i>La última fotografía</i>	pág. 118
<i>Fauces televisivas</i>	pág. 138
<i>Un viejo en el barranco del diablo</i>	pág. 153
<i>Sustratos de amor en la fosa común</i>	pág. 176
<i>Polvo al tiempo</i>	pág. 187
<i>Sólo perdura la muerte</i>	pág. 203
<i>Felices mortales</i>	pág. 221
<i>Leones tras el espejo</i>	pág. 241
<i>Ultrarrealidad</i>	pág. 263

POSOLOGÍA

Como a XY, el protagonista de estos trece relatos y medio, no me gusta mentir. Por eso confieso que me habría conformado con escribir acerca de los terrores infantiles que más me impactaron entre los cuatro y los seis años. Con toda seguridad, es la época de mi vida en la que más miedo pasé.

Sin embargo, en cuanto releí el primer borrador del escrito sobre mis miedos en la niñez supe que no podía seguir por ese camino. En primer lugar, porque resultaría excesivamente autobiográfico. En realidad, desconfío de los relatos umbilicales. Y, en segundo lugar, la realidad es que apenas contaba con veinte cuartillas.

Podía investigar y fusionar mis experiencias traumáticas con los últimos estudios sobre el miedo en los niños. Pero entonces ya no sería literatura, sino un ensayo... umbilical.

Quedaba la posibilidad de estirar las veinte cuartillas, de forma que el cordón quedara deshecho con las afiladas cuchillas de la ficción, o más bien de la mentira.

Opté por contar mis vivencias y esperar un tiempo, cerca de dos años. Durante ese tiempo escribí trece cuentos impregnados por los recuerdos revividos de mi infancia y si bien no todos los relatos buscan dar miedo al lector, todos se significan por bucear en la muerte y sus derivados. Algunos se recrean en los resortes psicológicos que a mí me provocan terror. Otros incluso se burlan del propio miedo.

Entre tanto, cuando ya llevaba más de la mitad de los cuentos escritos, decidí volver a mis memorias de niño asustadizo y lo cambié todo a tercera persona. Entonces, decidí comportarme como un escritor profesional y los rescribí cuidadosamente como si hablara de un niño que no fui yo.

Luego, una vez escritos los cuentos, me quedé bloqueado un tiempo. ¿Cómo iba a encajar las piezas? Para mi sorpresa, una vez superé el temor inicial, descubrí que a cada recuerdo infantil le correspondía un relato. Fue increíblemente sencillo encajarlo.

Como inevitablemente el libro de cuentos tenía forma de collage decidí incluir una pieza más al final del artefacto. Un poco por resultar más posmoderno todavía, un poco por mi obsesión por ofrecer el máximo al lector. También quise rendir homenaje al cine, una de mis pasiones, ésta es la verdad.

Luego rescribí el conjunto. Lo rescribí. Lo volví a hacer. Pagué a gente para que me corrigiera el texto. Algunos lectores me hicieron llegar sus opiniones. Lo rescribí otra vez...

Al final escribí este prólogo y como me encontraba rodeado de medicamentos en una casa de campo helada y desierta decidí llamarlo Posología. A continuación, pensé que me daría miedo que se fuera la luz y, como cada noche a la una y veinticuatro minutos de la madrugada, se fue.

Noviembre de 1979

XY está sentado en lo más alto del tobogán. Su abuela le pide que se dé prisa en lanzarse, que ya es hora de ir a casa a comer. XY Le dice que no puede, que hay un niño en mitad del tobogán que le impide deslizarse. Su abuela inclina el cuello hacia abajo, niega con la cabeza, tuerce el morro y, por sorpresa, levanta los brazos y lo empuja. XY se resiste a caer aferrándose a los laterales del tobogán, pero su abuela ríe y le da otro empujón. Al borde del llanto, le ruega a la abuela que deje de empujarlo o por su culpa le hará daño al pobre niño rubio que tiene sangre en la cabeza.

Su abuela se queda pasmada durante unos segundos y luego le regaña. No debe jugar con esas cosas. Enfadada, deja a XY en mitad del tobogán.

XY consigue saltar del tubo, corre en dirección a su abuela (mira dos o tres veces hacia atrás como si hubiera dejado algo o a alguien allí) y, cuando se sitúa junto a la mujer, le pregunta, tembloroso, a qué cosas se refiere. Su abuela le contesta enrabiada. Nunca le levanta la voz, pero esta vez sí. Te he dicho que no juegues con esas cosas. La mamá del niño lo está pasando muy mal. ¡Y lo sabes!

XY le pregunta por qué. La abuela, furiosa, en lugar de seguir con las preguntas y respuestas lo agarra fuerte de la mano y lo arrastra para irse a comer de una santa vez.

El niño de poco más de cuatro años se suelta de la mano arrugada y corre como un loco hacia el tobogán. A medida que se acerca, atenúa el paso. Hace como que habla con alguien. Su abuela lo ve en la distancia y vuelve a negar con la cabeza. "No tiene remedio", parece que diga.

De repente y de forma inexplicable, XY salta hacia atrás, como si una fuerza lo agarra del codo y lo sacudiera desde abajo hacia arriba. La abuela observa a su nieto volar por los aires y aprieta el paso. Enseguida, XY da con la cabeza al suelo de grava, bajo el tobogán. La anciana corre a recoger al niño, que no se mueve.

La mujer no ve bien, a pesar de las gruesas gafas, y por eso le sujeta la cabeza en el aire durante unos segundos hasta que percibe que apenas se trata de una herida superficial, y XY se agita, abre los ojos y pregunta por qué lo has hecho. La abuela sonríe, como si fuera una broma, y deja a XY sentado en el suelo. XY se rasca la coronilla y la encuentra húmeda. Se queda mirando sobre el círculo de tierra entre la grava al final del tobogán. Entonces empieza a llorar y se hace un ovillo rodeándose la cabeza con las manos.

Ella lo pone en pie, le besa la coronilla y se lo lleva de la mano del parque infantil. Por el camino le dice que tendría que pedirle perdón a la virgen. XY no entiende qué tiene que ver la virgen con todo esto si al fin y al cabo es culpa del niño rubio, que se ha enfadado, y también es culpa de la abuela, que pretendía que él acabara golpeando la cabeza del niño. Quizá no es la mejor idea, pero le consuela. Por eso le pide a su abuela que le cuente alguna historia de fantasmas. La mujer protesta y le contesta que no está el horno para bollos. Y XY se suelta de la mano de su abuela para corretear y saltar el camino que queda hasta su casa.

1. La marca en la mano

Toda tu vida has crecido convencida de que el primo Carlos pasó de ser el más listo de la familia a enajenado mental por culpa del espiritismo. De ahí que evites el contacto con todo lo que se supone que viene del más allá. Desde que le diste la mano para calmarlo en uno de esos arranques de ira y descubriste una marca en la palma idéntica a la que tienes tú, has decidido vivir alerta ante cualquier suceso paranormal.

Alerta es poco. Como una maldición, el destino parece obstinado en colocarte trampas tras cada esquina. Todavía te acuerdas del susto de la ouija cuando apenas rondabas los doce años. Demasiado mayor para achicarse ante el desafío, demasiado pequeño para saber a qué oscuro abismo te enfrentabas. Es más o menos la época en la que el primo Carlos deja los estudios, pero tú no lo sabes todavía aquella tarde de otoño en el patio del colegio. Es sencillo: te proponen que “juegues” a la ouija con los dos chicos más guapos de la clase, tu mejor amiga, y Rocío, la favorita de todos los maestros e hija de don Ignacio. Sucede antes de las tres de la tarde, cuando se reanudan las clases. Ellos se quedan a comer en el comedor, tú no; pero has llegado antes de la cuenta y te has colado por el agujero de la valla en cuanto tu padre se ha alejado con la furgoneta. Os habéis puesto detrás de unos eucaliptus, cerca de las pistas de futbito, y enseguida has detectado que nadie sabe muy bien de qué va eso de la ouija. Alguien asegura que necesitáis un libro, mientras Raúl saca unas tijeras enormes de la mochila. Rocío propone usar un diccionario (lo primero que saca de la cartera), y os dais de la mano a la orden de alguien (qué calentita la mano de Rocío), y alguien apunta en un cartón las palabras sí y no. El otro chico, ahora no te acuerdas de su nombre, gira las tijeras, y Raúl le recrimina que no sea tonto, que primero tienen que hacer una pregunta. Tú te adelantas a todos y, sin querer, te clavas la punta de las tijeras en la palma de la mano derecha. Tu mejor amiga (¿cómo se llamaba?) te dice que no mires la sangre y te lleva enseguida hasta el baño donde te venda la mano con todo el papel higiénico que da de sí el único rollo. Lo ha hecho con mimo, pero no es Rocío. Has cerrado los ojos para imaginártela y te ha dado asco sentir cierto regusto agradable. De vuelta a la reunión de espiritistas novatos, los demás esperan impacientes y Raúl os recrimina que hayáis tardado tanto. El antipático e impaciente Raúl coloca bien las tijeras, pero su compañero le recuerda que le toca girarlas. Los dos discuten, y Rocío, con sus buenas palabras, pone paz en el asunto: antes de poner las tijeras en marcha hay que hacer las preguntas al espíritu. Tu mejor amiga no acierta a formular una pregunta donde la respuesta sea sí o no. Rocío pasa. Raúl tampoco acierta. El otro chico está enfadado todavía con Raúl. Tú preguntas si está muerto (y das por hecho que es un hombre). Las tijeras giran a un ritmo diabólico, porque el chico guapo ha usado todas las energías de los macarrones del comedor. Las puntas señalan claramente la palabra “sí”. Sois muy niños para reconocer que un espíritu jamás contestaría que está vivo. Sin embargo, no os dais cuenta de la estupidez. Simplemente os cagáis de miedo.

Hay que hacer más preguntas, porque queda poco para que toque la sirena. Tú prefieres dejarlo, pero tu mejor amiga te convence como siempre, con ese gesto que te amenaza con que dejará de ser tu mejor amiga si no le sigues el juego. Aceptas de mala gana. Rocío, que para algo es la más lista, usa el diccionario para hacer las preguntas. Ella misma lo prueba. Lo abre al azar y le sale la palabra melancólico. De nuevo, giran las tijeras. La respuesta es la que todos esperáis: sí.

Tú no tienes ni la menor idea de que en pocos días a tu primo Carlos le dará por leerse de cabo a rabo un diccionario idéntico al Vox que usasteis para la sesión de espiritismo ni que repetirá las palabras que vaya encontrando para acallar las voces que le retumban en el interior de la cabeza. Precisamente, se pasará todo un día, para aumentar el dolor de tus tíos, repitiendo la palabra “melancólico”. Ahora ya tienes suficiente miedo, aunque no sepas nada de las

coincidencias con el caso de tu primo. En ese primer contacto todavía nadie te ha prohibido hacer espiritismo, pero no lo necesitas para saber que no estás haciendo nada bueno. Tu profesor de religión siempre evita hablar del diablo y, sin embargo, no duda en señalar los fantasmas “y esas cosas” como obras del innombrable. De todas formas, la sesión continúa.

Los interrogantes al más allá son de lo más ingenuos. Tú todavía no lo juzgas así. Por eso, si aquel chico del que no recuerdas el nombre pregunta al espíritu si es Napoleón, esperas a que os lo confirme con el vello de punta, los dientes apretados y la mano, aún vendada, cosida a la de tu mejor amiga. Las tijeras lo desmienten, aunque esas vueltas de más ofrecen un extra de intriga que te pone los pelos del flequillo en guardia.

Raúl aprovecha que Rocío se ha cansado de “jugar a los espíritus” y se ha marchado a hacer cola (es una chica aplicada, por eso es lista, o viceversa) para preguntar si don Ignacio está entre los espíritus. Don Ignacio, a pesar de ser el padre de Rocío, era un maestro que sólo te suena de vista, pero todo el mundo sabe que se ha muerto hace poco, al parecer, dormido al volante, en la curva demasiado cerrada por culpa de una fábrica de chocolate y una casa abandonada a las que nadie se atreve a recortarles terreno.

Tú te miras el vendaje improvisado en la mano, descubres la mancha de sangre y te quieres ir también. Tienes miedo y, al fin y al cabo, Rocío ya no está. “No es un juego”, afirma Raúl, y te quedas más por la mirada reprobatoria de tu mejor amiga que por miedo a que Raúl crea que eres un miedica. Las tijeras empiezan a dar vueltas. De nuevo ocurre lo que temes pero esperas al mismo tiempo. La respuesta a la pregunta espiritista es sí: don Ignacio está entre los muertos que, por alguna razón, no han subido al Cielo ni bajado al Infierno.

Se levanta un poco de viento y las hojas del eucaliptus que os resguarda crujen y os hacen levantar la vista. A todos os recorre un escalofrío. Suena la sirena del colegio como un perro viejo aullador y el jaleo de los niños en sus filas catastróficas te devuelve a la realidad. A tu realidad. Los maestros son altos. Los niños bajitos. Los maestros sólo hablan entre ellos, a ti te ordenan cosas o te regañan. Los niños también se aíslan del mundo de los maestros y sólo son ellos mismos cuando se refieren a otros niños. No hay contacto real entre ellos, como no debería haberlo entre vivos y muertos. En los primeros puestos de la fila ves a Rocío y, a pesar de ser tan lista y guapa, sientes lástima por ella. Pobrecita, su padre está penando en el Purgatorio.

El experimento termina ahí... Ja, qué más quisieras. El chico guapo, se llame como se llame, te repite (los demás marchan por delante) que ni se te ocurra abrir un cajón en tu casa donde haya unas tijeras. Rocío apunta que está demostrado que las tijeras se clavan en las personas que practican espiritismo y que ese maleficio dura poco o más o menos un mes. ¡Un mes! A ti te gusta que ella se preocupe por ti y, de momento, dejas el miedo aparte.

Aquella noche sueñas con don Ignacio. El ambiente es tenso en casa del maestro, Rocío se pone los auriculares en su habitación en el altillo para no escuchar los gritos entre sus padres. Ves cómo don Ignacio sale de su casa, nervioso por la discusión con doña Alejandra, que también es maestra, pero en otro cole. No tienes ni idea de cómo es ella, pero te la imaginas teñida de rubio. Don Ignacio —ahora sí que lo ves claramente— presenta la estampa que los cuarentones tenían en los ochenta. Es decir, que aparenta cincuenta años. El rostro hinchado, bien rasurado, con las cejas negras, el pelo igualmente oscuro y demasiado bien peinado con raya a la derecha. Tiene los labios anchos y el mentón enorme. Parece un hombre de fiar, pero está como fuera de sí cuando arranca el coche. Pone la radio, prueba dos emisoras de música, hace una mueca y apaga la radio. Mira por el retrovisor como si le siguiera alguien. Se hace de noche en tu sueño. Unas luces parpadean por detrás del coche del maestro. Las luces se reflejan en la curva cerrada. Don Ignacio mira por el retrovisor, y cuando las luces se apagan antes de encenderse otra vez, observa el rostro de una mujer rubia, como su esposa, pero en muy joven. Es guapa, muchísimo. Abre los ojos de modo que puedes ver tu miedo en ellos. Se toca el pecho

a la altura del corazón. Te vas a estrellar. Eres tú el que conduces. Te despiertas.

Decidido, nunca jamás volverás a tratar con difuntos.

Durante el mes en el que las tijeras deberían guardarse a buen recaudo tienes que pasar por decenas de situaciones complicadas. Tu madre te las pide cinco o seis veces y te regaña por no hacerle caso. Tu hermano abre el cajón en tu presencia más de una vez y te obliga a darle dos cachetes para que no las coja. Pobre hermanito. Un día, cuando crees que ya ha pasado el mes, eres tú el que abre el cajón de las tijeras —y de los carretes de hilo, las agujas y otros enseres similares— y te quitas un peso de encima. El arma de doble filo no se ha movido. Incluso, atraído por una fuerza desconocida, tocas las tijeras. Las tocas, y no pasa nada. El susto te lo das más tarde cuando descubres que sólo han pasado veintiséis días. Febrero te ha engañado. Es más corto, y aparte, contaste mal los días. Recuerdas que don Ignacio enseñaba matemáticas, pero no le das ninguna importancia.

No vuelves a soñar con don Ignacio. Menos mal. Pero en tus pesadillas sí que empiezan a ser recurrentes las rubias en el arcén de una carretera. Ha caído la tarde y la mujer te mira fijamente. Ésa es una constante que aprendes a olvidar.

A pesar de todo, decides que nunca más te expondrás a juegos tontos como el de la ouija. Sobre todo cuando empiezan a cobrar fuerza en tu casa los rumores de que la enfermedad del primo Carlos se debe al espiritismo. Por supuesto, ni tú practicaste la ouija como debe de ser, ni la esquizofrenia de tu primo tiene nada que ver con los muertos. Pero tú crees todo lo contrario. Y se te forma un nudo en la garganta cada vez que oyes hablar del tema. Sobre todo, cuando descubres que la cicatriz que dejaron las tijeras en la mano coinciden exactamente con la marca que ves en la palma de tu primo Carlos el día que, muchos años después (tú, ya un chico de veintitantos; él, un adulto disminuido por la enfermedad y las drogas), lo coges para calmarlo, y se calma. La señal tiene forma de cruz invertida si las miras con los dedos apuntando al cielo.

Tu vida queda indeleblemente marcada por esas experiencias. A los catorce empiezas a distanciarte de tu grupo de amigos del colegio porque empiezan a ver películas de terror, a escondidas. A los dieciséis te presentan a una chica guapísima, muy simpática, pero tiene un defecto: le va lo gótico y escucha a Black Sabbath. La dejas marchar. Por si acaso.

Tienes dieciocho años y medio y llevas saliendo un par de años con una chica mona. Se lleva muy bien con su madre y eso te llama la atención. Decides pasar más tiempo con la señora. Pertenece a una de esas iglesias evangélicas a la que acuden extranjeros, gitanos y forasteros, y asegura que en su casa el diablo ha intentado torcerles la fe cristiana provocando ruidos en las camas, incluso de día, y una olor asquerosa a pescado. Cuanto más te crees sus experiencias —aunque no presencias ni uno de los sucesos— más te alejas de Susana, porque ella de repente piensa que su madre y tú estáis como una cabra. Te deja ella, pero aquello ya estaba roto.

Pasan varios años. Tienes veintiséis y te acabas de mudar a Barcelona para estudiar cine. Has estado trabajando y ahorrando desde que acabaste la diplomatura de magisterio, pero ser maestra no te llena. Por fortuna, tus padres fingen que lo entienden. De momento, no tienes pareja estable. Ni quieres. A diferencia de la gente que conoces, no te van los rollos de una noche, así que hace tiempo que no compartes cama con una mujer. Sin embargo, ese detalle sexual puede no tener nada que ver con lo que te ocurre en la cena de Navidad con una compañera de la academia de cine.

De tus visitas esporádicas a tu pueblo sabes, entre otras cosas, que al primo Carlos la vida le ha dado una oportunidad. Se ha casado, tiene un piso, acaba de tener un hijo, y con la medicación lleva una vida normal. Ya es mucho más de lo que has obtenido tú, te lamentas, aunque te alegras mucho por Carlos y, en el fondo, sabes que la culpa la tiene tu inconformismo, esa casa lúgubre del barrio gótico de Barcelona y tus compañeros de piso, que son unos gañanes y se

conforman con recordarte lo macho que fuiste al liarte con aquella tía gótica de la cena de Navidad. Sí, la misma que no deja de mandarte mensajes al móvil, a cada cual más siniestro.

Antes de la cena, a finales de junio, vas al pueblo. Como quien no quiere la cosa, y menuda casualidad, sales del cine de ver una película de terror psicológico (en teoría, porque intervienen fuerzas del más allá), y te encuentras a tu primo Carlos con su mujer y su bebé.

Tu primo tartamudea al verte y cuando te da la mano la retira de golpe. Al percatarte, te extrañas, y aún te asombras más al descubrir que tu primo oculta la palma de la mano tras la cintura.

Sin que te dé tiempo a lanzar elucubraciones, saludas a su mujer y le haces cuatro carantoñas al bebé. Estás a punto de huir con cualquier excusa, pero de pronto te da vergüenza: todavía no has visitado su casa, y eso es una falta de respeto en el pueblo. Y más, en tu pueblo. Te invitan, porque estás solo y apenas son las ocho de la tarde. No tienes ningún plan B que echarte a la cara, pues tus pocos amigos han aprovechado el puente para irse con sus parejas. Los otros dos solterones apenas salen. Uno no sale y se pasa la vida estudiando; el otro está enamorado de su bicicleta. Con tal panorama aceptas acompañarles. Por el camino, la voz gangosa de tu primo te hace recordar aquellos tiempos en los que tartamudeaba. ¿Por qué te escondió la mano? Luego, te fijas en su mirada. No dirías que está ausente, pero te rehúye. El miedo bulle en sus ojos. La chica parece nerviosa y tímida, pero se le ve buena persona. También transmite tristeza. Por el camino, tu primo empuja el carro del bebé mientras ella te cuenta poca cosa: los llantos del crío, las dificultades de compaginar su trabajo en el supermercado con los cuidados del bebé, etc. Cosas de esas a las que asientes sin saber muy bien qué estás escuchando. Te parece pretencioso contarle tus planes de rodar un documental sobre la indigencia en tu barrio de Barcelona, aunque, bien pensado, ella ha encontrado su lugar en el mundo, y tú no.

Hay muchas cosas que han ocurrido en el pueblo que no sabes, pero hay una que habrías necesitado saber, y te la dice un hermano de Carlos, Juan Miguel, que se presenta en el piso de tu primo, justo cuando tú llegas con ellos. En un aparte, Juan Miguel se congratula de lo bien que está saliendo Carlos de su última crisis. Al parecer, el día del nacimiento de su bebé explotó de tanta tensión y condujo por el pueblo a toda velocidad gritando obscenidades hasta que lo paró la Guardia Civil y, en lugar de detenerlo, porque lo conocían y es buen chico, lo mandaron para casa. Después, se presentó en la casa de tus tíos, donde se reunía toda la familia, e intentó quemarse la palma de la mano derecha con un mechero. Te horroriza pensar que a ti también se te pasó por la cabeza quemarte la marca de la cruz invertida. Empiezas a sudar y pegas la palma de la mano a la cadera.

Tu primo Carlos, que sólo padece esquizofrenia, enfermedad que no implica sordera ni falta de inteligencia capta la conversación y hace enrojecer a Juan Miguel dándole las gracias por el parte médico. Juan Miguel, a quien todo el mundo considera una buena persona y se preocupa mucho por su hermano, se va del piso avergonzado. No es orgullo. Lo sabes. Es, simplemente, que no quiere molestar a Carlos, pues tiene miedo de que cualquier desencuentro le provoque una crisis.

A Carlos no le pasa desapercibido este abandono y reconoce que Juan Miguel se porta muy bien con él. “Cuando me pasó esto último”, relata, “fue el único que tuvo los redaños para llevarme a urgencias. Si Juan Miguel no llega a recogerme a tiempo, me habría quemado la mano y quién sabe qué más”. Entonces te enseña la palma de la mano derecha. Es espantoso. La quemadura sólo consiguió acentuar los perfiles de la marca de la cruz demoníaca. Lo peor es que es entonces cuando te das cuenta de que es idéntica a la tuya. Carlos intenta razonar contigo por qué hizo aquella barbaridad, pero su mujer intercede, y te lleva de un tirón (tan tímida como parece) para que veas la casa. Luego, tomáis los dos un licor de mistela, mientras Carlos os observa con melancolía. Él no bebe alcohol. Cuando te vas, te parece que él se mira la palma de la mano quemada, pero no lo sabes.

Una semana más tarde, la cena va bien, aunque sólo acudan chicas, ocho en total, y piensas a priori que te aburrirás porque tienes más confianza con dos chicos que no han venido. Te sientas al lado de la que probablemente menos futuro tenga como realizadora. Le cuesta mucho entender los conceptos técnicos y ronda los cuarenta años. Además, como mujer te parece poco interesante. Al otro lado, el profesor, que te cae fatal, gasta bromas con sus alumnas favoritas, una que está muy buena y sus dos amigas. A lo largo de la cena llegas a pensar que una o dos chicas te buscan con la mirada, pero ni siquiera te esfuerzas en evitarlas, porque son feas. Les diriges la misma atención que a una silla vacía. En un momento de silencio, mientras piensas en la silla de la comparación, constatas que no son imaginaciones tuyas, que la cuarentona anodina, la que no debería llegar a ningún sitio con su cámara, te coge la mano derecha y la gira hasta ver la palma de tu mano. En realidad, te molesta tanta confianza, más allá de tu trauma con la marca de las tijeras. Pero no le vas a confesar una de tus debilidades a una mujer a la que apenas conoces. Te lo dice sin más. “Voy a leerte la mano”. Tardas un momento en reaccionar. En un primer instante quieres negarte, pero al azar pescas un pensamiento que te anima a dejarla hacer. Si el espiritismo te ha traumatizado, tal vez una tontería como la quiromancia te ayude a vencer tus miedos más primitivos. Será como una epifanía. Sin embargo, tampoco lo tienes tan claro. No accedes todavía, pero la rubia, casi albina (cómo te recuerda a la mujer de tus pesadillas), ya te está leyendo la mano. Las primeras palabras son positivas, aunque muy abstractas: bien de amores, no muy mal de dinero... Súbitamente, la mujer deja de parlotear al llegar a la cicatriz. Le pides que te acabe de leer el futuro, que se dé prisa. Su rostro se te antoja cadavérico. Toda su cara es un negativo de una fotografía antigua calcinada por el viento. “Aquí lo dejo. No puedo seguir... Uy, esa marca... No, mejor lo dejamos”. Es lo último que se atreve a pronunciar aquella mujer, ahora ya indeseable. Y, herencia materna, reaccionas como si nada hubiese pasado. Sigues cenando e incluso le sigues el juego a uno de los chicos que te acosa con la mirada. Ya no te parece fea, simplemente del montón, y más te vale recordarla más agraciada, porque horas más tarde, para regocijo de tus compañeros de piso, acabarás llevándotela a tu habitación para negarle el saludo después de las vacaciones.

Es curioso, pero das las gracias a Dios porque la chica tuviera ese *look* gótico, pues de otra manera nunca te la habrías follado. Ese polvo es seguramente el único momento en el que no pensaste cosas siniestras. Ahora piensas en pagar un tatuaje que cubra la marca de la palma de tu mano, pero te aterra que sea inútil. Un nuevo mensaje de Rocío, ya es casualidad, te condena al averno entre horribles desgarros de diversas partes de tus genitales.

Febrero de 1980

XY juega solo en la terraza del bar de su tío. Fuera del alcance del toldo cae un sol de media tarde de invierno. Se imagina que va en moto y por eso da vueltas en círculo sin dejar de emitir un zumbido que a él le recuerda al de las carreras de la tele. De repente, escucha una voz que le llama por su nombre. Es una voz femenina. “Niño, acércate”, repite la voz. XY levanta la vista y ve a una mujer con el pelo negro y rizado sobre una moto grande, como las de la tele. La chica, porque es joven aunque XY la encuentra viejísima, viste un mono ajustado y blande un casco de moto grande, como la calavera de Hamlet, sobre el muslo izquierdo. De repente, cuando XY la observa detenido, la mujer pone un pie en el suelo. Lleva las botas negras y amarillas a juego con el mono. A XY le parece tan guapa como las actrices de las películas. No se puede decir que le guste, porque aún no conoce el deseo sexual, pero se la imagina en la piel de una heroína y le cuesta poco ponerse en la piel del héroe que conduce la moto con ella detrás agarrada férreamente a su cintura. A XY le cuesta demasiado poco dejarse llevar por la imaginación. Como está en todo, en su película mental se cuelga un recordatorio: no debe hablar con extraños.

La motorista detecta la voz de alarma en los ojos del niño y tal vez por eso le pide a XY que se suba con ella en la moto. El niño no sabe qué decir. Apenas se había fijado en la moto roja y blanca. Cómo le gustaría ser mayor para montarse en una igual. La mujer le apremia: “ven, súbete, te doy una vuelta” y en esas prisas se ve tan nerviosa como su madre cuando le dice que deje la tele, que venga a comer de una vez.

La motorista insiste, pero en XY las urgencias producen resultados adversos: en lugar de ponerlo en movimiento, lo paralizan. Por tanto, el niño sigue sin moverse. En este lapso de tiempo, el mundo podría estallar a su alrededor que XY no se alteraría. Sin embargo, escucha algo que le hace reaccionar: “ven, que tu padre te está esperando”. El padre de XY es un albañil cinco o seis años mayor que la motorista, una eternidad para un niño de cinco años, y si hay alguien alejado del héroe que XY imagina junto a la mujer de pelo rizado y labios carnosos que tiene enfrente ése es su padre, barrigón y medio calvo. Por si fuera poco, insiste: “vamos, que te llevo con tu padre”. ¿Y por qué no lo dijo al principio? ¿Cómo es que su padre no ha venido en persona como cada día que lo recoge del bar de su tío? ¿Por qué nunca antes ha visto a esa chica?

Sea por lo que sea, XY no se cree que de verdad esa mujer vaya a llevarlo con su padre. Además, a XY su abuela y su tío le han prohibido cruzar una línea invisible entre la última mesa de la terraza del bar y un estrecho pasaje para los peatones antes de la carretera general. La motorista está demasiado lejos de la línea.

Pero no le dice que no con la cabeza por eso. Se niega a acompañarla porque detecta que ella le está mintiendo. Y para XY no hay nada peor que una persona que miente. Le da lo mismo que se alguien sea tan bello. No le impresiona lo más mínimo que lleve una motaza.

La chica, ahora sí muy nerviosa, insiste. Da igual: XY ya no escucha. Ella apoya el otro pie en el suelo y XY advierte una amenaza en ese gesto, aunque por eso mismo se le congela la lengua y es incapaz de decirle lo que piensa. Tal vez está pensando demasiadas cosas a la vez. El miedo lo suele sumir en tal estado de confusión.

Mientras tanto, ella asegura el caballete y se separa un par de pasos de la moto. Es muy guapa y cuando sonrío, en estos momentos lo hace, parece un ángel. XY podría confiar en la mujer sin problemas, de no ser por qué la vuelve a notar nerviosa cuando le insiste dos veces más que la acompañe. Todavía hay una distancia de cuatro metros y unos pocos centímetros entre los dos. Ella adelanta otro paso con gesto malhumorado y el embrujo se desbarata. XY ya no ve a una joven preciosa que le quiere llevar junto a su papá, al que adora. Todo lo que ve es a la bruja de Blancanieves cuando todavía se ve bella frente al espejo. Entonces, al niño le da por correr en

dirección al bar de su tío. En cuanto lo ven entrar, los clientes sentados en los taburetes y su tío, tras la barra, perciben que XY no está jugando a las motos consigo mismo, como de costumbre. XY lleva el terror escrito en el rostro. Por eso su tío pasa por debajo de la barra y se agacha para hablar con XY.

El niño apenas consigue balbucear que la motorista quería llevárselo para ver a su padre. Sin que le dé tiempo a repetirlo, su tío sale corriendo del bar.

XY quiere asomarse a la puerta del bar, pero alguien lo coge de los brazos y luego el peso del hombre no le permite avanzar. Cuando su tío vuelve, mejor dicho cuando detecta que su tío se ha llevado un gran disgusto, XY empieza a llorar inconsolable. No le ayuda que le diga que allí no había nadie. Al contrario, una mentira sólo podía empeorar las cosas: las cristalerías del bar no son lo suficientemente opacas como para no ver a una motorista huir a toda velocidad.

Por la tarde, su padre lo recoge en el bar. Ya en el coche, balbuceando, XY le intenta contar lo ocurrido. Como su tío y su mujer se han empeñado en entretenerlo, XY no se ha dado cuenta de que su padre ya lo sabe. El niño no entiende por qué su padre no deja de cambiarle de tema. Al cabo de cinco minutos, incapaz de seguir con su discurso, XY se cansa de combatir contra las evasivas de su padre y la angustia remite. Sin saber cómo ha llegado hasta ahí, XY escucha la explicación de su padre da sobre el significado de "felices Pascuas". Gracias a que el albañil tiene tantos rudimentos filológicos como capacidad de sacrificio un catedrático de lengua, la mente de XY divaga por entre las lagunas de la explicación paterna. De repente, un bostezo. A continuación, el padre pone la radio y XY intenta no pensar en la motorista. Nunca más se vuelve a hablar del tema, aunque XY tarda mucho tiempo en olvidar aquel día.

2.

Guardianes del Cielo y del Infierno

No sé para qué tuve que conducir más de cuatro horas hasta aquella cala en mitad de una crisis de pánico. El caso es que no pude evitarlo, o eso prefiero pensar, y me senté en la mesa más solitaria de un tugurio para turistas que, con el frío y las nubes, sólo me tenían a mí como cliente. Frente a mí la cala donde conocí a Luisa, donde solíamos escaparnos en verano y, alguna vez, también en invierno. No había planificado aquella escapada. Más bien fue fruto de un impulso. Era más sencillo vestirme, recorrer el kilómetro y medio hasta el aparcamiento de mi viejo coche y ponerme en ruta que seguir viviendo una pesadilla tumbado en el sofá de casa. Por eso conduje a más velocidad de lo normal. Por ese motivo no vi el control de alcoholemia de la Guardia Civil. Sin embargo, tuve suerte: a la altura del coche todoterreno, se me caló el coche y debió de parecerles que frenaba ante sus indicaciones (que no vi). Estaba cansado y nervioso, y no sé por qué lo hice, pero bajé la ventanilla. Con el rabllo del ojo comprobé que el guardia más viejo me estaba haciendo el gesto de que prosiguiera con la marcha. Era mucha casualidad y por eso me detuve, volví a bajar la ventanilla y le pregunté, estúpido de mí, si debía soplar por un alcoholímetro “o algo así”, añadí con torpeza. El agente apenas me sonrío y me dijo: “Prosiga, por favor”. Sin la ayuda de mi ángel de la guarda, me habría quedado sin carné, como mínimo.

Siempre fue así: en cualquier momento de peligro el caos se reordenaba, como si un ángel acudiera a mi lado, para protegerme cambiando las reglas del juego. No eran imaginaciones mías: sucedía. Al presunto ángel no le puse nunca cara ni cuerpo; a lo sumo me compuse una luz cegadora. Nadie jamás advirtió su presencia y, huelga decirlo, nunca pude guiar sus acciones.

Por ejemplo, el día que un amigo del colegio dejó de serlo y decidió partirme la cara, todos los demás chavales comentaron su mala suerte al tropezar con el filo de una baldosa cuando estaba a punto de atizarme. De resultas del porrazo se partió un diente. Algo parecido sucedió varios años más tarde, antes del comienzo de un examen decisivo (para el que no había estudiado). Deseé en voz alta que se cancelara la prueba: imaginé un incendio, una inundación por lluvias torrenciales e incluso un aviso de bomba (estuve a punto de salir de la clase y hacer la llamada). A los cinco minutos vino el bedel del instituto para avisarnos de que el profesor había enfermado. Seguramente mis compañeros escucharon de mis labios el deseo de que se cancelara el examen, pero enseguida alguien recordó que al profesor de matemáticas se le notaba muy resfriado los últimos días. Por tanto, la mayoría dio por buena la explicación, la lógica se impuso y nadie pareció recordar mi mal augurio. Mejor, pensé, y respiré hondo. No en vano, estaba convencido de que a mi protector le fastidiaba que el resto de mortales sospechara el origen de mi repentina buena suerte. Lo supe a los cinco años, cuando se me ocurrió sugerírselo a mi madre y en poco tiempo se nos quemó la casa y murió mi abuelo, todo en dos semanas. Por eso prometí guardar el secreto para siempre.

Siempre me sentí muy afortunado de contar con mi propio ángel de la guarda, a pesar de aquel incidente en que perdí a la persona que más quería y estuve a punto de perderlo todo. Como no obedecía a mi voluntad, nunca tuve remordimientos. No diré que salí de todos los apuros posibles gracias a una ayuda sobrenatural, porque sería una exageración, o directamente una mentira. Sin embargo, de vez en cuando, unas cuatro o cinco veces al año, aunque sus apariciones no se sucedían con ninguna regularidad, mi ángel protector actuaba en momentos precisos y no diré tampoco que me sentía blindado, pero sí que llegué a contar con su ayuda para descuidarme en las tareas más peliagudas.

Con todo, estaba tan acostumbrado que un mal día de primavera se me ocurrió romper una regla que seguía a rajatabla: revelé mi secreto. Caminábamos por la playa Luisa y yo cuando pronuncié en voz alta “daría lo que fuese por darme un baño. ¿Te imaginas que encontrara un

bañador y una toalla?”. Ha pasado mucho tiempo y si soy sincero puede ser que, de forma inconsciente, divisara la toalla y el bañador en la arena, como puntitos de color azul lejanos, y que el viento los trajera cerca mientras Luisa y yo nos diéramos un beso (sin embargo, ¿cómo se explica que los encontrara juntos y en perfecto orden, el bañador sobre la toalla extendida?). Incluso puede que alguien a quien no vimos se lo olvidara allí (estoy seguro de que no, pero la memoria miente). La realidad es que iba vestido con pantalones tejanos y me apeteció bañarme en pleno abril. Seguramente, la bravuconada se debió a mi estado de enamorado febril. Por eso lo deseé con ímpetu y creo que fue por eso por lo que aparecieron las dos prendas a escasos metros, en la misma arena de la playa por la que paseábamos. Luisa se quedó de piedra cuando, tras mirar a derecha y a izquierda, comprobó que no había nadie más en la playa, ni fuera ni dentro del agua. Entonces fui y yo y rompí mi silencio. ¡Mi máspreciado secreto! Se lo revelé, además, como si no tuviera importancia: “ha sido mi ángel de la guarda”. Pongámonos en situación: 20 años, mes y medio saliendo con una chica maravillosa después de una ruptura horrible. No quiero justificarme ahora, pero tampoco creo que estuviera en las mejores condiciones para guardar el secreto. Precisamente lo dije de esa manera porque la aparición de una toalla y un bañador no tenía la mínima importancia. Es por eso que confesé mi secreto. Desde luego, no pude haber elegido peor ocasión. Sin darme cuenta me había cargado dos décadas de protección sobrenatural.

Para colmo, a Luisa no le hizo gracia escuchar la verdad, que se tomó como una broma esotérica de mal gusto. Ahí descubrí que era una ferviente cristiana y que dos primos suyos habían acabado muy mal por culpa de “juegos esotéricos”, como ella llamaba a la ouija y toda esa retahíla de sortilegios y espiritismos. Tenía suficiente miedo a que se partiera aquella relación como para que ya no me atreviera a sacar el tema del ángel de la guarda en los días venideros. En cierto modo, yo era consciente de que un secreto así podía arruinarme la vida en pareja, no sólo porque Luisa huyera de mí como de la peste, sino porque el ángel me abandonara. Así que intenté ignorarlo cuando hubiese gente por delante y seguí invocándolo en la intimidad, cuando más solo me encontraba. Hay que reseñar que mi ángel de la guarda se empleó a fondo por su cuenta para hacerse notar. Entre otros fenómenos ejemplares, sufrió la cancelación de dos viajes de trabajo a los que me oponía y, sin ir más lejos, se enteró de que un golfo que se había sobrepasado con ella en una discoteca había sufrido un terrible accidente de coche.

La verdad es que no hice nada por cambiar la dinámica del nuevo protector, incluso le recé para que tuviera vía libre. Por otra parte, con apenas 25 años me habitué a implorar un cambio de fortuna cada vez que me sentía en indefensión, que era la mayor parte del tiempo. Independientemente de que yo provocara la situación peligrosa o no (con tanta protección, sufría de victimismo). En cualquier caso, el ángel no siempre acudía en mi ayuda. De hecho, tras conocer a Luisa, o más concretamente desde el incidente en la playa, el ángel cambió de procedimiento. Por decirlo de alguna manera, empezó a ensuciarse las manos. Bien mirado, durante mi infancia las ayudas habían subsanado una injusticia flagrante. O al menos, así lo veo a con la perspectiva de los años. Lo que hizo después, con o sin mi consentimiento, entra en el capítulo de la brujería.

Por eso, cuando Luisa me dejó para siempre temí que le ocurriera alguna tragedia. No era la primera vez que rompíamos. Para nuestros conocidos aquellas idas y venidas ya se habían convertido en nuestra rutina. Sin embargo, uno sabe cuándo es la última vez que besará unos labios. Y en mi caso, me habría gustado aplacar mis sentimientos de ira contra Luisa, por si al ángel le daba por volver a sembrar las tempestades que yo, cobarde, sólo confería en voz baja. Pero era superior a mí: no podía perdonarla. Por eso no me extrañó lo más mínimo presentir, físicamente me refiero, la peor de las desgracias para Luisa, su muerte.

Me había dejado por otro, un don nadie en mi opinión. Me había obligado a regresar con

treinta años a la casa materna para regocijo de los dimes y diretes del vecindario. Había arruinado (entonces no sabía que los dos éramos culpables) mi proyecto de vida y, por eso, la odiaba. Y sobre todo, porque la amaba. De lo contrario es imposible odiar a nadie. Si amas, odias. Decir lo contrario es engañarse.

Quizá esta perogrullada ya la sabía Luisa mucho antes de que la llamase para quedar aquel jueves por la tarde. Se sorprendió por mi llamada, no lo ocultó pues habían pasado tres meses sin noticias mías. Sin embargo, este primer gesto natural duró muy poco. Enseguida se puso la máscara de indiferencia. Con las defensas bien armadas, después de la sorpresa inicial, me negó la oportunidad de hablar con ella. La excusa era un viaje en tren a Madrid. Caí en estado de trance: vi el tren, y a ella, y mucho dolor. Volví a la realidad alarmado y le pedí que no hiciera ese viaje. Me colgó por loco.

Antes de presentarme en la estación el jueves, repasé los horarios por Internet. El primer tren salía a las seis de la mañana. Llegué veinte minutos antes, busqué el rostro de Luisa entre los pocos viajeros que vagaban por la estación y cuando me cercioré de que no había llegado me senté en el banco más alejado de las vías. Desde allí tenía una buena visión de los puntos de acceso a los andenes y, aunque aquella sección estaba tapada, empecé a helarme de frío. Con las prisas se me había olvidado traer una revista o un libro. Durante los siguientes minutos me propuse comprar el diario, pero temí que en un intervalo corto de tiempo, aunque no era el estilo de Luisa, ella llegase corriendo y pasara al otro lado del andén, después del control, donde no podría hablar con ella. Por eso me quedé inmóvil.

Se hicieron las siete, y todavía no había perdido la esperanza. Si no me había mentido la vería aparecer con tiempo de sobra (Luisa siempre llegaba con calculada antelación). Cada vez que se formaba una cola de viajeros me ponía a temblar, a pesar de que sabía que era imposible que me viera. La tenía que pillar desprevenida. De lo contrario, todo se torcería.

A las ocho empecé a sentir el cansancio de dos noches sin dormir apenas. De milagro me acordé de llamar al trabajo para decir que me encontraba enfermo. La chica de recepción quería conversación e incluso bromeó con la posibilidad de que le estuviera mintiendo. Me hice el ofendido, y ella me pidió disculpas mientras me esforzaba en dar con un tono de tos adecuado. La chica no sabía cómo aplacar mi ira e incluso tuvo el detalle de ofrecerse a pagar mi parte de un décimo de la empresa, pero lo rechacé. Estaba fuera de sí y le grité que no creía en la suerte. Ella siguió disculpándose. De pronto, vi a Luisa y me despedí de la recepcionista intentando volver a mi voz de fingido enfermo. Mientras le colgaba el teléfono, la maldije, y supongo que me escuchó. En cualquier caso, me importaba un comino. Enseguida me levanté propulsado por el miedo a que Luisa sufriera un accidente, aumentadas por la larga espera, hasta que me quedé en el centro de la estación y ella me vio.

En efecto, me vio, pero se giró casi al instante. Su nuevo novio llegaba con una revista y un diario bajo el brazo. Se dieron un beso en los labios, y él le aguantó la maleta. No sé si Luisa me miró de reojo mientras se volvían a besar. Puede que fuera mi impresión, porque para aquel entonces ya me dirigía a la salida. Deseé con todas las fuerzas que toda la estación se viniera abajo y de repente, cuando ya tenía un pie en la gélida calle, sonaron varias alarmas a la vez y se apagaron los focos del vestíbulo durante un solo segundo. Me di la vuelta y miré a mi alrededor. Todo el mundo buscaba en los demás la explicación a aquel extraño momento. Las alarmas pararon de sonar y con la luz ya reestablecida, los pasajeros y los trabajadores de la estación se olvidaron de que allí había más gente. En la multitud, Luisa se despedía de su amante con un abrazo antes de pasar por el control. Entonces, estuve a punto de continuar mi camino hacia ningún lugar cuando pensé que algo malo podía sucederle a Luisa si tomaba el tren. Había demasiado resentimiento en mí para que no pasara una desgracia. Por eso corrí como un loco hacia la cola y vi que ella iba a entrar ya en el vagón, así que me salté el cordón de seguridad. Imposible no fijarme en las caras de espanto de la mujer encargada de la

seguridad, y de los dos empleados que se encargaban de marcar los billetes. Escuché gritos en mi espalda, y Luisa se percató de que iba corriendo hacia ella, por lo que se quedó inmóvil a medio camino entre el elevado escalón del vagón y el andén. Sin embargo, dio el primer paso para entrar. Corrí con todas mis fuerzas. Apenas me quedaba quince metros.

La mujer de seguridad me derribó cuando estaba a punto de llegar a la puerta del vagón por la que se había esfumado Luisa. Entonces, llegó un hombre más, también corriendo. Ese mismo tipo me levantó mientras la mujer me sujetaba de un brazo. No dejé de mirar la puerta del vagón a pesar de que me sentía rendido. Incluso empezaron a formarse imágenes de suicidio en mi mente. No pretendía tirarme a las vías, pero si iba a partir un tren que significara la muerte de Luisa, prefería morirme allí mismo. Pronto llegaron dos guardiaciviles y me pusieron las esposas. Me imaginé en una celda a pan y agua, como en las viejas novelas, y di mi conformidad al espejismo. Sin embargo, Luisa salió corriendo del vagón hacía mí. Fue en el preciso instante en el que di mi brazo a torcer y dejé de buscarla con la mirada. Ya me había rendido a mi suerte y, ella llamó la atención de los guardias y les pidió que me dejaran libre, que sólo quería hablar conmigo. Ni Luisa ni yo dimos importancia al novio, que intentó por todos los medios que ella recobrar el buen juicio y tomara un tren que estaba a punto de partir. Pero Luisa no lo hizo. El tren se marchó. También se largó el novio, con un enfado fenomenal. Le dijo que estaba decepcionado, pero en realidad irradiaba furia, porque no hay peor ofensa que sentirse engañado por alguien a quien has engañado previamente.

La verdad es que Luisa me sorprendió apoyándose en todo momento, incluso cuando en la sala improvisada de seguridad los guardiaciviles se habían propuesto asustarme con juicios y multas. Yo no dije una palabra. Fue ella la que me defendió y la que logró que me soltaran.

Luego, lo recuerdo muy bien, se ofreció a quedarse conmigo hasta que me encontrara mejor. Hacía mucho frío en la calle, al pie de las escaleras principales de la estación, y me propuso tomarnos un café. Le dije que no, que prefería irme a casa. Se sintió estafada. Lo vi en sus ojos, pero en aquel momento no tenía más determinación que desaparecer de la faz de la Tierra. Ahora que el tren había partido sin Luisa, y que sabía que estaba enamorada de aquel tipo (porque la compasión y el amor siempre van por aceras distintas), sus muestras de cariño me parecieron despreciables.

Ella aceptó mi desaire sin perder la dignidad y se marchó para intentar cambiar el billete. No le dije adiós. Y es una pena, porque no la volví a ver jamás. Luego, con los años, me enteré de que Luisa había roto con aquel novio defraudado y que, por mi culpa, la habían echado del trabajo. Para colmo, ella se intentó suicidar en un momento de desesperación con un montón de pastillas. Pero le hicieron un lavado de estómago y se recuperó bien. Luego, se marchó a Finlandia, donde necesitaban enfermeras a toda prisa, y se enamoró de un psiquiatra especialista en suicidas. ¿No es irónico? Ahora tienen tres hijos. En cuanto a mí, la suerte me ha dado la espalda, o será que tengo el demonio de cara, que viene a ser lo mismo. El día que logré que Luisa perdiera el tren los compañeros de la oficina compraron un décimo de lotería que resultó premiado. Es verdad que una compañera me ofreció la mitad de su participación, pero yo me negué, convencido de que el ángel de la guarda me había abandonado.

Desde entonces, voy acumulando motivos para pensar que ahora dispongo de un demonio de la guarda, pero todavía es pronto. Acaban de concederme el primer permiso de la cárcel. Acabaron encerrándome por no poder afrontar la hipoteca que me legó Luisa. Durante unos meses de ostracismo estuve pagando con mi escaso sueldo el piso en el que ella vivía. Luisa asegura que fuimos al notario y que ella me vendió su parte del piso. En la misma carta en la que me cuenta que acaba de tener su tercer hijo, también me recuerda que yo le dejé quedarse en el piso hasta que encontrara una habitación. No me acuerdo de nada de eso.

Supongo que en la cárcel tendré tiempo de aclararme las ideas. Antes, con mi ángel de la guarda, ni siquiera en el desierto me sentí tan solo.

Junio de 1980

Es la primera noche de XY lejos de sus padres. Extraña el cuarto y, a pesar de la oscuridad, el tono azulado que recorre las paredes y el suelo le retrotrae a la casa de su tío, el del bar. No sólo se hace ostensible el color, sino que huele. El olor a moqueta logra conferirle a la estancia una formalidad y, a su vez, una asepsia que hacen que XY no se reconozca a gusto en ella. A su lado duerme la abuela, que es lo único que hace confortable del cuarto. Hace mucho calor, pero no es el motivo por el que XY no puede dormir. Entonces, decide contar ovejas como hacen los dibujos de la televisión. El problema es que le cuesta imaginarse uno solo de estos bichos. Poner a la oveja a saltar un obstáculo le resulta todavía más complicado, pues no consigue ponerse de acuerdo: ¿saltan vallas, setas o muros? Cuando por fin logra visualizarla, es decir, cuando la oveja imaginaria salta un pequeño muro de ladrillo, intenta sacar una segunda oveja a la vez. Dibujarla es fácil, pero que las dos se muevan al unísono es imposible. Fuera ovejas.

Sigue sin poder dormir y su abuela ronca un poco, lo suficiente como para que se acabe de desvelar. Desesperado, se imagina que sus ojos ven en la oscuridad, como los gatos, y fuerza la vista hasta que empieza a reconocer los objetos en la penumbra: un armario, una silla, la puerta entornada...

La ve perfectamente. Es una vieja asomada a la puerta. XY ahoga un grito, se incorpora para centrar mejor la vista y convencerse de que son imaginaciones suyas, pero la vieja sigue ahí, con su pañuelo oscuro y el pelo blanco que se le escapa de la tela.

XY se incorpora lentamente, muerto de miedo. Querría gritar, pero no puede. Le gustaría dejar de vigilar a la figura que lo observa en la oscuridad, pero la atracción es demasiado fuerte. A duras penas, sale de la cama y se acerca de puntillas, temblando, a la cama contigua. Han pasado cinco o seis segundos y aún no le nace ni un hilo de voz para gritar. A tientas, toca a su abuela, la llama con un susurro: "¡abue...!", la golpea dos veces en el hombro, consigue gritar su nombre al fin, pero la abuela no responde. Como ha dejado de roncar, cree que ha muerto. Entonces, se olvida de la figura espectral que le ha helado la sangre, y con su vista nocturna ya entrenada a la oscuridad divisa el pecho de su abuela, posa el oído, toda la cabeza en realidad, sobre el corazón de su abuela... Y sí, respira. Al instante, de reojo y con mucho miedo, busca la silueta de la vieja asomada al quicio de la puerta, pero ha desaparecido.

3. Virgen del Carmen

Una de las costumbres que se está perdiendo en el siglo XXI es la de aterrorizar a los niños con historias de magia y superchería. Otras narraciones espantosas se han colado en la sociedad de las comunicaciones, pero está muy mal visto contar, a la vieja usanza, leyendas a los niños en las que haya algún tipo de violencia física intrínseca.

En mi niñez todavía se contaban esas historias y, a pesar de todo, no fueron las que más miedo me dieron. En verdad muchos de los temores que asaltaron mi frágil conciencia procedían de las conversaciones cotidianas, sobre todo entre las que participaban los más viejos. Mi abuela, por ejemplo, me contaba, muy a menudo, que su madre estuvo agonizando durante cinco días y que no consiguió morir antes porque, como devota de la Virgen del Carmen, sólo podía abandonar este mundo una vez clavara los pies en el suelo. Los dos. Al parecer ella misma, su madre, se lo tuvo que decir a alguien para que, con ochenta y seis años, y apenas cuarenta kilos, una persona (no importa demasiado quién) la posara en el suelo, sentada en la cama. Sólo entonces expiró.

También recuerdo haber escuchado en varias ocasiones la premonición de una muerte en alguien a partir de la frialdad de sus pies. Mi abuela contaba los casos con tanto detalle que era imposible no imaginárselo.

Tan apartado en el tiempo como en el espacio, desde la cama de hospital donde yazco, vigilo la temperatura de los pies frotándolos unos contra otros, y desconfío de unas manos que siento demasiado cálidas. No quiero morir y no quiero que nadie me vea muerto.

Desde bien temprano, con cinco años, tomé la determinación de no ver a ningún muerto. Fue después de ver una película en la que los esclavos negros, que portaban bultos sobre las cabezas, caían a una especie de barranco por culpa de los dardos envenenados de unos nativos. No recuerdo nada más que esa escena y que sucedía en la selva. Debieron de caer dos esclavos a lo sumo, pero lo que me pareció escalofriante es que la historia siguiera contando alegremente las aventuras de los protagonistas, quizá Tarzán o Quatermain, sin dedicar un segundo al deceso de dos personas que, imaginaba yo, tendrían padres, madres, hermanos, amigos... ¿Qué ocurría después? La película, desde luego, no se había detenido, pero la vida de esos portadores se había quedado en suspenso. ¿Y qué era de ellos segundos después de morir? Inevitablemente me emocionaba al imaginarme a mis padres llorando mi muerte. Y un terror, imagino que universal, me invadía: ¿qué sería de mí una vez muerto?

Ironías del destino, tuve que pasarme gran parte de la infancia esquivando muertos. Por más que me hubiera jurado a mí mismo no verle la cara a ningún difunto, los cadáveres parecían brotar a mi paso. Recuerdo que a finales de los setenta, principios de los ochenta, una persona se jubilaba y era relativamente sencillo que durara menos de diez años. En el caso de los hombres, la mortandad alcanzaba cotas impresionantes. Hay estadísticas que lo reflejan, pero la visión de aquellas ancianas de negro debía de sobrecoger a cualquier varón que pasara de los cincuenta. En mi escalera de vecinos casi todo el mundo parecía a punto de pasar a mejor vida. Y el día que menos te esperabas, llegaba a casa una especie de tarjetita con el retrato del difunto, una cruz y una oración. Lo peor es que en mi escalera, que tenía un rellano hermoso y holgado, tenían la costumbre de despedir al difunto junto al ascensor, en el mismo lugar donde hacían las juntas. Por eso, cuando veía la tarjetita mortuoria sobre la mesa del salón, me ponía en guardia para no cruzarme con el ataúd. Ni siquiera pasaba por la planta del fallecido por si acaso. Estaba convencido de que si veía algún muerto, la Parca se apoderaría de mi casa y nos iríamos muriendo uno detrás del otro, sin remedio.

No necesitaba las historias de mi abuela para escuchar historias de muertos. En mi casa se desayunaban velatorios y se cenaban arreglos florales para las lápidas del cementerio.

Todas las semanas, sin exagerar, mi madre acudía a un entierro. En un pueblo pequeño pasa

eso, que la gente se muere y nadie se atreve a no acompañar a los familiares por el qué dirán. Cuando mi padre dejaba su trabajo en el andamio para asistir a uno, entonces sí que tenía motivos para preocuparme, porque era señal de que había muerto un familiar o un amigo muy allegado.

En la medida de lo posible, puesto que en mis tiempos los niños no decidíamos dónde íbamos y dónde no, evité cualquier entierro hasta que murió mi abuelo. Según todos los testigos, una persona extraordinaria. Y puesto que yo era uno de sus nietos preferidos, me propuse darle un último adiós. Pero mi familia decidió que no, y me quedé con el recuerdo de un hombre atado a una silla de ruedas, siempre locuaz, con un carácter hosco pero tierno al mismo tiempo. Me quedé con ese recuerdo y con el del instante en el que supe que iba a morir.

Sinceramente, en aquel momento fue un alivio que me prohibieran ver a mi abuelo Damián en su mortaja. Sin embargo, con el tiempo, el instante cien veces rememorado de los pies fríos que nunca toqué, ha conseguido calar más hondo que el recuerdo de su rostro cetrino que nunca vi. Como el destino es cruel y mentiroso, su inminente muerte no me vino en forma de tarjeta sino en pleno parque de juegos. Allí, donde jugábamos todos a policías y ladrones, tuve la curiosidad de acercarme a un corrillo de personas. No recuerdo quién más me acompañaba, pero había alguien tendido en el suelo y muchísima gente alrededor. Me fui —o me alejaron— de allí enseguida. Sin embargo, no pudieron evitar que escuchara la sirena de la ambulancia ni los inevitables rumores del día siguiente. Alguien se había suicidado tirándose desde la ventana.

Justo una semana más tarde, en el mismo parque, unos metros más lejos del lugar donde estuve a punto de ver mi primer cadáver, una amiga de mi madre nos salió al paso, a mí y a Ángeles, mi abuela paterna. Rita, que así se llamaba la amiga de mi madre, me preguntó por mi abuelo Damián. Mi abuela quiso lanzarme el salvavidas de una mentira piadosa, pero Rita tenía mucha prisa por dejar su impronta traumática y, mostrando los dientes de caballo, me dijo: “puede que se haya muerto. Vete haciendo a la idea”.

Los ojos le brillaban como dos canicas al sol. Hablaban también. Toda su cara de cabra dentada hablaba con intención. Sus palabras me estigmatizaron al tiempo que cortaban la noche de julio.

Horas después, embutido en la cama y en mitad de un calor riguroso, soñé con el silencio de mi abuela y la calavera dentada que brillaba en la oscuridad. Al despertarme, tuve que tocarme los pies para sentirlos vivos: los tenía congelados.

Al día siguiente, iba de la mano de mi abuela en dirección a casa de mi abuelo moribundo cuando ella decidió dejarme en el local subterráneo, hoy un aparcamiento, donde preparaban el cuartel de los piratas, la facción de moros y cristianos en la que desfilaba toda mi familia paterna. Faltaban tres días para que arrancaran las fiestas y en el local cinco o seis hombres se afanaban en colocar las bombillas. Ya en el bar, antes de salir a la calle, la escuché hablando de los pies fríos. No interpreté aquellas palabras con mi abuelo. Al fin y al cabo, ella me sonrió después y me dijo que me iba a llevar a un sitio. Como íbamos en la misma dirección, pensé que me llevaba a ver a mis abuelos, y no pensé más en los pies fríos hasta que se despidió de mí, a toda prisa, en la boca del local subterráneo. Al cabo de media hora, me aburrí de jugar solo, me aburrí incluso de malpensar de mi abuela, y me subí a una Vespa vieja que tenía el caballete puesto. Un tipo, al fondo del túnel que formaba el local, me dijo que me bajara, que me haría daño. Y al hacerlo, dejé de sentir las piernas, quizá se me durmieron, pero el caso es que me resbalé al suelo y, sin querer, arrastré la moto, que se me cayó encima. Apenas me hizo un rasguño en la rodilla. En lugar de regañarme, su dueño, que acudió corriendo, me acarició la cabeza y me llevó hasta una manguera con la que curarme las heridas. Cuando toqué el agua con el dorso de la mano, la noté mucho más cálida de lo que supuse al contacto con las piernas y los pies. En aquel momento, tuve el palpito de que mi abuelo había muerto y lloré más por lo heladas que tenía las extremidades que por la caída. El hombre no se atrevió a consolarme y

me dejó solo.

Luego llegó la noticia. Me la dio mi padre en cuanto me fue a buscar para llevarme a casa. Lo hizo impasible. Y me aguanté las lágrimas para no defraudar su frialdad. Después, al entrar en casa me recibió mi madre que se abrazó a mí llorando. Nunca antes nos habíamos abrazado. Ahí sí que lloré muchísimo más que nunca en la vida. Noté por primera vez el dolor que produce la muerte, porque ella había perdido a su padre, mi abuelo Damián.

Pasó el tiempo y numerosas trifulcas familiares sobre las que no me extenderé. Para resumir diré que mi tío y mi padre se leyeron la cartilla mutuamente y decidieron no hablarse. No sé por qué, pero mi tío se quedó para siempre a mi abuela Ángeles y mi padre no supo o no quiso reconquistar el terreno. Como consecuencia, a los catorce años dejé de ver a mi abuela paterna.

Durante más de diez años, porque la enemistad entre mi padre y mi tío era tan grande que ni siquiera podía visitar a mi abuela, todo lo que supe de ella eran rumores de una salud que decaía. Al parecer, había perdido la cabeza y no reconocía a las visitas ni siquiera a sus familiares. Es lo que llegaba a oídos de mis padres, y es lo que me llegaba a mí, ya adulto, sin apenas filtros.

Cuando me enteré de que mi abuela había sido desahuciada por los médicos o, mejor dicho, por su portavoz, mi ignominiosa tía política, ya la di por muerta. De alguna manera, la vida de mi abuela Ángeles había sido una gran equivocación. Ella no era mala persona, pero siempre se había dejado manipular por quien le diera cobijo. Apostó por un bando y se quedó sola.

Mi abuela Ángeles se moría y yo elegí el día antes de su muerte para visitarla después de casi veinte años. De entre todas las fechas posibles, elegí aquel viernes para viajar quinientos kilómetros hasta mi pueblo natal. Si bien sabía que estaba hospitalizada, no era la primera vez, y di por sentado que saldría adelante. Por teléfono había averiguado que ni mi padre ni mi madre la habían visitado por miedo a la reacción de mi tío y, sobre todo, a la cólera de su mujer. Por eso decidí verla, y es lo que hice sin contarles nada, la misma tarde que llegué al pueblo.

Ella, que siempre tuvo la vista enferma, fue la persona que me dio una primera visión del mundo. Se lo debía.

Cuando entré en la habitación, la mujer de mi tío estaba sentada en una silla. Le pregunté por mi abuela, que parecía en coma, respirando a duras penas, rodeada de tubos y aparatos médicos. Me dijo que no con la cabeza. ¿Qué significaba esa negativa? No entendí qué me quería decir y le repetí la pregunta. Entonces, delante del cuerpo que se resistía a morir, me hizo saber que no hablaría conmigo. Aquella afrenta me pareció increíble. Tuve muchas ganas de mandarla a la mierda, pero siempre le había aconsejado a mi abuela cuando era un renacuajo que no podía bajar a su nivel de verdulera, así que me aguanté la rabia que me carcomía y me acerqué a la cama.

Estaba más vieja de lo que nunca había imaginado. Ella que siempre había sido tan coqueta tenía el pelo blanco y revuelto. No tapaba la ausencia de su ojo derecho con nada y estaba famélica. Quise besarla, pero no me pareció apropiado. Sin querer podía retirar algún tubo. Además, estaba nervioso. Le toqué la mano, la sentí palpar, primero muy despacio y luego casi de forma imperceptible. De alguna manera me traspasó a la muñeca su pulso débil y, asustado. Sin saber por qué, le dije adiós en silencio.

Omitiré las amenazas e insultos que la mujer de mi tío me regaló en el pasillo del hospital. Me acusó de haberla abandonado, "igual que tu padre", apuntaló. Las personas malvadas se diferencian de las que simplemente tienen momentos malos en que siempre saben dar dónde más duele. He dicho que lo omitiré.

Lo que no puedo borrar de mi mente es que yo sabía que aquella tarde iba a ver a mi abuela por última vez. Suena pretencioso. Lo sé. Pero estoy seguro de que mi abuela me estaba

esperando.

Retrocedo muchos años atrás, otra vez a mis cinco años. Mi abuela Ángeles, que iba con un sagrario de casa en casa cada cierto tiempo, me contó una historia en lugar de responderme para qué servía aquel armatoste con la figura de una virgen. Me volvió a explicar la historia de mi bisabuela, devota de la Virgen del Carmen, y me confesó que ella también lo era, pero que ella moriría cuando alguien a quien quisiera le ofreciera la mano. Entonces no le di gran importancia. Bueno, me asusté, claro, aunque ya me empezaba a acostumbrar a sus historias de muertos.

Después de ver a mi abuela por última vez, en el taxi, relacioné el tacto de la mano de mi abuela, tan cálida, con los pies fríos de mi abuelo que ella sintió como preámbulo de la muerte. Supe a ciencia cierta que tal vez no volvería a verla jamás.

Al salir del taxi, se me durmieron las piernas, y el conductor tuvo que acompañarme hasta que me apoyé en el muro de la casa de mis padres. Luego, arriba, mi madre me dio un masaje para que se me fuera aquel hormigueo insoportable. De pronto, se detuvo y, horrorizada, exclamó: ¡qué pies tan fríos! Al cabo de unos minutos sonó el teléfono con la noticia de que mi abuela había muerto.

Hasta ahora nunca lo había contado y menos aún convertido en relato. Creo que en realidad lo escribo como exorcismo. Lo que me sorprende de esta historia y de otras muchas es el tejido invisible que nos va uniando a todos, de las manos a los pies, de la calidez al frío. Cuando escribo la última línea mis recuerdos, intento mantener los pies bien cubiertos con la sábana de la cama de hospital. Quiero encontrarme el pulso en la muñeca que tengo libre de gomas y sondas, y no me lo puedo encontrar.

Julio de 1980

A XY le gusta correr entre la gente que se agolpa en la feria junto a la desembocadura del río. El resto del año esta zona de la playa parece prohibida. El lecho del río sólo es un secarral y las casas que se asoman al gran barranco, que es la ribera, cuna de los gitanos y de sus maldades. XY ha escuchado historias tremebundas sobre los gitanos. En todas las leyendas oscuras aparecen navajas, rencores y sangre.

Esta noche, sin embargo, la música alegre y la música estridente de los puestos y las atracciones animan a XY a moverse de un lado para otro.

Su padre se lo ha advertido: no corras o te perderás. Pero no se lo ha dicho por los gitanos, sino porque es lo que se dice a los niños en los sitios donde hay demasiada gente. XY está ansioso por contarles a sus amigos que ha subido en todas las atracciones y ha visto todos los puestos. Por eso corre tanto. Por eso se deja llevar por unos niños que no ha visto en su vida. Los gitanillos llevan globos rojos y se internan por una callejuela misteriosa.

XY no se gira para comprobar si sus padres están cerca. Entra en la calleja y descubre una chabola de cimientos musgosos y vigas podridas en lugar de una caseta de feria. Está oscuro, apenas una bombilla en lo alto de un palo de madera muy alto. Se giraría, pero tres de los niños de antes le cortan el paso.

Alguien le toca el hombro: es una vieja, la más arrugada y negruzca bruja que ha visto en su vida. Le da un susto de muerte. Nunca ha hablado con una gitana y menos con esa verruga en la barbilla llena de pelos. La mujer le pide “el dinero”, pero XY no tiene nada. Entonces, lo mira a los ojos. La mirada de la vieja es como la de los gatos: brilla en la oscuridad. La gitana se pone muy seria, como si fuera a regañarlo, pero no lo hace. Se aparta un poco y les dice a los niños que dejen en paz a XY, que bastante tiene con el mal de ojo que le echado su propia madre.

XY sale corriendo entre los tres gitanillos y no para hasta que su madre lo atrapa, en mitad de la feria. Ella llora como una loca mientras le acaricia la cara. De repente, la mujer se calma y se queda extrañada por cómo la mira XY, como si hubiera visto un fantasma. Por el fondo, se acerca su padre, taciturno, como si también le hubieran echado veneno en el alma.

En el fondo siempre sospeché que era diferente a los demás. Un verdadero problema hace treinta años cuando me despedía de la adolescencia y casi todo constituía un tabú. Ser diferente, por supuesto, entraba dentro de lo prohibido. Sin embargo, la naturaleza humana siempre acaba por desbordarnos. Está ahí, es nuestra esencia, y termina saliendo por donde puede. Treinta años después tenía que explicarle a mi hijo un montón de cosas demasiado profundas para un profesional de las ventas sin afición a la lectura. No sobre mí, sino sobre Javi, mi hijo.

Durante mucho tiempo tuve que esforzarme para mostrarme impasible ante las advertencias de mi mujer. “Javier, este chico va a salir del armario el día menos pensado”. Así se había pasado los últimos tres años. Obviamente, a mí no me interesaba que debatiéramos sobre la condición de nuestro hijo Javi. Como agente comercial de uno de los ramos más competitivos, el sanitario, me las compuse bien para librarme de la charla alrededor de la mesa redonda de la cocina. “Nuestro hijo tiene derecho a la intimidad”, concluí en uno de mis más celebrados discursos, “y nosotros, la obligación de respetarlo”.

Tres años de esquivar la condición más íntima de nuestro hijo. A mi favor tengo que decir que mi propia lucha interna me tenía absorbido. Pasé muchas noches sin dormir hasta que me convencí de que la procedencia de los órganos no importaba si estaba en juego salvar una vida. Entonces mi consideración en la empresa subió muchos enteros. Al principio ponían trabas cuando me encargaba de probar, sí, degustar como si fuera un vino, el plasma sanguíneo. Sin embargo, tras diecisiete trasplantes satisfactorios, los médicos confían tanto en mí que incluso me reclaman para verificar la calidad de la sangre. En realidad, me las he arreglado muy bien para ganarme la vida dando rienda suelta a mis instintos. Lo de lidiar con las interioridades de un hijo me parece mucho más complejo.

De todas maneras, apaciguar las sospechas de mi mujer no logró que el problema se desvaneciera. Muy en el fondo sabía que la bomba me acabaría estallando en las narices.

En efecto, cuando menos me lo esperaba, Javi decidió invitarme a la apertura de su armario privado. No eligió a su mejor amigo ni a su madre... ¡Tuvo que elegirme a mí! Mi mujer se había ido de compras a París con unas amigas, y se suponía que yo tenía muchísimo trabajo, aunque la realidad es que había quedado con mis compañeros del club para ver un Barcelona-Real Madrid en mi casa. Todo estaba bien atado. Javi se quedaría en casa de un amigo del instituto. Sin embargo, el plan empezó a torcerse desde el justo momento en el que lo vi entrar en la cocina apesadumbrado. Yo estaba leyendo una revista médica en la mesa redonda de espaldas al ventanal. Hacía un sol espléndido y por eso había corrido las cortinas. Tanta luz me molestaba para leer y ahora me encontraba a gusto. Todo iba bien, decía, hasta que vi a Javi con el pelo enmarañado, los ojos legañosos, dos enormes ojeras. Entonces, levanté la vista del diario y la cagué al preguntarle: “¿Qué te pasa, hijo?”. Sé que es lo último que uno debe hacer con un hijo adolescente, pero tenía la guardia baja. Si a un adolescente le preguntas qué le pasa y detecta que estás preocupado, te traspasa el problema, porque los adolescentes siempre tienen problemas. Y, además, siempre son más graves que los de la gente de su alrededor.

Con tan temible panorama por delante, aunque no era del todo consciente —y de ahí mi sonrisa de papá bueno—, invité a mi hijo a sentarse junto a mí con un gesto y una sonrisa.

Allí estábamos los dos, padre e hijo. Pensaba, ingenuo de mí, que despotricaría contra algún profesor o que me pediría dinero para un macroconcierto. Sin embargo, me disparó en la frente.

“Papá, necesito contártelo”. Las alarmas más secretas de mi sesera se dispararon al unísono. Me dolían los tímpanos, un sabor amargo inundó mi garganta y empezó a picarme la mano derecha. El niño, para colmo, mal educado por su madre, no esperó a que yo le diera paso.

Simplemente, se desahogó conmigo, y no tardó en confesarme que él era diferente a sus compañeros de clase. Dieciséis años, pensé para tranquilizarme; ya se está haciendo un hombre. Autoengaños para ganar tiempo, pero que me sirvieron. “¿Te imaginas de qué te hablo, no? Es que para mí es un palo”. “Por supuesto”, le respondí. Claro que lo sabía. Entonces, lo miré a los ojos; estaba a punto de llorar. Con todas las ganas que tenía de escabullirme, no fui capaz de hacerlo. Peligraba la armonía familiar e incluso el partido de fútbol con los amigos que habíamos pactado desde el comienzo de la liga, en septiembre. Ya sé que ahora parece un motivo insignificante, pero necesitaba aquel momento de relax. En la empresa había ascendido tanto que cada vez me requerían más en los despachos y menos en los hospitales. Eso me estaba matando. Para colmo, yo mismo atravesaba una etapa de recelo por mi condición de “diferente”. Quizá fue eso lo que me hizo abrirme a mi hijo.

La verdad es que Javi intentó aportarme datos, algo sobre chicos y chicas de su clase, pero mi instinto me decía que sólo estaba dando un rodeo. Así que tomé un atajo. Le corté en mitad de su charla y le pedí que me esperara. Mientras Javi protestaba, fui hasta la nevera y bebí un trago de la jarrita que ocultaba tras las cervezas negras (que no le gustaban a nadie más que a mí). Me limpié el líquido rojo que se solidificaba en la comisura de los labios y volví a la mesa.

Con la determinación de un padre que conocía la experiencia de su hijo, me senté más cerca de Javi, le levanté el rostro para obligarlo a mirarme a los ojos y le dije: “Te voy a contar mi historia. Puede que te ayude, puede que incluso sea la tuya”. La verdad es que el chico intentó ahorrarme la confesión, pero yo quería llegar hasta el final. “Hijo, cuando termine, lo verás todo más claro”. Ante tal revelación, no me esperaba menos, mi hijo se emocionó y dejó soltar una lágrima al tiempo que esbozaba una sonrisa. Ya, sin marcha atrás posible, le conté este relato, más o menos verídico. Mejor dicho, era la verdad, aunque con un pelín de autocensura por aquello del pudor.

Esto sucedió hace unos treinta años. Me di cuenta de que no era como los demás cuando estaba en el último año de la universidad. En realidad, es algo que siempre supe, pero me había pasado demasiado tiempo mirando hacia otro lado. Supongo que me entiendes, ¿verdad? El caso es que un compañero de clase se acercó a mí para hablarme justo antes de un examen.

Aquello era algo insólito. Alejandro, desde entonces uno de mis mejores amigos, definía a la perfección el término de bicho raro. No se relacionaba con nadie, y el hecho de que me preguntara directamente si me apetecía escaquearme de la cena de fin de curso me sorprendió. Precisamente, aquel acto protocolario con unos compañeros a los que consideraba bastante parias e hipócritas me estaba ocasionando bastantes quebraderos de cabeza. Ya sabes que a tu padre se le presentan los mismos síntomas cada vez que se estresa. Pues ya me pasaba a los veinte años. El picor en la mano derecha, el dolor de los tímpanos, en fin, todo igual que ahora. La novedad llegó justo en aquel momento. Gracias a Alejandro sabía a qué se debía el malestar de los últimos días. Por eso me cayó simpático y le di cancha, como se dice ahora, para que me propusiera su plan alternativo.

En efecto, así lo hizo. Me llevó hasta un banco alejado del resto de estudiantes, se quitó unas gafas oscuras idénticas a las mías y me propuso que me pasara por el club Blues en cuanto anocheciera el mismo viernes de la cena. Tuve pocas dudas, la verdad. Así que me llevé la tarjeta que me dio al bolsillo y, misteriosamente, todos mis males se esfumaron. De hecho, me salió un examen de p m (ya sé que suena ridículo, pero he evitado siempre los tacos con mi hijo).

Unas horas antes de salir hacia el club me volvieron los dolores de costumbre. Me encontraba nervioso y no me decidía ni siquiera a vestirme de un color u otro. Recuerdo, ostras lo había olvidado, que mi padre, que nunca se metía en esos temas, me dijo que la camisa negra me quedaba bien. Cómo he podido olvidarlo. Ahora entiendo cómo salí de aquel momento de duda. Lo siguiente fue mentir. En aquellos tiempos... “vale, papá, ese rollo ya me lo sé”, me

interrumpió Javi. Está bien, (le sonreí porque tenía razón), sigo contando.

Me costó un poco encontrar el local. Parecía un garito de mala muerte y si el neón de la entrada hubiese sido rojo en lugar de azul, habría pensado que estaba entrando en un puticlub. Sin embargo, pasé el control de la doble entrada: un tipo enorme, entre las dos puertas, que se limitó a pedirme el carné para no mirarlo apenas. Luego vi que, aparte de la oscuridad, aquel club era de lo más normal. Música moderna, chicos y chicas, algunos bailando, otros sentados en banquetas de madera junto a las paredes también imitando la madera de cerezo. En fin, se parecía bastante a los pubs irlandeses de ahora, pero sin tanta parafernalia ni televisiones ni guiris borrachos.

“¿Y qué pasó?” (Javi estaba impaciente y yo me iba por las ramas con los detalles, porque estaba reviviendo el momento). Pues pasó que vi a Alejandro en la barra y me acerqué a él. Apenas eran las nueve, pero no había comido nada desde la una, y tenía hambre, así que me llamó la atención el batido que sostenía entre las manos. Lo estaba sorbiendo con una pajita con la punta doblada noventa grados, una novedad por entonces, y parecía disfrutar del líquido viscoso rojo. Nos saludamos como si nos hubiésemos visto allí mismo la noche anterior y el tipo sonrió ante mi pregunta. Es difícil de explicar por qué, pero me parecía otro: se le veía más vivo que en clase, donde exhibía una palidez inhumana y siempre mostraba un rictus de amargado (tuve que explicarle a mi hijo qué significaba rictus). Le volví a preguntar qué estaba bebiendo y me devolvió una sonrisa y seguidamente se rio. ¿Tú qué crees?, me dijo. No le respondí, porque no sabía si estaba obligado a saber la respuesta y tenía miedo de hacer el ridículo. Él me vio un poco avergonzado y no se le ocurrió otra cosa que invitarme a tomar lo mismo.

Me gustó su espontaneidad y acepté de buen grado la invitación. Mientras el camarero me preparaba aquel batido o zumo, no sabía bien qué era, intentaba adivinar el contenido al mirar de reojo el vaso enorme, pero casi opaco, de Alejandro. En aquellos instantes me estaba felicitando por mi valentía. Antes no se decía salir del armario como se dice ahora, hijo. Creo que usó la expresión “mostrarse al mundo”.

(Mi hijo dio un respingo tremendo. Casi se cayó hacia atrás con la silla pegada a la espalda. Me sorprendió que no me hubiese captado hasta ese momento. Di por hecho que iba descifrando cada uno de mis mensajes en clave. Pero puede que me equivocara.

Intenté que el silencio hiciera su trabajo. Mi hijo se tranquilizó un poco. Seguramente más que yo y me pidió que continuara. ¿Seguro?, le pregunté. “Sí, papá, es muy importante para mí”. Y seguí, qué otra cosa iba a hacer).

Pues como te comentaba, Alejandro se esforzaba en que me sintiera bien y una muestra de ello es que miraba para otro lado y se preocupa por disimular que no veía mis reacciones espasmódicas ante cualquier persona que asomara la cara por el local. Por no hablar del barrido que le hice a su indumentaria, impecable, pero oscura y, en aquella época, transgresora por su corte un tanto gótico.

Entonces, llegó mi batido. Me quedé mirando el contenido y no logré adivinarlo. Aquello podría ser muy bien granadina, zumo de fresa, arándanos... No tenía ni idea. Removí la pajita, pero lo único que conseguí fue enturbiar el contenido. Alejandro parecía divertido y yo no quería hacer el ridículo pareciendo un mojigato, así que sorbí de la pajita aquel brebaje extraño. Como te puedes imaginar, era sangre. Al principio, pensé que vomitaría al instante, pero ante mi primer rechazo, Alejandro me ayudó a bajar la cabeza con las manos y seguí chupando. Me lo bebí todo de golpe y me sentí, hijo, mejor que nunca en la vida. (Emocionado por mi propia elocuencia, no vi el gesto de asco en la cara de Javi hasta segundos más tarde). Luego, como la mayoría, pasé al cuarto oscuro y me enchufé a la pipa de sangre... Fue un placer inexplicable. Antes como ahora, teníamos prohibida la sangre humana, así que disfrutábamos de un preparado similar al que se sirve ahora, compuesto a partir de sangre de animal, que a nosotros nos sirven para ser felices, pero por desgracia no dan resultados positivos en las transfusiones.

(Ya mi hijo parecía totalmente decepcionado).

— ¿Qué ocurre, Javi?

—Papá, muy bonita la fábula, pero no me esperaba este numerito de ti.

— ¿Qué quieres decir?

—Pues —se levantó muy enfadado—, que no te diferencias de mamá ni del resto de la gente. No quieres ver lo que hay delante de tus narices y te inventas cuentos para... yo qué sé. Mira, tu hijo es gay y, en el fondo, siempre has hecho lo posible por negar la realidad.

Y con esta sorprendente revelación se fue de la cocina cabreadísimo. Lo siguiente fue un portazo.

En aquel momento, me sentí desconcertado. Por lo visto, mi mujer se refería a la sexualidad de Javi y, encima, tenía razón. Bien mirado, aquella circunstancia era una tontería en comparación con mi “diferencia”. Además, Javi se había tomado mi confesión como una mala metáfora. O sea, que mi secreto seguiría a salvo. Por un momento, lamenté haber perdido la oportunidad de salir del armario. Incluso, en la vorágine del relato, me había sentido tentado de revelárselo todo a mi mujer en cuanto volviera de París. Pero, ¿y si en lugar de reconquista su confianza me repudiaba? ¿Y si se enteraban en mi empresa? No, era una imprudencia. Merecía la pena morirse con el secreto.

De nuevo recurrí a mi positivismo de siempre y pensé que, como en efecto sucedió, Javi me dejaría la casa libre para ver el partido y, seguramente, no querría hablar nunca más del tema conmigo. A fin de cuentas, yo también había tenido que bregar solo con mis excursiones desde el armario y, a día de hoy, poca gente lo sabía aparte de mis dos amigos íntimos y la gente del club. Por eso, me relajé convencido de que había hecho lo correcto, llevé la taza de café al fregadero y saqué una dosis del sucedáneo sanguíneo del fondo de la nevera. Marca Bloody Union Co. Mi propia patente: un sucedáneo estupendo.

Después del batido, pasaría el día durmiendo hasta que llegaran mis invitados con el ocaso. El partido era lo de menos. Fumar la pipa de sangre en mi propia casa con mi verdadera gente bien valía tener un hijo gay. A fin de cuentas, en el fondo era lo que mi mujer esperaba: una causa para que nos uniéramos y, de paso, salváramos el matrimonio. Y respecto a Javi, la sociedad de hoy en día encumbra a vampiros y homosexuales por igual, o por lo menos, respeta sus derechos.

Agosto de 1980

En el Ecuador del verano, el padre de XY le quita el dinosaurio de las manos. Déjalo ya, que siempre se nos hace tarde, y le indica con apremio y tacto de lija que baje a la calle, que ya tiene el coche en la puerta.

Su madre se sienta delante. Está embarazada de seis meses y tiene tantas molestias que no se acuerda de mirar a XY. El padre tampoco está de humor para el pequeño y conduce de una sentada hacia la casa de campo que está construyendo en los ratos muertos de algunos sábados y domingos. Como el hombre trabaja duro de albañil y, si pudiera tampoco sabría dibujar un plano, va cambiando su idea sobre la casa a medida que la va edificando. A resultas de esta forma de trabajar, hay una escalera de apenas tres escalones que no lleva a ninguna parte. La verdad es que le ha salido bien la escalera, sería una pena, pues, tirarla. No se le ocurre otra idea que levantar una puerta delante de la escalerita.

Ir a la casa de campo supone cocinar con utensilios que a XY le parecen sucios. En realidad están viejos y sí, algunos no están del todo limpios. XY espera la comida con nulo entusiasmo mientras juega solo entre los limoneros. Cuando ve que el padre arranca un limón ya sabe que toca una paella de conejo. Muchos garbanzos y huesecillos de roedor imposibles de sortear.

A XY le gusta la carne de ternera cuando está troceada a dados. Aparte, tolera el pollo asado, sólo si es muslo, ahora que ya sabe dónde encontrarse los huesos.

La paella está servida y empiezan las malas caras. La madre de XY no soporta que su hijo no coma nada. Pero XY sabe que si se come las cosas sin ganas, acaba vomitando y le tiene pánico a ese regusto amargo a bilis que se le queda en la garganta durante casi una hora cada vez que vomita.

Si estuviera su abuela paterna, le diría a la madre que no lo forzase, pero no está. Sólo ella se atreve con el genio de la madre. En esas circunstancias a XY no le queda más remedio que actuar en clandestinidad. De ahí que meta los pedacitos de conejo en el primer lugar que encuentra: un camión de juguete que hay en el suelo.

De vez en cuando, XY escabulle los cachos de huesos y carne por debajo del mantel y los introduce en el camioncito.

Por fin parece que se han cansado de comer paella. Los dos se levantan: van a por el postre. Su padre le dedica una sonrisa que XY que el niño imita como reflejo.

En cuanto se siente solo, XY aprovecha para meter el camión cargado de restos de conejo donde nadie lo va a buscar. Presuroso sólo se le ocurre abrir la puerta que no lleva a ningún sitio y dejarlo en un escalón de las escaleras que no conducen a ninguna parte. Abre la puerta, coloca el camión en el segundo escalón, y la vuelve a cerrar con mucho cuidado, como si estuviera vestido de ninja en una película de ninjas.

El padre de XY vuelve con una barra de helado muy ufano y espera a que la madre sirva los platitos y las cucharitas. XY tiene que responder dos veces que sí, que le gusta el helado, porque anda con la atención vuelta a la puerta donde oculta su pecado.

Pasan unos días y la madre de XY vuelve a cocinar arroz con conejo. Esta vez hay mucha gente y la cocina de su casa en el pueblo es minúscula. A XY no le gusta repetir un mismo pecado en poco tiempo. Además, por más que lo intenta no encuentra ningún contenedor donde tirar la comida a mano, así que no tiene más remedio que desmenuzar los trozos de conejo y tragárselos acompañados por los pastosos garbanzos y unos granos de arroz también blandengues.

Al siguiente día le vuelve a ocurrir lo mismo con las judías verdes en aceite. Igual que con las lentejas. Una tarde se encierra en el lavabo y vomita el estofado entero. Llegado a este punto, XY observa con preocupación que sólo le guste la hamburguesa con patatas fritas. El sábado toca ir a la casa de campo. Lo embarcan en el coche a regañadientes. Los padres

están tensos y no le dedican mucha atención. Como si fuera una buena noticia, anuncian que van a preparar la paella. XY pide por favor que sea de pollo, no de conejo. La madre le asegura que será así, pero le miente, porque XY la espía minutos después sacando la carne de la nevera de campaña que tienen en la casa a medio construir.

Desesperado, aprovecha que sus padres andan trajinando con el fuego, para correr al interior de la casa y sacar el camión de juguete que le ayudará a librarse del conejo. Abre la puerta y encuentra el camioncito allí donde lo dejó, sobre el segundo escalón. Lo coge por el morro y cuando lo tiene a la altura de los ojos, descubre una bola de pelusa blanca enorme que se escapa por las ventanillas del vehículo de juguete. Tembloroso, mira por detrás del juguete, que es donde tienen la cesta* todos los camiones y donde echó los trozos. Ni rastro de la carne ni de los huesos, pero pronto ata cabos y en pocos segundos determina que aquello que escondió es ahora una bola blanca peluda.

Del susto, arroja el camión contra el canto del primer escalón. La bola peluda, y seguramente la carne podrida que la ha originado, se desparraman, pero XY prefiere no mirar y cierra la puerta. Al instante, promete dos cosas: comerse la paella, sea con conejo, con pollo o con cocodrilo, y no abrir esa puerta falsa jamás.

5. Mortal y persa

En cuanto abrí la puerta, el gato persa morado se me echó encima con las uñas afiladísimas. Por instinto, lo rechacé con el antebrazo mientras me cubría la cara. Luego, me aparté dos pasos hacia el centro del patio justo al lado del pozo. Al gato no le hizo gracia que no le dejara clavar sus apéndices en mi piel y se puso a maullar con insistencia, pero no me atacó; se limitó a sentarse en la silla de la que había saltado, un ejemplar vetusto de mimbre que misteriosamente no se había cubierto de polvo y que se asemejaba a una mecedora. Su lugar favorito, supuse, pues estaba lleno de pelos. Muchos pelos.

Mi primer día como cuidadora social y había tenido la mala suerte de que el chico que debía acompañarme se pusiera enfermo. Ni me gustaba conducir ni conocía aquella zona rural y salvaje, pero tal y como estaba mi situación económica, aquel trabajo tenía que durarme. Así que arranqué el motor del coche destartado del ayuntamiento y me puse en marcha hacia la casa del anciano. Cinco kilómetros entre partidas de campo sin asfaltar para encontrar la casa de un tal Atanasio. Era nueva en el pueblo y apenas me manejaba por las calles comerciales del centro. El campo, como los lugareños llamaban a todo lo que no estaba asfaltado, era otro mundo incluso para los vecinos de Villajoyosa. En cuanto pasé el polígono industrial, los bajos del coche traquetearon al contacto con las piedras del camino. Fue en ese instante que me retrotraje a la Galicia de la que había escapado.

El cambio de aires que todo mi entorno me aconsejó. La corazonada de que mi lugar podría estar junto al soleado mediterráneo. En cambio, ahora sólo sentía el sofoco de las brasas de mi pazo en Galicia.

Atanasio vivía en un lugar remoto incluso para los que vivían en el campo. Solo. Le habían diagnosticado un cáncer y, para colmo, su mujer, con sus sesenta años a cuestas, lo había abandonado. Ella y la única hija del matrimonio. Con ese panorama, y siendo mi primer día, lo raro es que me sintiese cómoda al volante. Debieron de ser los nubarrones, el húmedo frío o la noche sin dormir, pero cuando me interné por aquella senda apta sólo para patrullas rurales, regresé sin querer a Galicia. Mejor dicho, a mi nefasto recuerdo del pazo gallego que me vio nacer.

Por más que intentara centrarme en el camino, me asaltaban los recuerdos de la noche en que murieron mi marido Javier y mi hijo Xabi*, asesinados por un par de ladrones de tres al cuarto. La misma noche en que, una hora antes, había recibido la llamada angustiada de mi tía Aurora, que vivía en la otra punta del pazo. La noche en la que toqué a su puerta varias veces bajo la atenta mirada de su gato persa, sentado en la mecedora, y en la que me acordé de que mi tía Aurora estaba en Madrid en casa de su hija. Me lo había dicho hacía dos semanas y no lo recordaba. Y el gato parecía feliz de verme allí, mal hallada por culpa de un timbre de teléfono y una voz embustera, y yo conduje de vuelta a casa asustada por mi falta de memoria, pinché una rueda y no supe cambiarla, por lo que a duras penas conseguí entrar en mi cochera dos horas más tarde. Cuando bajé del coche, toda mi vida se había ido a la deriva.

Mi tía Aurora había enviudado, como casi todas las mujeres mayores que conocía en el pazo. Yo era una niña, pero recordaba todavía las quejas de Agustín, su marido, al que habían declarado demente. El hombre estaba impedido y una silla de ruedas por aquellos pagos no le habría servido de mucho. Así que pasaba todo el tiempo en una mecedora hecho trizas, como si un gato la hubiera tomado con él. Agustín siempre se quejaba de que su mujer le quitaba las medicinas. Pero aquel hombre estaba oficialmente loco. Y muy enfermo del corazón. Un día cualquiera murió. El gato persa de mi tía Aurora se hizo con la mecedora del muerto, hasta tal punto que nadie más se sentó en ella. Sin embargo, mi tía lo llevó a la parte de atrás, junto al corral. Y encima de la mecedora —su mecedora ahora— estaba el gato cuando fui aquella noche a verla. El gato me sonrió, estoy segura.

Por eso, cuando entré en la casa de Atanasio, la visión del maldito gato persa que se me echó encima y luego se instaló sobre una silla enorme, casi una mecedora, estuvo a punto de hacerme renunciar al trabajo. Quizá no me echasen por tratarse del primer día. Puede que tuvieran en cuenta mi perfil de joven viuda traumatizada, lejos de su Galicia natal.

Ojalá me hubiese marchado. El gato persa era idéntico al de mi tía Aurora, pero todos esos gatos se parecen, me dije (aunque no es cierto que haya muchos persas de pelaje morado), y acabé de entrar en la sala pequeña desde la que se veía una cocina también diminuta, medio techada, medio a la intemperie. Los muebles daban pena, de viejos que estaban, y había más pelaje de gato que motas de polvo, que también había en cantidad, por todas partes. Era como si hubiesen abandonado aquella casa hacía mucho tiempo. Era como si el gato la hubiera heredado.

Al fondo de la habitacioncita que hacía de salón, un pasillo corto y estrecho en forma de ele. Quise anunciar mi presencia antes de abrirme paso por el pasillo. Si me había encontrado la puerta de la calle abierta, lo lógico es que hubiera alguien. Lo llamé de cuatro o cinco formas distintas: “perdone”, “disculpe”, “don Atanasio”, etc... Nadie contestó. El silencio era, cómo explicarlo, poco tranquilizador. Para más inri, me sentía observada por el gato persa, que me miraba fijamente desde su silla.

Me adentré por el pasillo oscuro y, a duras penas, distinguí dos puertas cerradas. No fue hasta que llegué a ese punto que me espantó el tufo que procedía, creí, del baño. Abrí la puerta de la izquierda al azar. Las dos eran idénticas, desconchadas, de un pardo desapacible. Era el baño: apenas un retrete, un lavabo y un plato de ducha con una cortina desgastada. Olía mal, pero nada que ver con lo que acababa de oler en el pasillo, y eso que había ayudado a limpiar un pozo ciego allá en el pazo: la del lavabo era una peste asumible; la del pasillo no parecía humana ni animal. Salí del baño, y antes de abrir la segunda puerta, grité el nombre de Atanasio tres veces más. En lugar de recibir una respuesta, el gato persa se acercó sinuosamente hasta el final del pasillo en ele. Ahora que lo apreciaba mejor, con la luz de una claraboya sobre el animal, llegué a pensar que era el gato de mi tía Aurora. Sólo que era una gata. El animal emitió un maullido de dolor con la boca bien abierta y sus colmillos afilados brillaron tanto como sus ojos color esmeralda. Por un momento, dejé de oler aquel rabioso tufo. Era tan fuerte mi determinación a ningunear la gata, que abrí la segunda puerta de un plumazo. La primera impresión que me quedó fue la de un montón de moscas alrededor de un montón de carne y huesos. A duras penas discerní en aquella estampa horrible el cadáver de un hombre viejo, sentado con la espalda apoyada en el cabecero de la cama y sosteniendo algo entre las manos. Cerré la puerta con un impulso violento. Luego, me desmayé.

Cuando recobré el conocimiento, la gata persa me estaba lamiendo la mano. Teníamos las cabezas al mismo nivel, sobre el suelo frío y polvoriento de aquella casa fétida y herrumbrosa. Su pelaje antes morado, ahora gris, demasiado espeso incluso para su raza, me pareció de un tono más azulado que el de mi tía. Reconozco que incluso en aquel momento aquel detalle me alivió. Los ojos eran más anaranjados que verdes, incluso podía verle trazos amarillentos en las pupilas. A pesar del miedo que me agarrotaba los músculos, sentí que me miraba con condescendencia.

Desconcertada, y con un golpe en la zona lumbar que me dolía a rabiar, me incorporé como pude. Lo primero que hice fue salir a trompicones de la casa. Toda aquella atmósfera húmeda, el aire turbio y los nubarrones, me sustrajeron al pazo. La gata me siguió fuera y maulló varias veces. Definitivamente, los suyos eran maullidos de dolor.

La casa destartalada, al fondo, había adquirido un aire siniestro del que carecía hacía unos minutos. Miré el reloj, habían pasado casi tres horas desde que había entrado allí por culpa del desmayo. Tenía que llamar con el móvil a la sede de servicios sociales. Allí me dirían qué hacer o enviarían a la policía. No tenía ni idea de cuál era el procedimiento. Pero de todas formas era

inútil preocuparse: no había cobertura. Como en el pazo.

Sé que tendría que haber arrancado el coche y salir pitando de allí. Pero aquel hombre había muerto solo. Yo había descubierto los cuerpos de mi marido y de mi hijo y, pese a que no me los podía quitar de la cabeza, hoy por hoy no seguiría en mis cabales si no les hubiera podido llorar tanto como les lloré, con los cuerpos presentes toda la noche y todo el día siguiente hasta que los llevaron a enterrar, cuando me tuvieron que ingresar.

Quise enfrentarme a la verdad, pero andaba escasa de fuerzas, así que tardé bastante en descubrir que no había ningún teléfono en el interior de la casa. Durante toda la búsqueda minuciosa, como si no bastase con echar una ojeada, o sea engañándome, la gata persa me siguió hasta que se quedó parada junto a la puerta del baño y empezó a rascar la puerta. No le di importancia, porque estaba preocupada por encontrar un teléfono que en el fondo sabía que no encontraría. Tenía una urgencia inexplicable por salir de allí, con la peste inhumana y los recuerdos tormentosos.

El único testimonio de la modernidad en aquella casa era una televisión diminuta y un frigorífico anticuado y lleno de moho, como descubrí al abrirlo absurdamente durante mi búsqueda. El hornillo funcionaba con gas y no había ninguna lavadora a la vista. El agua del grifo apenas sí tenía presión, por lo que tal vez procediera de un aljibe. Igual que en el pazo, cuando nos trasladamos allí.

Javier se esforzó en hacer de aquella casucha un hogar moderno y cuando casi lo habíamos conseguido, dos hijos de puta entraron, le quitaron cien euros que llevaba en el bolsillo, y lo mataron. Luego, rebuscaron por la casa, con mucha más violencia que yo en la casa de Atanasio, porque lo tiraron todo por el suelo y se llevaron unas joyas de mi abuela, ¿qué más se iban a llevar?, y la vida de mi hijo, que fue testigo inocente de todo aquello, y al que encontré en su dormitorio, sentado en la cama con un libro entre las manos, casi en la misma posición que Atanasio. Sólo que mi niño no estaba descompuesto, el disparo le había teñido el pijama azul de rojo. Todavía tenía sus coloretes en las mejillas cuando lo besé, después de tratar de reanimar a Javier, que apenas balbuceó algo antes de irse. Cómo me dolió no haber entendido sus últimas palabras. Luego, me dijeron que Javier no había sido honesto conmigo, que me había engañado desde el principio con una de la capital. Pero no quise escuchar a nadie. Rompí con mis amistades y con mi poca familia, y me vine a la costa mediterránea a buscar la calidez de un sol que, en pleno otoño, se había perdido de camino al invierno. También aquella noche, después de besar a mi hijo, sentarme en la cama junto a él y comprender el horror, me desmayé, pero antes tuve la sensatez de llamar al médico de la zona, como si alguien pudiera volver a la vida a mi familia.

Aquella maldita casa, tan norteña en pleno Levante, se me había clavado en algún lugar del corazón. De lo contrario habría huido con el coche. Ya sabía que no tenía teléfono. Mi móvil no me servía de nada. Nadie vendría a buscarme. Y la gata tan azul como la de mi tía Aurora volvió a hacer lo mismo, me siguió al exterior y luego me acompañó, porque yo lo intuí así, hasta la puerta del baño y empezó a rascar la puerta. Ahora es fácil entrever las señales, pero en aquel momento no podía analizar la realidad y mucho menos descifrar enigmas. Sin embargo, le abrí la puerta del baño. Quería que me dejara en paz. Incluso quería que no fuera una gata persa. La idea de la similitud con el gato de mi tía Aurora ya me estaba irritando. Donde antes había visto ternura en la gata quise ver un desafío a mi tranquilidad. ¿Y si aquel bicho se quería aprovechar de mi buena voluntad? ¿Y si en realidad había matado a su dueño y ahora quería hacer lo mismo conmigo? Por esa extraña lógica en la que le atribuí a un simple felino dotes maléficas, aproveché que entraba en el baño, tan sinuosa, tan vanidosamente lenta —ya sabía que era hembra—, para encerrarla. No iba a solucionar la situación, pero a mí me aliviaba perder a la gata de vista.

A continuación, salí de la casa de nuevo y busqué con la mirada posibles senderos que llevaran

a otras fincas, quizá con una familia en sus cabales, con una tendencia a la bondad, con un cielo menos negro, pero no encontré nada. A pesar de mis reticencias a conducir, recorrí arriba y abajo los caminos sin encontrar ni una sola casa. Miento: los dos chalets que hallé, muy distantes entre sí, estaban cerrados a cal y canto. No me servían, porque había aprendido de mi pérdida: había aprendido a caerme de pie y no pensaba asaltar una casa cerrada para buscar un teléfono porque sabía que el destino se las arreglaría para acabar denunciada y, por supuesto, no habría teléfono en la casa. Cuando estaba cerca de la carretera comarcal, supe que lo mejor era volver a la central, y explicar lo sucedido. Pero me entró miedo. Al fin y al cabo había revuelto la casa, había encerrado a la gata persa en un aseo fétido y había tocado lo que no debía. ¿Para qué abrir la nevera? ¿Para qué retirar la pelusa de la gata de la silla que se parecía tanto a la mecedora de mi tío Agustín? En el momento en el que debí seguir por la carretera comarcal, era incapaz de disociar la realidad de mi lógica. Cuando retiraba la pelusa de la gata, mientras buscaba el teléfono, había sentido tanto odio hacia el animal, que sus ojos tiernos volvieron a ser los espeluznantes ojos del gato de la tía Aurora desde su mecedora, como si se riera de mi desgracia, como si él mismo hubiera provocado la llamada de teléfono que me hizo dejar a mi familia sola. Ya habían pasado cuatro horas, el mediodía se me echaba encima, (y ni rastro de sol), y no podía hacer nada más que volver a la casa y deshacerme de la gata, o al menos, esperar un ataque del animal para defenderme y matarlo.

Ya sé que parece una locura. Lo fue. Transitoria o no, pero aquello no tenía lógica más allá de mi propia situación, más nerviosa por mis recuerdos que por el propio caso del hombre muerto solo en casa. ¿Es que no ocurría lo mismo con tantos enfermos o ancianos cada día? A mí, mientras me encaminaba a la casa a toda velocidad, haciendo saltar las piedras contra la chapa gastada del coche, me parecía una tragedia orquestada para desestabilizarme. Sin duda, pensaba en aquellos momentos, el mal se había transformado en gata persa. No sospeché ni por un momento que la muerte de Anastasio me ayudaría a comprender tantas cosas: el motivo de la huida de mi tía Aurora (pues no volvió al pazo), el porqué de la actitud del gato y, sobre todo, la verdad sobre la muerte de mi tío Agustín.

Acelerada, descendí del coche y entré en la casa como si tuviera que resolver algo con urgencia. Ese algo era la gata encerrada en el cuarto de baño. Me tapé la nariz, mientras me internaba por el pasillo, y esperé dos segundos antes de abrir la puerta del aseo. La gata no me hizo el menor caso. Miraba hacia arriba desdeñosa. En primer lugar creí que observaba algo en el techo, pero luego, al dar unos pasos hacia el frente, vi reflejados sus ojos, más amarillentos que nunca, en el espejo redondo sobre una cómoda de madera, mal tallada, y apoyada por la base sobre el lavabo. Me quedé mirando los ojos de la gata a través del espejo. De pronto, me giré, y la gata no estaba allí. Sin embargo, volví a mirar el espejo y una aureola amarillenta se reflejó en el cristal. Entonces, muerta de miedo, sentí el tacto suave de la gata en los pies, que llevaba casi al descubierto, apenas tapados por unas sandalias, como una extranjera.

Miré a la gata y ella movió la cabeza levemente hacia arriba, pero con un propósito claro, que mirara el espejo. El reflejo amarillento parecía proceder del cajón, así que, impelida por una fuerza superior a mí, me dispuse a abrirlo. Del tirón que di, demasiado fuerte, cayeron varias cajas de medicamentos sobre el lavabo. Las observé bien: todas pertenecían a dos tipos de fármacos diferentes. Ninguno me sonaba. En el interior del cajón se apilaban todavía más cajas aplastadas. Con una particularidad, todas las cajas, porque las repasé una por una, estaban vacías.

En aquel instante de extrañeza la gata salió del cuarto de aseo. La seguí. Justo como había hecho una hora antes, se puso a dos patas frente a la puerta del dormitorio del cadáver y empezó a rascar la chapa gris. Esta vez, lo hizo con mucha intensidad y rapidez. Daba la impresión de que quería echarla abajo. Me olvidé del olor nauseabundo. Me centré en la imagen del cadáver descompuesto y las moscas acibillándolo, y asumí que era una realidad

diferente a la visión de mi hijo muerto. Aquello era el cadáver de un extraño; nada más que huesos y ligamentos podridos. A pesar de que me había distanciado mentalmente de lo que iba a presenciar, tardé unos minutos en decidirme a entrar. La gata había enloquecido arañando la puerta, llegando a horadarla. Yo, resuelta a acabar con aquello, pero sin saber muy bien por qué lo hacía, abrí la puerta. El hedor me echó para atrás, pero la gata seguía sinuosa y de alguna manera me obligó a continuar. Me acerqué a los pies de la cama. El cadáver, sentado y apoyado sobre el cabecero antiguo de la cama prehistórica, sostenía una cajita. Arriba, un crucifijo mal puesto, bastante torcido a la derecha. La gata ronroneó, como si quisiera evitar que me distrajera en más detalles de aquella infecta habitación. Con las manos intenté deshacerme de la turba de moscas y conseguí ver la caja. Era exactamente igual a una de las que había en el cajón del baño. Me atreví a mirarla de soslayo, a pesar de la peste y de las moscas. Aquella caja estaba vacía. Un vaso de agua lleno hasta más allá de la mitad me llamó la atención. Entonces, lo vi todo muy claro.

En el momento en el que comprendí que la mujer de Atanasio le había quitado los medicamentos, lo había abandonado y lo había dejado morir, entendí la reacción del gato persa de mi tía Aurora. Después de aquel descubrimiento, me sentí aliviada. Triste, porque la certeza de que Atanasio había tenido una muerte indigna me creaba un vacío enorme, pero extrañamente reconfortada. Sin pensarlo más, me subí al coche, di parte a mi jefa, y cuando la guardia civil me llevó a la casa les expuse mi teoría. Debían de saber que estaba diagnosticada como depresiva, porque no me hicieron ni puto caso. Al día siguiente presenté mi renuncia e intenté ganarme la vida en el mismo pueblo durante un tiempo. Al pazo no podía volver, pero las cosas me fueron mal a orillas del Mediterráneo y no tuve otro remedio que marcharme. Esta vez regresé con el firme propósito de venderlo y poder vivir con más desahogo en Villajoyosa.

La gata persa sigue conmigo y la llamo Persa, porque la tengo por inteligente y no quiero colgarle otro nombre que le pueda disgustar. A veces parece dispuesta a comunicarse conmigo con los ojos, pero casi siempre elude su mirada, por si me dirige una sonrisa, por si se le ocurre anticiparme una desgracia y no la sé descifrar. Al menos sé que el gato de mi tío Agustín —porque era suyo, ya que nunca quiso a mi tía Aurora— no tuvo nada que ver con la tragedia de mi familia. O es lo que prefiero creer.

Septiembre de 1980

XY mira el interior de la iglesia con más espanto que curiosidad. Sabe que sólo a los niños malos les asusta ese señor que a él le aterra. Por eso no se atreve a confesárselo a nadie. Sin embargo, no puede evitar sentirse intranquilo en aquel lugar oscuro, mirando a todas partes como si temiera alguna presencia amenazante.

Su madre le da un pellizco para que deje de dar patadas en el travesero de madera que recorre la parte baja del banco y XY suelta un grito que desconcentra al cura y a parte de los invitados.

Algo hablan entre sus padres. Parece que el padre se llevará a XY a dar una vuelta. Por eso le da la mano y lo conduce por un pasillo lateral. Van viendo capillas con santos. Ante el primero le dice el padre que lo respete porque San Francisco quería mucho a los animales, igual que él. De San Antonio dice lo mismo, y XY le llama mentiroso, porque ha dicho lo mismo de los dos.

El padre no sabe qué responderle y tras pasar una santa de la que no comenta nada, le asegura que el que verdaderamente importa está en la siguiente capilla.

XY avanza por delante de su padre y al girar alegre una columna, el niño se queda petrificado. Su padre le anuncia que ahí tiene a Jesucristo, el que murió por nosotros.

Lo único que ve XY es un rostro severo y atormentado por cosas que duelen como las espinas, los clavos y las llagas. Además, hay sangre por todas partes y a ese hombre se le notan los huesos como si fuera un esqueleto. XY se recrea en los detalles que le dan tanto pavor y, por eso, huye. Su padre tiene que ir tras él hasta la salida. Toda la iglesia se ha girado ante los gritos de XY y la madre ha jurado en voz baja pegarle una buena paliza en cuanto lleguen a casa, después del convite.

6. Los senos mordidos

Benigno y Sigrid tardaron casi dos y medio en descubrir que compartían la misma pesadilla y, enseguida, lo relacionaron con la desgracia que creían sepultada para siempre. En sus sueños, de pronto caían por un hoyo del jardín hasta el fondo de un pozo casi seco donde un bebé desfigurado intentaba atraer su atención parpadeando con su único ojo inyectado en sangre. En lugar de mostrarse horrorizados, aunque tensos, la pareja intentaba acercarse a él, pero una cohorte de seres sin rostro trataba de alcanzarlos agitando los brazos y las manos. A ciegas, corrían por el túnel subterráneo hacia la luz mortecina que emitía el ojo en la oscuridad. Por fin, en un rincón invisible, ella palpó la cara horrenda de un bebé que lloraba a pesar de tener la boca cosida. Ella se emocionó y, a duras penas, contuvo el llanto. Él, con lágrimas en los ojos y una sonrisa esbozada, dijo que lo veía hermoso. Con el único ojo cerrado, aquel bebé lloraba desconsolado. Por más que lo intentara consolar Benigno, acunándolo, las lágrimas del único ojo del niño sin rostro cubrían de sangre el rincón de la fosa. El sueño terminaba así para los dos, con muy ligeras variaciones.

Cuando cinco años antes, Sigrid hizo que Benigno soltara las herramientas en plena soldadura para comunicarle que iban a ser padres, los dos despejaron sus dudas sobre el futuro del matrimonio. Ella ya no se sentiría culpable por haber dejado que sus padres presionaran tanto con el único fin de justificar en sociedad una relación de años. Él aparcó sus reticencias antiburguesas. A sus suegros, de todas formas, seguiría rehuyéndolos. Por malas bestias.

Los Santillana-Morago esperaban su primer nieto con tal impaciencia que Sigrid, la parturienta, y Benigno, el padre, decidieron apagar sus teléfonos móviles días antes de que Sigrid saliera de cuentas. Los Santillana vivían en Santander y los Morago en Madrid, pero ninguno de los futuros abuelos estaría disponible para viajar a Barcelona hasta que Sigrid entrara en la sala de partos.

A Benigno le vino bien la excusa para alejar a los futuros abuelos de aquel momento especial, aunque en el fondo sólo trataba de neutralizar los intentos de control de sus suegros, si bien se sentía muy a gusto con la casa que los Santillana les habían financiado. Como se consideraba un hombre justo, le dolía haber dejado fuera a sus padres, mucho más humildes y menos pesados que los Santillana. En cualquier caso, lo había hecho por su hijo en camino y por Sigrid, y bien hecho estaba.

El plan era sencillo: la pareja esquivaría todo tipo de presiones para que ninguno de los abuelos se enterara del nacimiento del primer nieto hasta que llegara al mundo.

Fueron veintisiete horas de parto, y Benigno no se apartó de Sigrid excepto para ir al baño y comer un sándwich de una máquina del pasillo, en total menos de media hora. Era uno de los inconvenientes de los partos naturales, una auténtica aberración para los Santillana.

Pese a la tortura del alumbramiento, el nacimiento obtuvo los parabienes de la exclusiva clínica a la que acudían muchos famosos devotos de la vida natural y alternativa.

Los gastos corrían a cargo de los Santillana. Al fin y al cabo era su hija la que les iba a dar un nieto. Los Morago no metieron baza por dos motivos, aunque el más importante es que no se enteraron del nombre de la clínica hasta después del nacimiento.

El propio Benigno no era consciente del dineral que costaban las ecografías en tres (o cuatro) dimensiones ni la atención personalizada. Cada mes, la madre de Sigrid, a espaldas de don Sebastián, le ingresaba una cantidad que ayudara a la joven pareja, convencida de que el trabajo de Benigno como soldador no estaría a la altura del de su hija, correctora de textos para una editorial. Lo más curioso del caso es que se equivocaba, porque Benigno ganaba quinientos euros más al mes que Sigrid.

En cualquier caso, lo importante aquí es que el niño nació bien y a Benigno, además, le pareció una criatura monísima. Como no se despegaba de la cuna del bebé, al que debieron vigilar dos

días (de forma natural), le llegaron los comentarios de una enfermera entrada en años que insinuaba una fealdad insólita en el pequeño. Aquello, lejos de molestarle, sólo le confirmó que la envidia escocía: la vieja amargada habría matado por tener un niño como Benny. Incluso le sobraba el intento de consuelo de la encargada de planta, que debió de interpretar la mirada reflexiva de Benigno en su clave: los niños que de pequeños resultaban horriblos, solían convertirse en muchachos guapísimos. Envidia, pensó Benigno, nada más que envidia.

A todo esto Sigrid, que era muy pragmática, no decía ni que sí ni que no, por lo que Benigno dedujo que su hijo era tan hermoso como los demás. Con todo, ambos estaban de acuerdo en que su hijo Benny tenía algo especial en la mirada que los demás no tenían.

Cualquiera diría que los suegros se pusieron de acuerdo en llegar dos días después de que Sigrid, el bebé y Benigno abandonaran la lujosa habitación individual. A Benigno no le extrañó que no le cobrasen la factura: para él toda la sanidad española, incluyendo los centros exclusivos especializados en partos naturales, era pública. Sigrid no quiso ensombrecerle la ilusión; a fin de cuentas también tendría que explicarle que la hipoteca del apartamento en la playa se financiaba, en gran parte, gracias al señor Santillana. Aparte, la joven madre bastante tenía con asumir en silencio, y sin desilusionar a Benigno, la fealdad exagerada del recién nacido.

Llegaron, pues, los cuatro suegros el mismo día, casi a la misma hora, y tras una tregua que duró hasta la noche del día siguiente, el señor Santillana fue más lejos que ningún otro rumor anterior sobre la apariencia física del bebé. Aquel niño había nacido deforme y convenía demandar al hospital: tenía un ojo enorme y el otro casi no le abría. Su consuegro compartía el parecer del hacendado papá de Sigrid, pero no quiso referirse a posibles demandas porque le tenía pánico a los jueces.

Ni que decir tiene que a Benigno le sentó como un tiro escuchar el epíteto deforme en relación a su vástago. Se dio la curiosa circunstancia de que su madre, la señora Morago, llamó en un aparte al consternado Benigno. Sin abrir la boca le mostró una fotografía: el bebé, en colores sepia, estaba chato, aguantaba una cabeza descomunal y parecía un mono con hidrocefalia por culpa de unas orejas de soplillo que legitimaban la cirugía estética en infantes con menos de un año. El nuevo papá estuvo cerca de alegrarse de ver aquella foto de su papá y de compararla con la estampa de su hijo. Qué feliz parecía ahora que tenía la prueba documental de que su bebé era más guapo que otros muchos. Su mamá, acostumbrada a la ingenuidad de su hijo porque el padre era igual, le dio una mala noticia: “Éste eres tú, de pequeño”. Benigno lo negó tantas veces como su madre aguantó para replicarle. De normal, la señora Morago se cansaba pronto de contradecir a los varones de su familia, cabezotas hasta lo insoportable (amén de cabezones), pero en aquella ocasión perseveró hasta que Benigno quedó convencido de que entre él y Sigrid, tan bella como la novia del capitán Trueno, habían engendrado un monstruo y que ese monstruo no era más que el reflejo de su primera infancia.

Primero fue Benigno el que se negó a coger el niño en brazos; luego, su suegro, el señor Santillana, lo rechazó como quien huye de un virus mortal. Sigrid, en lugar de recriminárselo, se fijó en el silencio de los padres de Benigno y de su propia madre. Entonces, aulló como una perra herida: ¡su hijo era un monstruo!

Al día siguiente, los Santillana y los Morago dejaron a la pareja con el horrible Benny. Ya entonces Sigrid sentía mucho asco por el engendro que había salido de sus entrañas. Su marido le propuso repartirse las tareas entre los dos. Incluso pensaron en contratar a alguien, pero Sigrid se echó para atrás en el último momento: era su hijo. Sin embargo, su decisión de no darle la teta al pequeño monstruo sería firme.

Poco a poco, Benigno se fue desentendiendo de su pequeño. En una semana había pasado por situaciones tan duras como quitarse de encima a los amigos que querían visitar al bebé de la pareja. Llegó al extremo de darse de tortazos con su mejor amigo, que se había colado en la

casa sin anunciar, como solía hacer antes del nacimiento de Benny. Mientras tanto, Sigrid se había encerrado en sí misma. Apenas hablaba con nadie y se negaba siquiera a darle el biberón al pequeño.

Porque la salud de Benny estaba en juego, Benigno decidió recomponer la relación con su madre, que jamás había sido buena con él. Necesitaba alguien que alimentara a Benny y no se atrevía a contratar a nadie de fuera. Para su sorpresa, la señora Morago le agradeció con un abrazo que le permitieran echar una mano con el bebé. Durante la semana de convivencia, la señora Morago le confesó a su hijo que ella misma se había negado a darle su leche materna, porque le mordía los pezones. No hicieron falta más que unas cuantas horas y un termo de café, durante la séptima noche de vigilia en la cocina, para que Benigno atase cabos y relacionara la mala relación con su madre con la ausencia de leche materna en su dieta. Ya que la abstinencia sexual era larga y se prometía infinita, también relacionó su debilidad por las grandes mamas con la suplantación del fálico biberón en lugar de las tiernas y suaves tetas de su madre. Aquella idea le horrorizaba y le atraía (intelectualmente) al mismo tiempo. De lo que no cabía duda es de que su hijo, aunque se pareciera al mismo diablo, necesitaba los senos de su madre. No podía evitar sobrecogerse ante la monstruosidad de Benny, pero su obligación moral es que no se repitieran los traumas que tanto le habían atormentado.

Por primera vez, el miércoles siguiente a su llegada a casa, Benigno se atrevió a enfrentarse a su mujer, que parecía un fantasma, con el pelo sucio y largo enredándose por la cara, enrojecida e hinchada de tanto llorar. Le costó muchísimo despegarla de la almohada y mucho más que lo escuchara. Con todo, cada vez que Benigno intentaba hablar, Sigrid le hacía callar con exabruptos y maldiciones.

Fue tanto el empeño de Benigno, que al final, y tras colarle dos tranquilizantes en un vaso de zumo de melocotón, logró que su mujer entrara en razón. Benigno le expuso las razones de su mala relación con su madre cuando era pequeño, pero sin mucha convicción. Todo parecía perdido hasta que le preguntó a Sigrid, que había vuelto a su posición fetal, si realmente quería convertirse en una madre como la señora Morago. Sin saberlo, Benigno dio en el clavo. Y acertó de nuevo al retirarse de la habitación y no caer en la guerra de reproches que Sigrid había iniciado y que retomaría a la primera oportunidad. Lo cierto es que Sigrid se calmó y empezó a asimilar que, antes de una mala bestia, aquel bebé deforme era un ser humano y merecía la misericordia de sus padres.

Por fin, cuando el niño tenía veinticinco días, Sigrid pidió verlo. La señora Morago se apresuró a llevárselo, pero Benigno le cortó el paso y tomó a la criatura. Ante las preguntas insistentes de su madre, Benigno le tuvo que confesar que Sigrid la odiaba. Aquello sentó tan mal a la sufrida abuela que se fue con un portazo. Un portazo que se escuchó en la habitación de matrimonio y que reafirmó la voluntad de Sigrid de sentir la áspera suave de Benny. No en vano, saber que su suegra los había abandonado, representó el primer motivo de ilusión en mucho tiempo.

La madre y su niño se olieron, se untaron de lágrimas y, finalmente, Sigrid besó la frente de su bebé. Benigno, emocionado, acarició la cabeza de su mujer y, con más fervor que antes le pidió que le diera el pecho a Benny. Ella se negó, pero Benigno vio un brillo especial en los ojos de Sigrid, lejos ya de aquel tono mate de los últimos días, e insistió. No se equivocó, pues terminó accediendo.

Al principio ella se quejaba. Efectivamente la criatura daba unos mordiscos terribles a los pezones de su madre y, de no ser por Benigno que la alentaba, lo habría apartado de sus senos. A resultas de tanto dolor físico, se intensificó el odio de la madre por su pequeño. Tanto es así que un día estuvo a punto de darle al bebé unos medicamentos que encontró en un cajón del dormitorio. Debían de ser de Benigno, porque no le sonaban de nada. Buscó entre los prospectos doblados del cajón y cayó en la cuenta de que eran tranquilizantes. Cuando se los fue a dar, Benigno entró en el dormitorio y la sorprendió creyendo que era ella la que pretendía

tomárselos. Alarmado, Benigno le hizo prometer a su mujer que sólo se tomaría las pastillas en las dosis que él le diera. Tras tomar las dos primeras píldoras, Sigrid se sintió arrepentida por lo que había estado a punto de hacer con el bebé y, cada vez más, se habituó a llevarse al estómago todo tipo de tranquilizantes, ansiolíticos y antidepresivos. Todavía prefería dormir sola junto a la cuna de Benny, pero encontró en todos aquellos remedios de farmacia la compañía perfecta para afrontar las lactancias y su inseparable sentimiento de culpabilidad.

A Benigno su familia dejó de visitarle: acaso sus dos hermanas, a las que la señora Morago sí había dado el pecho, compensarían la pérdida del vástago. Por su parte, las llamadas de teléfono de sus suegros también cesaron. Sin embargo, andaba loco de contento porque su hijo, con los carrillos más hinchados y el color de piel menos amarillento, parecía tener otro aire. Lejos de parecerle guapo, al menos ahora presentaba el aspecto de un niño normal, feo, pero normal.

Sigrid también notó ese cambio en el bebé antes incluso de que Benigno le contagiara su entusiasmo. Por eso, siguió afrontando la lactancia de su hijo con la determinación de que estaba haciendo lo correcto. Sin embargo, no podía dejar de tomar aquellas pastillas que mezclaba sin que su marido se percatase.

La muerte del pequeño ocurrió de madrugada. Sus papás, que volvían a dormir juntos, se habían quedado dormidos. En pocos días, Benigno debería volver a su trabajo en el taller y necesitaba descansar. Dormir para Sigrid se había convertido en un lujo después de las agotadoras sesiones en las que el bebé mordía una y otra vez sus flácidos pechos. Los dos dormían, porque el niño había dejado de llorar. El niño ya no lloraba, en efecto. Ya nunca más emitiría sonido alguno.

Al velatorio acudieron todos los miembros de las dos familias que se enteraron del triste deceso. Sigrid y Benigno estaban sedados por completo. Fue la madre de Sigrid la que decidió que no le hicieran la autopsia al bebé. Sería una muerte súbita. “Son cosas que, por desgracia, pasan”, le confirmó lacónicamente el médico de la clínica de partos naturales, que acudió al entierro, pero un día antes se había quitado el muerto de encima recomendándoles por teléfono que llevaran a su bebé a cualquier hospital de la Seguridad Social.

Pasaron dos años hasta el siguiente intento de tener un hijo, que terminó en aborto. Con la ayuda de un arsenal de antidepresivos cada vez más potentes la pareja consiguió concebir a un bebé. Todo el mundo coincidió en que era el bebé más hermoso sobre la faz de la Tierra. Por sugerencia de la madre de Sigrid lo bautizaron por el rito católico. Se llamaría Antonio, un nombre mucho más cristiano que Benny. A pesar de que Antoñito empezó mordiendo los pezones de Sigrid con ahínco, ella resistió y el niño se fue desarrollando como si de un querubín se tratara.

Con el transcurso de los años, las visitas al cementerio se fueron espaciando hasta que, primero Sigrid y luego Benigno, dejaron de ir. Antes de que el alquiler del nicho venciera, Benigno recibió dos cartas que, apiladas junto al resto de correspondencia comercial, fueron a parar al fuego de la chimenea. El pequeño cadáver momificado del bebé se depositó en una fosa común junto con otros seres incapaces en vida de haber rozado la felicidad.

Pasados los años, la pareja aparcó en algún lugar de la memoria la existencia de Benny. Una noche, mientras hacían el amor, Benigno consiguió lo imposible: lamer los pechos de su mujer, que hasta entonces se había negado. Pronto, tuvieron dos hijos más. Todos bellísimos y con buena salud, sobre todo gracias a que Sigrid dejó los tranquilizantes y demás química durante el embarazo. Sin embargo, cuando el menor tenía dieciocho meses, Sigrid tuvo dos ataques de pánico muy seguidos y, a escondidas, volvió a las píldoras. Benigno se opuso, pero ante la eficacia de los calmantes, también se decidió a consumirlos. Las pastillas, capaces de sumirles en un profundo sueño, no sirvieron para borrarles una pesadilla que empezó a repetirse en Sigrid y que luego alcanzó al subconsciente de Benigno: siempre el mismo horror ante la fosa

común donde un niño horrendo lloraba con la boca cosida por el forense.

La pesadilla, con terribles variantes, les acompañó durante muchos años y sólo se desvaneció el domingo de todos los santos que, sin decirse nada, Sigrid y Benigno acudieron al cementerio junto a sus hijos y rezaron una oración todos juntos frente a una lápida nueva que recordaba la fecha del nacimiento y la muerte de Benny.

Benny Morago Santillana
Diciembre de 2010- enero de 2011
No supimos quererte.
Espéranos en el Cielo.
Y, por favor, perdónanos en vida.

Noviembre de 1980

Los padres de XY le han ocultado el plan de esta tarde: ir a casa de su tío paterno, donde hace tiempo que no va. Y no se lo han dicho porque saben que XY sueña con su tía política que, convertida en bruja, lo persigue por inacabables pesadillas. Sin embargo, su padre ha muerto y quieren darle el pésame.

Aunque XY ha oído rumores de que el padre de su tía política estaba muy enfermo, no entraba en sus planes que un señor al que siempre ha visto caminar con normalidad se acabe muriendo. Tampoco ha sabido relacionar el cierre del bar de su tío con su muerte, claro.

Así que XY se impresiona al ver a su tía vestida de negro. Le da dos besos sin rozarle la cara, porque cree que le dará mala suerte, y corre hacia el fondo del pasillo, donde se encuentra la sala de estar y hay un montón de gente ocupando ocho o nueve sillas.

Como sus padres no vuelven de hablar con los tíos, XY se aburre y empieza a cantar algo que ha escuchado por la tele. Algunas de la media docena de caras que hay allí le ríen la gracia, pero una, la de un hombre seco, de unos cincuenta años, se pone cada vez más seria mientras lo sigue con la mirada.

Primero le dice que se calle por el amor de dios. Luego, grita que alguien lo calle de una puñetera vez, coño. Y como la palabra coño suscita la risa de XY, el niño de cinco años apenas se planta delante del hombre hosco con la cicatriz en la frente y se la repite entre carcajadas. ¡Coño, coño, ha dicho coño!

Todo sucede muy rápido, pero no tanto como para que no se perciba claramente que el malcarado señor le da un bofetón a XY. El niño se pone a llorar al instante. Silencio sepulcral por parte de los presentes.

Al cabo de dos o tres minutos, con XY llorando a pleno pulmón, nadie, incluida su abuela y dos familiares lejanos, articula palabra alguna cuando la madre de XY acude corriendo y pide explicaciones. Ante la callada, le pregunta a su hijo qué ha pasado y él se lo cuenta entre sollozos. La madre quiere ratificar la versión del crío con el resto, pero nadie abre la boca excepto para decir: “nosotros no hemos visto nada”.

Como XY insiste en que ese hombre calvo le ha pegado y ya le han dicho tres veces que “nosotros no hemos visto nada”, la madre se enfada y le pide al padre de XY, que acaba de entrar en la sala, que se vayan.

La familia de XY se marcha muy a la tremenda, y XY se siente mal, pero bien al mismo tiempo, porque su madre lo ha defendido.

Por la noche, XY descubre que si te desvelas, cuanto más te empeñas en dejar de recordar la cara de una persona, más difícil resulta quitársela de la cabeza. Por eso, se pasa casi una hora con el tipo malcarado en sus adentros murmurando que quiere dejar de pensar en él, que desea dejar de pensar en él. Al final, se cansa y se duerme, pero vuelve a soñar que su tía es una bruja y que la mujer del pelo blanco como el algodón que la acompaña está envenenando la comida que sirven en el bar.

Al día siguiente, no piensa ni un momento en el tipo seco que le dio el bofetón. En cualquier caso, cuando su abuela lo recoge de la puerta del parvulario le dice que no le lleve al bar, que quiere ir con su madre. La anciana accede, aunque es la primera vez que pierde una batalla contra la madre de XY.

7.

La última fotografía

Al escritor no le ocurre como al camarero o al electricista. La mayoría de profesionales, de hecho, salen de vacaciones para no trabajar. En cambio, el escritor como el buen fotógrafo, tiene la obligación moral de captar todo aquello que le inspire un sentimiento o despierte su curiosidad. Sobre todo, si el escenario por el que se mueve es una ciudad tan evocadora como Praga.

Hace un día apacible de sol tenue que invita a pasear por una ciudad hecha para paseantes, tan alejado de esta tarde lluviosa de septiembre en Barcelona. No he podido conducir mi propio coche y me dirijo en taxi hacia el hospital de Sant Pau donde mi mujer y mi hija están a punto de morir. Trato de evadirme de la Barcelona gris del presente para regresar a aquel día soleado en Praga.

Llevamos caminando poco más de media hora. Corre el mes de julio y estoy a punto de comentar que el sol pica en Chequia como en todas partes, pero miro a mi mujer de refilón y no me parece que tenga ganas de someterse a una de mis ocurrencias. En su lugar, ando deprisa hacia la sombra tenue de un muro evitando la parte del camino descubierta de árboles. Como esperaba, mi mujer me sigue con el carrito en el que Nuria observa el cielo de un azul amenazante. Mi mujer está hablando. No sé qué va a decir, pero más vale que le escuche. De refilón, como una sombra más, Margase lamenta de no haber traído una chaqueta. Ella tolera mal las bajas temperaturas. Parece mentira que sea del Norte. Se lo comento (ahora que parece dialogante) e intento disfrazar el reproche con una sonrisa forzada. Me mira con verdadera congoja. No soporto que me mire así y vuelvo el rostro hacia un edificio, que como todos los de Praga, parece esconder un secreto.

Se trata de un viaje de reconciliación. Apenas recuerdo un verano en el que no hayamos hecho uno de esos viajes. Hasta ahora ha funcionado, a medias. Como novedad, en esta ocasión hemos traído a la pequeña, como si su sola presencia fuera el bálsamo que cada verano nos falta. Nuria se quedó el año pasado con mis padres (los de Marga murieron al poco de nacer ella, en un accidente), pero este verano necesitábamos que viniera. Al ser tan pequeña, mis padres se preocuparon, pero les dejé bien claro que nos hacía mucha ilusión su presencia sin revelarles que la realidad es que me daba miedo viajar solos. Al fin y al cabo eran mis problemas de pareja.

La niña imita a su mamá y, tras un par de metros de solano, se pone a temblar en la sombra que da un arco como si de veras hiciera frío. Me quejo en broma, con la mayor delicadeza posible, de la unanimidad femenina. De reojo, mientras sigo hacia adelante con el plano de Praga en la mano, observo que Marga no se ríe. Creo que será complicado que salga bien el viaje, pero todavía no me pienso rendir. Nos acercamos a una de las zonas más enigmáticas de la ciudad: la colina de Vysehrad. Como escritor me interesa sobremanera, pero he preferido no decirle todo lo que sé sobre este lugar mágico. No le he hablado de la columna del diablo ni de los 34 fantasmas que moran por los alrededores de la iglesia de San Pedro y San Pablo. Por supuesto, no he dicho nada acerca del cementerio.

Llega un momento en el que Próxima parada: la iglesia de San Pedro y San Pablo y su famoso cementerio, anuncio sin atreverme a girarme. Una mueca de disgusto más en el rostro de Marga y tal vez estalle la tormenta. Éste sería el final del viaje y quién sabe si de nuestro matrimonio.

Asoman los dos pináculos negros de la iglesia de Vysehrad y nos cruzamos con un grupo de japoneses que bajan la leve cuesta hacia el centro de la ciudad vieja. Marga pregunta cuánto queda en un tono poco alentador. La niña lo imita, y pongo voz de pitufo repitiendo las palabras que balbucea, aunque en realidad de quien me quiero burlar es de Marga. En cualquier caso, la niña se ríe y la madre no se da por enterada.

Según el plano, ya sólo es cuestión de doblar la curva. Por el camino hay restos de una muralla muy antigua que no nos entusiasman. Cometo el error de confesar que el itinerario me está decepcionando y la negatividad fluye en boca de Marga que se dirige a Nuria, en lugar de a mí, para decirle: ¿verdad que es un camino tonto?

Las siluetas de las lápidas y mausoleos, de fría piedra, casan a la perfección con la negruzca mole del templo, que todavía se muestra semioculta por culpa del terreno empinado. Hago acopio de fuerzas (de flaqueza ya), me adelanto y me detengo en el repecho de la cuesta. Anuncio que estamos junto al cementerio. Marga deja constancia de que ya se había dado cuenta. Me muerdo la lengua. Propongo que entremos primero al cementerio y que luego intentemos visitar la iglesia que está justo al lado. Mi mujer se niega rotundamente. No piensa entrar en un cementerio con una niña de apenas tres años. Finjo que lo entiendo y les pido que me esperen. El leve movimiento de cabeza de Marga me indica que sí, que esperarán.

Cuando doy los primeros pasos advierto que un tipo calvo, cargado con una cámara antigua, insiste en hacerles una foto a Nuria y a la niña. El tipo tiene los ojos diminutos y azules. A la niña le hace gracia la cámara enorme y marrón, que parece sacada de principios del siglo XX. Por eso quizá Marga acepta, a pesar de que se niega al principio. No le doy mucha importancia, pero en el fondo me disgusta que un tipo con unos ojos maliciosos fotografíe a mi familia.

Mientras me abro camino por el sendero de mausoleos y tumbas, saco la cámara. Reconozco que me gustan los monumentos funerarios aunque todavía no he logrado que alguno me inspire tanto como para extraer una historia ni siquiera un poema, que es lo que mejor le va al recuerdo de un muerto. De todas maneras, hago fotos aquí y allá, sin mucha convicción, eso es cierto. El tráfico de turistas me impide caer en la exaltación romántica.

Cuando afronto la última hilera de tumbas, según mi recorrido, saco una fotografía de una lápida que me impacta. Antes, he sacado varias fotos, pero ninguna me ha llamado demasiado la atención. Esta lápida me hace regresar varios metros para verla de nuevo. Mientras retrocedo, en el visor de la cámara percibo una sensación espeluznante: la naturalidad de un retrato de una madre con su hija, que observan al espectador con seriedad y cierto miedo, como si supieran que la muerte las visitaría muy pronto.

Me libro de la subjetividad del visor y me enfrento a la lápida con los ojos desnudos. Es curioso, pero en la realidad los retratos parecen menos vivos. Sin embargo, las dos figuras, la madre que sostiene en brazos a su bebé, mantienen un halo de misterio que consigue hipnotizar a quien lo mira. Es muy fácil pensar que, efectivamente, existe una fuerza inusitada en la mirada de la madre cuando ya sé que murió antes de tiempo. Lo que no sé todavía es la cercanía entre las fechas de la muerte de madre e hija: primero murió la pequeña y, seis meses más tarde, la madre.

Ya llevo quince minutos en un cementerio que se puede visitar en cinco. Me he quedado atrapado. Me da miedo la verdad que hay sobre ese retrato que se filtra en el fondo negro de la lápida. Al mismo tiempo el escritor que llevo dentro se niega a abandonar el misterio de esos dos seres humanos que parecen vivir en un retrato, que parecen dispuestas a transmitirme un mensaje. Tras unos minutos en los que no dejo de darle vueltas, creo que lo tengo. De alguna manera, esa mujer quiso revelar al fotógrafo la certeza de que todos hemos de morir.

Insisto en que soy consciente de que resulta muy cómodo llegar a una conclusión así, tan rotunda, cuando uno sabe el final de la historia. Me pregunté entonces y me pregunto ahora qué debieron de pensar los que vieron aquella fotografía en el momento en el que todavía vivían madre e hija. Sobre todo, me inquieta averiguar por qué motivo la utilizaron en la lápida. ¿Acaso no era preferible buscar un retrato más favorecedor? ¿Es el único documento gráfico que tenían? ¿Era tan importante dejar constancia de que la madre y la hija se habían retratado juntas? Todas estas preguntas se agolpan a mi alrededor, mientras los turistas pasan de largo. De pronto, noto que alguien me toca el hombro y me giro sobresaltado. Es Marga. Enseguida

percibe el motivo de mi alteración. También, como yo, se queda mirando la lápida fijamente y luego dice: "Vámonos, es horrible". Nada más decir aquello, ella empieza a tirar del carro con la espalda muy recta, sin mirar atrás, sin hacer caso incluso de la niña, que observa con curiosidad las tumbas escalonadas, los escasos cipreses y la iglesia al fondo.

Marga tiene razón. No tiene sentido rellenar el alma con un cúmulo de sensaciones fúnebres. Así que me niego a mirar la lápida por última vez, como es mi intención.

Al salir del cementerio, y para romper el hielo le pregunto sobre el extraño fotógrafo calvo pero Marga finge que ese hombre sólo se ha dirigido a ellas en mi imaginación. Lo busco entre las cabezas de los turistas, los cipreses y las lápidas, y al final desisto. De nuevo, opto por callarme.

Por la tarde, durante uno de los trayectos en tranvía, mientras reviso las fotos almacenadas en la memoria de la cámara digital, estoy a punto de borrar aquella instantánea perturbadora, pero no lo hago. En el viaje de regreso y, días más tarde, ya en Barcelona, tengo ocasión de eliminarla en muchas ocasiones, pero en todas me niego. No sé por qué.

Meses después, un domingo por la tarde, bastante apacible para tratarse de noviembre, me encontraba en casa sin ganas de salir. Marga y la niña habían aprovechado para pasar un rato en los columpios que hay cerca del ayuntamiento y yo, con la excusa de que me encontraba cansado, pretendía vagar con el ordenador por Internet y quizá prepararme las clases del lunes. Sin embargo, los planes nunca salen como uno los piensa.

Tras revisar el correo electrónico y visitar algún diario online, una de las páginas web me hizo pensar en Praga. Entonces, me puse a revisar las carpetas de fotografías: una de las primeras fotos que encontré fue la de la lápida. Al principio, no quise verla ampliada, pero no pude evitarlo. La fotografía me atrapó. Estuve observándola durante varios minutos hasta que escuché el sonido de la cerradura. Rápidamente, como el adolescente que teme ser descubierto con la revista pornográfica bajo el colchón, cerré el archivo de la fotografía, y me puse a rebuscar entre mis carpetas de música. Como había presentido, Marga entró en el despacho, cogió cualquier cosa y, de reojo, echó un vistazo al ordenador. Sin decir palabra, salió a darle de comer a la niña.

Nuestros problemas de comunicación seguían latentes. Quizá por eso, a los tres días, acepté la invitación a comer de un antiguo amigo periodista, recientemente fichado por una editorial de cierto peso en España. Lo normal es que, como todos los miércoles, hubiese ido directamente del instituto a casa para comer con Marga, pero aquella mañana no tenía clases. De todas maneras, cuando se lo anuncié, un día antes, me dio a entender que no le importaba mi ausencia.

En la comida, Miquel me comentó que le habían asignado la dirección de una revista (a la que no haré publicidad) especializada en sucesos paranormales. Por supuesto, nos reímos. Nos conocíamos lo suficiente como para saber que ninguno de los dos daba crédito a esas fantochadas. A punto de despedirnos, con las tazas de café vacías, me sugirió que escribiese algo para la revista, que pagaban bien (un verdadero caso paranormal en la industria). También entre risas me negué. Él insistió. Hablaba en serio: necesitaba colaboradores y pensó que me iría bien tocar aquel género extraperiodístico. Le prometí que me lo pensaría y, luego, pasamos a otros asuntos más importantes, como el fútbol y varias batallitas que ya habíamos repasado decenas de veces.

Aquella misma noche noté que Marga se mostraba más comunicativa. Me preguntó en dos ocasiones si me gustaba la ensalada tibia, y aquel detalle me pareció muy positivo. Luego, me habló de reformas en la casa. Contento como estaba de verla hablar conmigo sin rencores, no asocié su repentina cordialidad con esa necesidad material. Si bien, yo ganaba más como profesor de instituto que ella en la inmobiliaria, nunca me había servido de mi ventaja económica para imponer o censurar cualquier tipo de asunto doméstico. El caso es que aquella noche hablamos. No hicimos el amor, pero conversamos como una pareja normal, atascada

pero normal. Y con eso me bastaba.

Con la idea puesta en el dinero extra que necesitaríamos para cambiar el baño y acondicionar la habitación de Nuria, acepté escribir un reportaje para la revista de Miquel. “Cuantas más páginas, mejor para los dos”, me dijo en su e-mail, feliz porque aceptara el encargo.

El tema lo tuve claro desde el principio: la madre y la hija, muertas con pocos meses de diferencia, y homenajeadas para la eternidad con una lápida fantasmagórica. Por supuesto, aunque no pagaban mal, los dueños del grupo editorial no me iban a costear un viaje a Praga, ni el dinero que iba a facturar me compensaba un desembolso tan importante. Sé por los comentarios de muchos amigos que hay una creencia popular de que los periodistas van a investigar siempre allí dónde se produce la noticia. Esto puede suceder en algunos diarios, en los noticiarios para televisión y poco más. En la mayoría de los casos, los redactores ni siquiera conocen el oficio de periodista. Escriben sin faltas, hilvanan las frases y conocen de oídas un tema. Y gracias.

Con todo, intenté ponerme en contacto con varios organismos checos que pensé que me serían de ayuda. Empecé por la oficina de turismo que me remitió al ministerio de cultura, que a su vez me aconsejó contactar con la facultad de Humanidades de la Universidad Carolina de Praga, que del mismo modo me envió a contactar con la iglesia de la que depende el cementerio de Vysehrad. Al carecer de página web y contacto por e-mail tuve que pagar una conferencia a Praga, y a pesar de mi mal inglés y del peor francés del párroco saqué varios apuntes interesantes. No era ni mucho menos suficiente para llenar las seis o siete páginas que pensaba entregar, pero ya tenía material para empezar.

Me puse manos a la obra y, después de pasarme toda la tarde enclaustrado en el despacho, apenas me salieron dos páginas. Lo peor es que tenía que entregar el reportaje al lunes siguiente.

Antes de caer en la desesperación, me obligué a seguir un plan. Me pasaría todo el fin de semana trabajando y mentiría a Marga diciéndole que estaba preparando un reportaje sobre la posesión de armas en España, un tema que seguramente no despertaría ningún interés en ella. Al parecer, la mentira coló. Ella se mostró colaboradora. Me dijo que tenía que hacer algo con la niña el sábado y que estarían por el centro durante todo el día. Apenas reparé en su mensaje, pero tuve el tacto de contestarle fingiendo interés. Quizá se dio cuenta de que yo había vuelto a campar por mi mundo, pero lo disimuló bastante bien.

Solo en casa, y con todo el sábado por delante, decidí buscar en Internet cualquier dato sobre los apellidos que aparecían en la fotografía. No resultó nada fácil, porque la mayoría, de páginas estaban escritas en checo, pero, con tesón y mucha paciencia, deduje que la señora de la foto era la segunda mujer de un acaudalado empresario. A partir de ahí traduje del alemán una historia que encontré en un enlace de una página de la familia y que casaba a la perfección. Según entendí, la primera mujer del rico había muerto al parir y su bebé no había sobrevivido. Además, según la misma página web los fantasmas de la muerte habían rondado siempre el espíritu enfermo del empresario que, sin embargo, se enamoró de su segunda esposa nada más la vio entrar en una de sus fábricas. Enseguida le pidió matrimonio y, cuando tuvo noticia del embarazo, la colmó de cuidados y no respiró tranquilo hasta que la niña nació en perfecto estado. A partir de entonces, dedicó toda su atención a su mujer y su hija. También supe que la foto había sido tomada un día antes de que la niña muriera y que, algunos lugareños estaban convencidos de que la niña ya había fallecido en el momento en el que se tomó la fotografía. Aquella idea descabellada me vino tras recordar la escena impactante del álbum de fotos de muertos que aparecía en la película de Amenábar *Los otros*. Sin embargo, temeroso de que mis pesquisas hubiesen resultado en un material demasiado manido, logré registrarme en un foro de fotografía y uno de los usuarios me propuso la posibilidad de que la madre hubiera visto los ojos de la muerte en la cámara fotográfica. Aquella idea me pareció más original y, de paso,

conseguía recrear el misterio que en realidad envolvía la lápida.

A las cinco de la tarde ya había terminado el reportaje. El domingo me dedicaría a corregir el estilo y poco más. A las ocho y media llegaron Marga y Nuria. Venían muy sonrientes, cargadas de bolsas. Yo estaba sentado en el sofá leyendo el periódico, y no me esperaba que Marga se sentara a mi lado de sopetón, y mucho menos que me diera un beso en la mejilla. Tampoco aguardaba la segunda sorpresa, un sobre que Marga me dio como si se tratara de un regalo y que yo abrí con bastante torpeza, rasgando el papel en lugar de usar la abertura.

Pronto descubrí, con horror, una foto en la que Marga y Nuria posaban exactamente igual que la siniestra imagen de la lápida. Además, me fijé en que Marga llevaba un vestido oscuro, idéntico al de la muerta. Lo peor fue, sin duda, su mirada, tan dura y llena de temor al mismo tiempo como la de la fotografía. Muy serio le pregunté dónde se habían hecho “esta foto tan espantosa”.

Marga apartó el brazo de mi cuello, tal vez más asustada por mi gesto que por mis palabras. Por fortuna, no se fue, como me temía. De pie, me contó que a la niña le había hecho gracia una máquina de retratar antigua en la parte alta de las Ramblas. Un señor calvo y con los ojos achinados y azules, seguramente eslavo, hacía fotos con indumentaria antigua por sólo un euro. La niña había insistido y el resultado, a su parecer, no había quedado mal. De hecho, las dos habían pensado que me haría ilusión guardar la fotografía como regalo...

Le pregunté a Marga si la cámara también parecía antigua y me respondió que sí. Sin pensarlo siquiera, antes de que terminara de hablar, rasgué la fotografía y me levanté para tirarla al retrete. Marga me siguió hasta el baño gritándome por qué reaccionaba de aquella manera. La niña empezó a llorar, y cuando tiraba de la cadena, Marga me dijo que estaba loco, que lo nuestro se había acabado.

Aquella noche dormí en el sofá.

El domingo llegamos a un acuerdo para que recogiera mis cosas y me quedara en casa de mis padres una temporada, hasta que las aguas volvieran a su cauce. En su opinión, no podía educar a su hija mientras no acudiera a un psicólogo. No tuve otra opción que marcharme.

Llevo sólo tres días en el destierro y temo a cada minuto que a mi mujer y a mi hija les ocurra lo mismo que a las dos muertas de la lápida. He conseguido que mi madre las llame tres veces al día y aun así no consigo quitarme de la cabeza decenas de finales horribles para las dos. De momento, he pedido la baja en el instituto por depresión. Para colmo, con los nervios, perdí más de la mitad del reportaje y he dejado tirado a Miquel. No me importa. En estos momentos lo importante es seguir rastreando las Ramblas, arriba y abajo. Sobornaré a quién sea necesario con tal de dar con el misterioso fotógrafo de la cámara antigua. Ni siquiera a los quiosqueros ni a las floristas les suena de nada.

Mi madre me llama al teléfono móvil. Un accidente. Ha habido un escape de gas en mi casa. Mi mujer y mi hija están graves. No puedo hablar. No puedo moverme. Se me nubla la vista. En lugar de dirigirme directamente al hospital, salgo corriendo hacia las Ramblas y al no encontrar rastro del fotógrafo, me interno por las calles del gótico, pero tras media hora de búsqueda ininterrumpida me doy por vencido. Busco un taxi y salimos desde Vía Laietana. A la altura del Palau de la Música, creo ver al fotógrafo. Sonríe, se esconde tras su cámara y una centella me hace cerrar los ojos. El teléfono móvil suena. Me niego a descolgarlo y apremio al taxista a que acelere. En el fondo, sé que poco importa: he perdido a las dos personas que más me importan en esta vida.

Diciembre de 1980

XY no sabe que hoy toca excursión del cementerio. Todavía es muy pequeño para saber que nadie olvida jamás el aniversario de la muerte de un ser querido. Cree que se trata de un sábado cualquiera y, como ocurre en esos sábados, irá con su abuela al pueblo de al lado, que es como una ciudad. Irán a casa de su tía abuela la rica. XY todavía no sabe que después de una copiosa comida entrará en el BMW de su tía abuela y se adentrarán en las afueras de la ciudad, que es casi como un pueblo, hasta aparcar frente a una tapia que duerme bajo la sombra recortada de los cipreses. Su bisabuela cumple tres años. Tres años de muerte.

Por suerte o por desgracia no es la primera vez que pisa un cementerio. Aunque nunca ha estado en éste. La verja le parece enorme, pero las formas en punta de sus barrotes medio oxidados le resultan familiares. Enseguida se une al cortejo la otra tía abuela y su marido, el que le dio la bofetada, y XY soporta sólo los besos de la mujer con cara de porcelana. Del otro huye sin miramientos. No pasa nada: todos lo encuentran normal, rien la ocurrencia infantil y se encaminan hacia el nicho de la bisabuela.

Una vez frente al nicho, XY escucha lamentos cortos y automáticos y, en un periquete, se aburre de ver cómo cambian las flores a su bisabuela. En un aparte, su abuela le obliga a rezar un padrenuestro de memoria. XY lo recita de corrido al quinto intento, o tal vez ella se encarga de terminar la oración.

Después, ponen más flores. Más todavía. Unas que ni siquiera había imaginado dentro de tres bolsas negras, como las de la basura. Entonces pide permiso para jugar y se lo dan, pero que no se aleje.

Empieza a dar vueltas por los pasillos aledaños y se fija en las fechas de algunas lápidas (los nichos no le sirven para el juego por una razón que no consigue explicarse). Le inquieta que haya niños enterrados y cuando encuentra el mármol de un bebé se cansa del juego.

Cerca de la verja de entrada al cementerio ve a dos niños. Uno debe de tener su edad, el otro podría ser un poco mayor. Están solos en mitad de la explanada de asfalto que luego se bifurca en seis o siete caminos hacia las tumbas de los muertos. Se les queda mirando y le extraña que le sonrían. Después lo llaman “eh, niños” y se acerca hacia donde están, mirando de vez en cuando hacia atrás para no perder de vista el sendero de los nichos donde todavía ponen flores su abuela y los otros.

Los niños lo acogen con simpatía y le proponen un juego: encontrar la tumba del muerto más joven. XY peca de soberbio al decirles que ya lo ha encontrado y los dos niños se ponen muy tristes. Se excusan de repente: tienen que ir a merendar. XY quiere saber a dónde están sus padres y los niños señalan una casa que está dentro del cementerio. XY no se lo cree, pero los dos extraños no parecen mentir. Luego se alejan hacia la casa y XY retrocede en cuanto el primero pasa por la puerta. El segundo se da la vuelta hacia XY y es entonces cuando el niño, asustado, arranca a correr hacia el nicho de su bisabuela.

Al salir del cementerio, a punto de subir a un coche, XY le pregunta a su abuela si en la casa del cementerio vive gente. Ella le responde que un hombre solo, el enterrador. XY prefiere pensar que su abuela no lo sabe todo sobre esa casa, porque no es su pueblo, y que le ha soltado un atajo, Una media verdad, y con eso se conforma mientras el BMW arranca y deja atrás la gran verja rodeada de cipreses tras la que se adivina una casa cuadrada y gris.

8. Fauces televisivas

Como cada mañana, el publicista Andrés García hizo lo posible por demorar el momento del desayuno. A pesar de que el agua salía demasiado fría, consiguió permanecer en la ducha quince minutos, casi dieciséis, de manera que Fina, su mujer, se cansó de esperarlo para desayunar y se marchó al trabajo.

En cuanto escuchó la puerta cerrarse, Andrés se quitó el jabón a toda prisa con el chorro helado de la alcachofa, y se sentó en el sofá del salón chorreando, con una toallita sobre la entrepierna. Milagrosamente alcanzó el mando a distancia, sin moverse, sin dejar que la toalla se le escurriera, y encendió el televisor.

Hizo un cambio de mano y con el otro brazo acercó el microportátil, siempre encendido, y se dispuso a recorrer por Internet el avance de la programación del tramo de la tarde-noche, y completar, en otra ventana, un horario preparado con la aplicación informática Excel.

La película y el partido de fútbol se solapaban con el programa de cotilleos y le costó dios y ayuda decidirse por una u otra opción. Por un momento, pensó en los peligros que su cronograma suponía para la convivencia con Fina, adicta al fútbol y a las películas de acción, pero también significaba una gran victoria sobre el pulso que mantenían en los últimos meses.

Lo malo es que se le hizo demasiado tarde, incluso para él, que no solía llegar jamás puntual a la oficina con la excusa de preparar alguna visita comercial. Por eso, y sin quitarle la vista al programa matinal de moda se acabó de secar, se vistió, se preparó el desayuno y se lo zampó, todo esto, en apenas nueve minutos.

A su llegada a la oficina, los compañeros que compartían despacho con él lo jalearon por llegar tan tarde y es que su imagen —calvo, pero rapado al cero; escuálido, pero con ropa ceñida; feo, pero siempre de punta en blanco— le habían convertido en poco menos que el animador involuntario de la empresa.

Así, entre bromas, alguna consulta por Internet a las páginas web de las principales cadenas y poco trabajo, llegó la hora de la comida. Contra todo pronóstico, Andrés se saltó el primer turno junto, el de los redactores y maquetadores, y sacó *sutupperware* azul del maletín para reunirse en torno a la gran mesa de la cocina con el jefe editorial, el administrador único de la empresa y los palmeros de los jefes, los peores.

Llegaría tarde por segunda vez. Primero, al trabajo; después, a comer. Una venta telefónica de última hora tenía la culpa.

Algunos de sus compañeros del primer turno, sobre todo la chica de contabilidad y la recepcionista, le habían hecho todas las bromas necesarias para que levantara su asiento del culo y las acompañara. En otras circunstancias, Andrés habría despachado al cliente sin miramientos, pero no sólo estaba el complejo de culpa —casi desconocido incluso para Andrés—, también le apremiaba la idea de conseguir una buena comisión. A decir verdad, en una sola llamada iba a compensar casi todo un mes de sequía.

Por eso, cuando se levantó con el *tupper* azul, se concienció para comer con los pedantes de la editorial y capear el temporal con una sonrisa. Quizá se pasó de tuerca y por eso llamó la atención de la recepcionista.

—Muy alegre vas tú a juntarte con los ogros.

—Es que soy alegre —dijo llevando la boca de oreja a oreja.

—Claro, como tenéis tantos temas en común... Ni se te ocurra hablar del concurso de las cajas (show televisivo conocido internacionalmente como *Deal or not deal*, que tuvo mucho éxito en España desde 2004 a 2008).

—Hoy va a estar de miedo: la tía lleva quince programas invicta —anunció Andrés.

—Ya veremos, porque en Japón se han suicidado dos chiquillas después de ver un programa parecido, y seguro que los ogros y los ogritos se te lanzarán al cuello como descubran que ves

programas de esos.

—Bueno, mientras no pase en España...

—Alerta, no me extrañaría que nos lo quitaran de la tele —dijo la recepcionista.

—Entonces me mato yo —dijo entre risas Andrés antes de doblar el pasillo hasta la cocina. Pero la recepcionista lo miró muy seria, como si acabara de escuchar una confesión de suicidio.

Andrés se sentó junto a los temibles compañeros del segundo turno: además de los gerifaltes, dos jefes de redacción, un corrector que se las daba de intelectual y tres redactoras de una revista de moda que sólo ocasionaba pérdidas y mucho *glamour*. Normalmente, en el turno de los ogros, cineastas, novelistas y dramaturgos de la cultura popular pasaban por la guillotina sin remedio.

Aquel mediodía no fue una excepción. A pesar de que la comida había empezado bien, con unas referencias futbolísticas, el segundo plato trajo consigo la peor de las plagas: la crítica televisiva.

Si había un terreno que Andrés considerara sagrado, ése era el televisivo. Para él representaba una media de cuatro horas diarias de entretenimiento absoluto. Y, desde ese punto de vista, era totalmente comprensible que terminara defendiéndose con uñas y dientes de los detractores, que en la mesa constituían una aplastante mayoría. Que si tal concurso estaba amañado, que si los *Reality shows* sólo mostraban lo peor del ser humano... ¡La misma mierda de siempre! A Andrés le ardieron los oídos cuando el redactor jefe de una revistucha sentenció que los que veían ese tipo de programas, sobre todo los *Reality shows* y los concursos actuales, eran tontos del culo.

Los pedazos de albóndiga subieron por el tubo digestivo de Andrés impulsados por una fuerza superior. Necesitaba dar rienda suelta a sus niveles de sarcasmo, que estaban al máximo, pero empezó a tartamudear, como cuando se enfrentaba a Fina, su mujer. Por asociación de ideas se acordó de lo que ella le repetía: “están esperando a que saltes para tratarte de tonto. No piques, idiota”.

En aquel momento de tensión Andrés no tuvo tiempo de analizar por qué su mujer siempre le prevenía de ser considerado un tonto llamándole idiota. Las paradojas no se le daban bien, y bastante tuvo con aguantarse todo el veneno acumulado en el paladar, tras la lengua inflamada. La consecuencia de todo esto fue una visita inesperada al baño. Se encerró, abrió los dos grifos para que el ruido de los chorros ocultara sus asquerosas arcadas, y se puso de rodillas frente al retrete para dejar que la bilis y las albóndigas se juntasen en la taza del váter.

Luego, en la mesa del despacho compartido con los trabajadores más mundanos, los que veían la tele como él, Andrés estuvo muy silencioso. Los otros se lo reprocharon en busca de la típica salida histriónica del comercial de publicidad, pero de nuevo se contuvo e hizo oídos sordos. En realidad, se pasó las tres horas actualizando la página web de Telecinco por miedo a que sacaran su concurso favorito hasta que por fin fueron las seis y media. Nunca recogía a la hora de salida oficial, pero aquel día se levantó como un resorte y salió de la editorial con un leve “hasta mañana” para sus compañeros, muertos de risa porque jamás lo habían visto tan serio ni, mucho menos, de color berenjena.

En cuanto traspasó la puerta de su casa, se tumbó en el sofá y encendió el televisor. Buscó por todos los canales el concurso de las cajas que tanto le gustaba. Pero, ¿acaso lo habían cambiado de cadena? En Telecinco, donde siempre lo emitían, encontró la triste estampa de un tipo con el pelo blanco revuelto, que estaba sentado en un sillón orejudo, frente a un tipo con barba recostado en una especie de diván y fumando una pipa viejísima. Dos vejestorios hablando de cosas serias y rodeados de libros. Los dos en un plano medio fijo. ¿Qué coño estaba pasando?

Esperó a ver si se cansaban de parlotear sobre ecología, pero pasaron diez minutos (todavía intentó encontrar el concurso en otro canal sin éxito) y todo lo que sacó de aquello es que

según el barbudo, un dirigente de Greenpeace, el mundo se iría al garete en menos de cien años.

“Joder”, masculló Andrés, “y Fina quiere tener tres hijos”.

Cambió de canal con la esperanza de ver uno de esos shows en los que unos personajes que pasan por periodistas se burlan de los famosos de nuevo cuño. En lugar de eso, se encontró con un reportaje que hablaba sobre la muerte, inevitable según todos los expertos consultados. Además, la presentadora añadía que era una pena que ese tema no estuviera siempre presente en los medios de comunicación y la vida cultural.

“Sólo nos faltaba eso”, dijo Andrés al televisor mientras cambiaba de canal.

Al ser lunes, pensó, seguirán emitiendo aquel programa sobre la jornada futbolística, *El día después*. “Qué bien me lo pasaba viéndolo cuando vivía en casa de mis padres, pero desde que pusieron el concurso de las cajas...” Sin más dilación, puso Canal Plus y se encontró con varios tipos, seis varones y dos mujeres, hablando de una película. “Bueno, de pequeño me gustaba *La clave* (un programa que incluía una película y un debate posterior)”, reflexionó. Sin embargo, el tema le resultaba deprimente: la crisis de valores en la esfera política. Casi todos los que tenían voz en el plató resaltaron que no tenía sentido ir a votar, al menos en España. De hecho, dijo un barbudo con traje gris —como la mayoría—, no merecía la pena ver las noticias por televisión ni siquiera leer los diarios.

Primero hizo una mueca de asco ante la machada del contertulio, pero se lo pensó dos veces y encontró que tenía razón. Sin embargo, el debate le hizo bostezar hasta que se durmió. Una hora y pico después, Fina lo despertó con un sonoro guantazo. Cariñoso, pero guantazo.

—Despierta vago —lo zarandeó—, que te pierdes Gran Hermano. Vamos, espabila... ¿A qué no sabes qué tenemos de cena? (y él medio dormido). ¿No lo hueles? —Andrés sonrió por miedo a recibir otro guantazo—. Pues claro, idiotita mío, te he traído el supermenú del McDonald's. ¡El de la tele!

Cuando Fina terminó de hablarle como a un bebé subnormal, Andrés le pidió un vaso de agua con una aspirina y, una vez su mujer se esfumó, aprovechó para contrastar su horario televisivo. Buscó Gran Hermano en la parrilla del microportátil con gran ansiedad. Llevaba media tabla y no aparecía. Sí, sí, allí estaba, sí que lo echaban. Estaba de suerte y recuperó su sonrisa de mono tití. En realidad, a Andrés le encantaba el nuevo menú de McDonald's y cuando vio las cajas de cartón con olor a ketchup y jabón sobre la mesa le subió la moral. Incluso se olvidó del terrible guantazo que aún le escocía.

—Vamos, cambia de canal —le urgió Fina.

Andrés se levantó del sofá y se llevó el mando hasta la mesa donde le aguardaba el banquete. Por el camino había apretado el botón de Telecinco, pero aquella escena con una señora emperifollada y un tipo hortera arrodillado no le sonaba a *Gran Hermano*. Fina le increpó que hiciera el favor de poner la cadena correcta, que aquello era ópera.

En efecto, no es que los concursantes del *reality show* hubiesen disfrazado de nobles del siglo XVII. Aquello era una ópera con todas las letras. Por más que Andrés le daba al número cinco del mando, el tenor y la soprano seguían en la pantalla. Entonces, Fina se puso como loca y le llamó IDIOTA (con todas las letras). Para rematar, le recordó que todo lo hacía mal, y que no servía para nada.

Andrés trató de poner otros canales pero sólo se encontró con documentales, películas (en blanco y negro!), entrevistas a escritores, científicos y eminencias de varios campos, y en fin, todo aquello que tanta grima le daba.

Fina subió varios tonos y le dijo que en el trabajo era el último mono. Él se defendió aduciendo que todos estaban encantados con él, sobre todo las chicas. Ella cargó de nuevo y le soltó algo horrible: “Si tus queridas compañeras de trabajo supieran lo mal que follas, se reirían en tu cara, como mis amigas”.

Andrés contuvo las ganas de llorar e hizo un último intento por poner algo liviano en la televisión, pero cansado de escuchar insultos y reproches soltó el mando contra el suelo cuando una película muda, que ni siquiera era de risa, inundó la pantalla. La pantalla cambió a negro, un azabache muy apagado y desagradable.

Fina se quedó muda. La televisión no emitía sonido alguno. Andrés pensó que no le quedaba otra opción que ponerse de rodillas, acercarse al aparato y darle unos golpecitos. Todavía en estado de shock, fue a darle un primer manotazo y, por un error de cálculo, traspasó la pantalla hasta meter parte del brazo dentro.

Primero se escuchó *crack*; luego, *clin, clan, y clash* seguido de un *zummm* continuado.

La descarga eléctrica lo mantuvo bailando espasmódicamente durante unos segundos. Su mujer se arrepintió de todo lo que le había dicho. Su pobre Andrés era un buenazo y ahora daba tanta pena con los pelos de punta y los dientes rechinando...

Fina tendría que haber huido ante los ojos brillantes de su marido, que parecía albergar intenciones maléficas, pero no lo hizo. Le dieron ganas de abrazarlo y sucedió que Andrés le leyó el pensamiento, hizo un último esfuerzo y le tocó la mano.

Como no podía ser de otra manera, los dos murieron casi en el acto.

Al día siguiente, como la nueva política de contenidos televisivos había entrado en vigor, ningún noticiario dio cuenta de esta escabrosa historia. En la editorial, la recepcionista comentó entre risas la noticia breve que había encontrado en el periódico gratuito. El titular decía: Una pareja muere de la mano al estallar la televisión (un titular a todas luces falso). Muchos días después alguien dijo en la cocina que la traición de Andrés, que se había ausentado del trabajo sin dar parte, era propia de las personas que ven *reality shows* y esos productos de consumo para idiotas.

Enero de 1981

La madre de XY se encuentra en la cama muy enferma. El médico sale de la habitación como en las películas, con su abrigo gris y el maletín, y con el paso ligero. Se despide con frialdad, al menos para decirle adiós a un niño, y XY se queda de pie en el pasillo oscuro, sin saber qué hacer. Después del portazo, es la tía de XY la que sale de la habitación. Le recuerda que cuide de mamá y se va porque tiene muchas cosas que hacer. Entonces, nada más cerrarse la puerta, su madre lo llama. Le pide que vaya a por el pan, pero que antes se apunte el pedido. XY quiere demostrarle a su mamá enferma que es más listo de lo que ella se cree. Ella insiste en que lo apunte en el bloc de notas. Él le lleva la contraria a su madre. Al final, gana la partida, porque su madre está muy débil, y consigue marcharse a la panadería sin haber tomado nota.

En cuanto sale del portal, nota la presencia entre dos coches al otro lado de la acera de un perro enorme. XY no sabe determinar su raza, ni siquiera el color, pero sabe que es de los que atacan y muerden con todas sus fuerzas sin soltar a su presa. Lo ha visto en la tele o en el cine, o quizá lo ha soñado.

El caso es que sigue por el mismo lado de la acera, aunque le vendría bien cruzar. El problema es que el perro pardo con motas negras sigue su marcha en paralelo a XY, y no deja de mirarlo de soslayo, como si los perros pudieran observar de esa manera.

Otra cosa que XY sabe es que es malo mirar a los ojos de un perro asesino. Sin embargo, no puede evitar seguirlo de reojo. Ésa es la razón, concluye XY, de que el perro no se desprende de su sombra.

A la altura de la panadería, XY no se atreve a cruzar. Tendría que desplazar al perro, detenido frente a la puerta de la casa baja azul, que guarda en su vestíbulo, casi en secreto, una panadería. Y eso no lo puede hacer un niño asustado al que un perro asesino sigue desde hace dos minutos.

En ese momento, XY decide apretar el paso sin cambiar de acera. Enseguida doblará la esquina. Luego, se meterá por una calle estrecha por la que nunca pasa nadie. Volverá a torcer, esta vez a la izquierda, y así dará casi una vuelta exacta. Así cree XY que se quitará de en medio al perro grande y sucio.

Pero se equivoca: el perro sale corriendo en cuanto XY decide apretar el paso. Siempre a la misma distancia. Siempre buscándole los ojos. Y XY, cuando vuelve a pasar por la panadería, cruza corriendo la calle. Sin mirar. Un coche da un frenazo. Luego suena el claxon. XY no quiere girarse. Si acaso percibe con el raballo del ojo la presencia del perro, que se ha salvado milagrosamente de un atropello seguro.

Cuando tiene enfrente a la panadera, a XY no le salen las palabras, y después de un par de minutos de interrogantes por parte de la vieja, con dos mujeres esperando a que el niño se decida de una vez, la panadera le da el mismo pan de siempre y ni siquiera le cobra: se lo apunta.

XY no tiene más remedio que salir del establecimiento, pero sabe que el perro le espera afuera. Por eso aprovecha que otra mujer entra en la panadería para colarse entre la señora y el marco, y correr a toda prisa, como si el perro no fuera a darse cuenta.

Aquella misma tarde, cuando iba sentado en la parte trasera del coche, con su padre, XY vio cómo el perro corría por el paseo marítimo. Pronto se convirtió en una sombra apenas perceptible por delante del mar de arena y el desierto azul cobalto. Al cabo de unos días se le olvidó que un perro grande, peludo y pardo lo persiguió durante todo el día de reyes.

Un trato era un trato. No importaban los tres hijos ni que la pareja se estuviese yendo a pique. María ya había tenido que cargar con la parte más dura al despedirse de su trabajo como jefa de ventas de El Corte Inglés, sección perfumes. Ella llevaría adelante los tres varones y, además, jamás estorbaría la escritura de Jacinto.

En la casa de campo, en mitad de la montaña agreste camino de Alcoy, estaría tranquilo. Además, le otorgaría la atmósfera necesaria para trazar una novela de ambiente sobrenatural. No en vano, en aquel mismo paraje de silencio su suegro se había levantado la tapa de los sesos con una escopeta. Sucedió durante una noche de verano hacía muchísimos años, pero María jamás había querido darle más detalles. Tampoco había consentido pisar esa casa. A Jacinto en cambio le venía como anillo al dedo: era un retiro perfecto para escribir y, dado que le habían retirado tres de sus cinco colaboraciones en prensa, una opción muy económica.

Antes de partir hacia la casa de campo, María se mordió la lengua y no le recordó a Jacinto, como era su costumbre, que la llamara nada más llegar. Jacinto tenía una memoria espantosa, pero ella no, y se acordaba perfectamente de su enfado la última vez que le llamó en mitad de su proceso de escritura para contarle que al mayor le habían salido unos granitos en los mofletes. Por poco no la dejó sorda del grito. Aquella había sido la primera vez que Jacinto le había tratado de imbécil con un tono tan barriobajero, a voz en grito, y María quería que fuese la última, así que no le dijo nada al marchar. Ni adiós.

Además, María estaba nerviosa porque Jacinto, antes de salir, ya había vuelto a hacer de las suyas. El mismo espectáculo de siempre: él revolviéndolo todo en busca de unas llaves que alguien le habría extraviado y María insistiendo, con la paciencia cada vez más mermada, en que las tenía en algún lugar del bolsillo del pantalón. Todo para que, tras diez minutos interminables de quejidos, soplos y escarbos, la propia María tuviera que acercarse a él, sacarle las llaves de lo más recóndito del bolsillo y él le preguntara: “¿Y dónde estaban?”.

A media tarde, Jacinto condujo los cincuenta kilómetros desde la costa sur de Alicante al interior, en plena sierra Aitana, sin apenas mirar la carretera. Se había comprado un GPS, a espaldas de María que insistía en que su situación económica era precaria, y no había tenido tiempo de probarlo. Aparte, le estaba dando vueltas a una idea en la que un escritor perdido en el mundo pidiera ayuda al ordenador de a bordo de su coche. Tal era su concentración en su enésimo proyecto novela que no vio al señor mayor, antiguo pastor retirado, caña en mano y gorra marca Nike cagada por los pájaros. De resultas del accidente, el viejo murió en un hospital a los tres días, pero Jacinto no pudo darse a la huida ni sufrir mal de conciencia. No se enteró de nada.

Coincidieron tres factores: una, la dispersión mental del conductor, enfrascado en encontrar los giros argumentales de una idea de novela que estaba ya a punto de desestimar por enrevesada y, por otra parte, ocupado en verificar que la imagen de la carretera de montaña que se reflejaba en la pantalla del GPS coincidía con el trazado real. Dos, el enorme ruido al que se vio sometido el conductor; por un lado, la voz de la señora del GPS; por el otro, la del propio coche con la ventanilla abierta para respirar aire puro y, para colmo, los señores de la radio que estaban subiendo el tono a propósito de la crisis. Y tres, entre tantas distracciones, Jacinto se las arregló para mirar hacia la montaña a su izquierda (“qué paz, qué sano es el monte”) sin perder de vista, de reojo, el aparato de GPS (“tampoco es tan difícil”).

El caso es que el hombre, de apenas cuarenta y cinco kilos, salió despedido hacia el arcén, próximo al barranco, y Jacinto continuó su trayecto como si tal cosa.

El último tramo hasta llegar a la finca de su mujer constituía toda una prueba para conductores inexpertos con coches poco preparados para los terrenos escarpados. Ahí sí, Jacinto puso los cinco sentidos para coger las curvas en pronunciada cuesta de la forma más suave posible. Le

tenía pillado el truco y le encantaba regodearse con su pericia.

Una vez llegó a aparcar frente a la vieja casa de su suegro, al que apenas tuvo tiempo de conocer, Jacinto se bajó del coche y, como si no hubieran pasado dos años, se dispuso a continuar la rutina que abandonó aquel verano antes de que naciera Angelito.

Nada más dejar la maleta, se hizo con la baraja de cartas, le quitó el polvo al plástico de un manotazo, y se sentó en el sofá junto a la mesa blanca de terraza. A su lado dejó el ordenador portátil, como un invitado más. Entonces, barajó los naipes y esperó a servirse un vaso de whisky para comenzar el solitario. A cada jugada le venía una nueva idea que sopesaba hasta que jugaba sus cartas; de modo que iba tomando decisiones según se desarrollaba la partida y sólo cuando ganaba claramente daba por buenas las opciones.

Aquella tarde no hubo suerte y perdió contra sí mismo. Sin embargo, cuando empezaba a oscurecer ya sabía muchos detalles que no funcionarían en su novela. Antes de teclearlos en el ordenador, decidió bajar al pueblo a por más whisky. Tal vez llamaría desde una cabina a María, según el humor que tuviese.

Pasó por la pedanía desierta, apenas seis casas muy separadas de la de su mujer, y recorrió cinco kilómetros hasta el único pueblo que conocía con un supermercado en condiciones. Allí acabó comprando más cosas de la cuenta, en su mayoría, refrescos, cervezas, patatas fritas de bolsa y otras porquerías. Cuando se marchaba, escuchó que una señora le contaba a la cajera que habían atropellado a un viejo en la carretera y que estaba muy grave. Lo peor de todo es que el conductor se había dado a la fuga.

A Jacinto le supo mal que hubiese gente tan desalmada en el mundo y lo conectó con su teoría de que el cosmos ya se había hundido, sólo que en la Tierra las consecuencias llegarían más tarde. Con tanto conflicto interno se le olvidó llamar a su esposa. Varios kilómetros después pudo haber buscado una cabina en el centro de la pedanía, pero no le apetecía andar por aquellas calles deprimentes con sus calzadas sin asfaltar. Por eso, cuando se subió en el coche, sólo se concentró en poner la radio por si daban la noticia en alguna emisora local. El mensaje que buscaba no se hizo esperar: el accidente había tenido lugar en las inmediaciones del barranco del diablo.

En cuanto llegó al cruce que le llevaría cuesta arriba a la finca de su mujer, en lo más alto del barranco, frenó en seco. Tal vez podría ayudar en la búsqueda del delincuente si observaba de cerca el lugar del accidente. Para uno de sus intentos fallidos de novela se había documentado mucho en materia de marcas de neumáticos, restos de carrocería y todas las huellas que en definitiva pudieran dejar los malhechores.

Había bebido demasiado, reflexionó, y lo que menos le convenía era encontrarse con la policía. Además, tenía hambre. Por un momento, mientras se aplicaba a la conducción, pensó que tal vez su vida interior novelesca estuviera influyendo demasiado en su realidad interior. Aquella digresión al volante casi le costó salirse de la calzada y precipitarse en el último tramo que colindaba con el barranco del diablo, donde más de uno se había matado. Por suerte dio un volantazo a tiempo.

Cuando se metió en la casa estaba demasiado borracho como para anotar nada sobre la novela, así que se acostó.

Al día siguiente, se levantó temprano. Esperaba padecer una resaca horrible que le obligara a seguir la costumbre de los días que no podía escribir, pero no fue necesario perderse por el monte en busca de alimento como si sólo pudiera vivir de lo que recogiese. Aquella inyección de adrenalina no sería necesaria. Se encontraba bien, lo que en el cuerpo de Jacinto equivalía a discernir entre el día y la noche, mantener el equilibrio y tener ganas de levantarse de la cama. Como era su costumbre por las mañanas en el campo, empezó a quitar las malas hierbas del jardín. Su presencia le molestaba para trabajar. Así que trabajó duro con la azada. Tras descansar un momento en el porche, quiso extender la acción de su azada a los campos yermos

en los que apenas se aguantaban derechos los almendros y olivos abandonados. Que le diera el sol de lleno le hizo pensar que sería buena hora mover su coche rojo hasta la parte trasera de la casa, donde la sombra de la estructura de piedra, cemento y yeso lo protegería del excesivo calor si es que luego necesitaba bajar al pueblo.

Después de cambiar el coche de lugar, cayó en la cuenta de que se había vuelto a distraer del objetivo principal: escribir. Además, ni siquiera había pensado en usar el coche. Se preocupó, porque no era la primera vez que actuaba sin pensar, movido por una lógica extraña. Ya se le estaba yendo el día de las manos. Se trataba de ejercitar el cuerpo para liberar todos los automatismos del cerebro. Quitar las malas hierbas y nada más. De eso se trataba. Sin embargo, siempre tenía que aparecer ese yo renqueante y absurdo, ese Jacinto que obedecía a los miedos y a las percepciones del mundo real.

Fue entonces, cuando, apoyado con los codos en la cubierta del pozo, oyó un coche que se acercaba. Levantó la vista y, tras la polvareda inicial, se descubrió un *land rover* de la patrulla forestal. Lo que faltaba: odiaba este tipo de visitas. Por un instante pensó que lo mejor era meterse en su casa. Quién sabe, la gente del campo a veces sólo quiere saludar y tomar contacto con los recién llegados. No le pareció buena idea cuando vio que un hombre regordete y calvo bajaba del asiento del copiloto y luego le seguía un guardia civil que palpaba su arma reglamentaria con una mano. Aquel gesto no le inspiró más que un temor infundado a la autoridad. Por eso se mantuvo inmóvil, sin cambiar un ápice su posición, hasta que se le acercó el agente. Por detrás apenas se veía el hombrecito, que parecía un salvaje, muy rudimentario. “Seguro que apenas sabe leer”, pensó Jacinto. Para colmo, el hombrecito le ponía nervioso. No dejaba de tocarse las manos, unas manos muy peludas y gruesas. El agente tenía un acento sureño, muy poco habitual en aquella parte del interior montañoso de Alicante. Se saludaron como mandan los cánones, de usted. El señor, de aspecto poco cultivado, respondía al nombre de Julián. En cambio, el agente del orden, no se identificó por su nombre, sino por su rango, sargento. El guardia civil fue al grano:

—Ayer hubo un atropello a pocos kilómetros de aquí. Estamos buscando a alguien que haya visto un coche de color rojo por esta zona.

Jacinto estuvo tentado de mentir, pero, ¿por qué iba a arriesgarse?

—Yo mismo tengo uno ahí atrás —respondió.

— ¿Podemos verlo? —se dirigió Julián nervioso al sargento.

El guardia civil se encogió de hombros y dirigió la mirada a Jacinto, que se vio obligado a responder.

—Sí, claro. Síganme.

—Se lo agradezco mucho —dijo Julián—. Iba con mi padre a dar un paseo, lo atropellaron y se largaron sin ayudarme, ¿sabe?

Jacinto asintió, le pareció que al hombrecillo se le humedecían los ojos antes de acompañar a los dos visitantes hasta la parte de atrás de la casa, donde se encontraba el vehículo resguardado del sol.

Una vez estuvieron los tres junto al coche, el guardia civil le preguntó a Jacinto por qué lo había aparcado allí, si tenía tanto espacio delante de la casa. Jacinto anduvo rápido con la respuesta y le dijo la verdad, que era por el sol. El sargento ni siquiera miró al escritor, se acercó al coche y pidió permiso con un gesto a Jacinto para inspeccionarlo, y sin esperar la respuesta, que llegó poco después en forma de mero asentimiento, abrió la puerta del piloto.

El sargento procedió de forma rutinaria: echó una ojeada por el interior, debajo de los asientos y, antes de inspeccionar el capó y el maletero, comprobó que los papeles estaban en regla. Julián no se movió, pero se mordió las uñas de los dedos índices y anulares de la mano derecha. Habían pasado cinco minutos y empezó con las uñas del resto de dedos. El agente prosiguió inspeccionando la carrocería. Entretanto, a Jacinto le sobrevino la sospecha: cualquier

conductor distraído podría haber rozado lo suficiente al viejo como para que se precipitara por el barranco del diablo. Por un momento trató de pensar en el recorrido en coche, pero apenas sí consiguió visualizar unos segundos. Cincuenta kilómetros. Más de una hora de trayecto. Dos segundos como máximo. Sintió miedo. Tal vez su percepción de la realidad, tocada por las musas, le había jugado una mala pasada, de nuevo, en el mundo ordinario.

Fue entonces cuando Julián, aquel hombrecillo nervioso pero taciturno, apremió al sargento de la guardia civil a que se pronunciara sobre si aquel coche había atropellado a su padre o no. El sargento le pidió paciencia y siguió mirando el vehículo desde todos los ángulos posibles y empezó a tomar notas en una libretita, acción que enervó todavía más a Jacinto.

Sólo entonces se dio cuenta de que al coche le faltaba el alerón en la parte trasera. Se había desintegrado sin dejar marcas en la carrocería y no tenía ni idea de cuándo había ocurrido.

A Jacinto, que de normal transpiraba poco, le empezaron a cubrir la frente unas gotas frías y escurridizas que decidió secarse con un pañuelo de papel. Tuvo que usar dos, porque también le sudaban las manos. Luego, los tiró al suelo y se sorprendió de haberlo hecho, porque él estaba en contra de la gente que iba tirando los deshechos por ahí. Tras constatar que ni Julián ni el guardia civil parecían haber reparado en aquel feo gesto, se retiró unos pasos para recoger una gorra de visera que colgaba de un hilo donde en tiempos se tendía la ropa. Antes de llegar hasta la cuerda, se giró para ver si le seguían con la mirada alguno de los dos hombres. El silencio se quebraba una y otra vez por los sonidos del campo, que hasta ahora habían pasado desapercibidos para Jacinto. “Malditas cigarras”, pensó, mientras se colocaba la gorra y volvía a situarse en la parte trasera del coche.

El hombrecillo frunció el ceño y, sin cambiar de postura, revisó de arriba a abajo a Jacinto, que, de un lengüetazo, probó las saladas gotas de sudor que le caían desde las cejas. Después de varios parpadeos, se horrorizó al comprobar que los ojos saltones de aquel hombre ridículo acumulaban venas sanguinolentas.

—¿Me haría el favor de quitarse la gorra? —escupió Julián.

Aquella pregunta aterró tanto a Jacinto que por un instante visualizó el momento del atropello, una fantasía instantánea en la que se recreaba conduciendo por la carretera despistado y dando de lleno a un viejo que caminaba por el escaso arcén en compañía de aquel sapo baboso. Se vio, en pocos segundos, en la sala de un tribunal, esposado. Pensó en sus hijos y en los ojos llorosos de los tres cuando dictaran sentencia en su contra. Tuvo ganas de llorar.

—Si se puede quitar la gorra... —repitió el hombre.

Jacinto fingió sorpresa al volver a la realidad y se la quitó bajo la atenta mirada del guardia civil, que ya había terminado de escarbar todo lo que podía escarbar.

—¿Y bien? —preguntó el agente.

—Le tiene un aire al conductor, me parece... pero el coche era de otro color. Yo creo que era granate.

—Hombre, pues eso tenía que haberlo pensado antes. Ahora tenemos a todo el cuerpo buscando un coche rojo.

—Lo siento, usted comprenderá...

Julián estaba muy afectado y el guardia civil se encogió de hombros ante la mirada preocupada de Jacinto. Sin más, el agente les dijo que iba a dar la nueva descripción por radio al coche. Antes de irse, le preguntó a Julián si quería aportar más detalles. El hombrecillo se sintió mareado. De nuevo ofrecía la imagen de un ser desvalido. Jacinto, ya más tranquilo, le ofreció sentarse en el porche. Podía prepararle una infusión. Poleo, pidió Julián, pero también le iba bien la manzanilla, así que Jacinto fue a hervir el agua. No le apetecía tener una conversación con aquel señor. Incluso con su aspecto desvalido le daba miedo. De alguna manera, le recordaba a un sátiro. Sólo salió al porche cuando creyó escuchar los pasos del agente, a pesar de que el agua bullía desde hacía unos minutos.

Le sirvió un vaso de vidrio con el sobre de manzanilla dentro y se excusó por no tener una taza limpia. El agente le sonrió. El hombrecillo no estaba para regalar sonrisas. Antes de que el guardia civil pudiera decir que no al ofrecimiento de Jacinto de servirle café instantáneo u otra manzanilla, el hombrecillo añadió información:

—El coche tenía un alerón trasero. Ahora me acuerdo. Un alerón trasero —insistió el hombrecillo.

—Hombre, Julián, haberlo dicho antes —le recriminó el guardia civil, aunque sin severidad.

—Si es que no estoy en mí —se quejó Julián.

El agente volvió hacia el coche sin disimular su malhumor. Seguramente maldijo al hombrecillo unas cuantas veces. A fin de cuentas, en la comandancia el que quedaría mal sería él, no el testigo.

Jacinto no pudo demorar el momento de sentarse en un taburete junto a Julián, que se había hundido en la mecedora. Había otros dos taburetes llenos de polvo, pero no se le ocurrió limpiarlos por si finalmente el agente veía en ese gesto una invitación a sentarse. Jacinto decidió que no diría nada. Empezar un tema estúpido como el exceso de calor estaba fuera de lugar y no le apetecía hurgar en la herida del sátiro, que a pesar de resultarle asqueroso, le inspiraba cierta lástima.

—Como le he dicho antes, era mi padre —le dijo Julián con los ojos a punto de salirse de las órbitas.

—¿Era? —preguntó Jacinto—. ¿Entonces ha muerto?

—Esta misma mañana. Si el cabrón se hubiese parado, ahora quizá estaría vivo. Eso me dijeron en el hospital. Tardé media hora en llamar a la ambulancia y lo tuve que dejar allí solo. Al final, un forastero como usted me ayudó a llevarlo al centro de salud del pueblo, pero nada...

—Vaya, lo siento —dijo Jacinto, más asustado que empático.

—Lo peor de todo es que no quiero que la guardia civil lo coja. Quiero cogerlo yo. Me gustaría matarlo con mis propias manos.

Esta vez Jacinto no asintió de ninguna forma. Prefirió desviar la mirada hacia el guardia civil. Siguió sin ofrecerle asiento. Deseaba que se fueran ya. Con todas sus fuerzas. El porche se había impregnado de malas vibraciones. Se sentía mal. Tenía muchas ganas de quedarse solo.

Por fortuna, se largaron a los pocos minutos. Julián ni siquiera se acabó la manzanilla. Antes de que el guardia civil arrancara el coche, Jacinto les deseó suerte, pero al instante le pareció macabro y esperó que no le hubiesen oído.

Al mediodía comió con desgana sobras de la cena y un poco de tortilla de patatas industrial. Le supo a rayos e intentó dormirse la siesta. Se había prometido no usar las pastillas para dormir y no lo hizo, pero tampoco durmió. Al contrario, entró en una falsa duermevela donde se sucedían escenas de un atropello a un viejo al que decidió ponerle una cara arrugada y un cabello gris. Nada más que eso. Al que sí veía con todo su realismo era a su acompañante. El tal Julián, sediento de sangre, se arrodillaba ante el viejo, se manchaba las mangas de la camisa de rojo intenso y clamaba al cielo.

Decidió dejar de lamentarse y se levantó con la intención de jugar al solitario para escribir la novela. Jugó a las cartas, pero la novela dejó de escribirse. Entonces, desesperado, recurrió al whisky y volvió a empezar. Tres vasos más tarde, no lo había conseguido. Finalmente, decidió salir al porche a escribir en un cuaderno. No entraba en sus planes, pero, ¿qué más podía hacer? Tanta era su rabia por no poder seguir su hoja de ruta, que era escribir primero el esquema en la cabeza, que apenas garabateó frases inconexas.

Se sintió muy frustrado y bebió más de la cuenta.

Cuando se despertó, se había hecho de noche. Se levantó de la mecedora y vio que la botella de whisky estaba vacía. Dio unos pasos hacia el patio y, frente al pozo, miró al cielo: no había estrellas ni luna aquella noche, apenas una fina capa de nubes verdosas. Los sonidos nocturnos

jamás le habían llamado la atención, pero en aquel momento cada rama de cada árbol parecía estremecerse a pesar de la ausencia de viento. Fue pensarlo y ocurrir. El viento sopló con fuerza, luego se detuvo, y Jacinto, en mitad del silencio, prestó atención al sonido irritante de los grillos, al aullido de un perro (un lobo no podía ser), al croar de una rana o tal vez dos... Se sintió observado. Más allá del jardín, entre la mala hierba, la que seguía creciendo y la arrancada, creyó ver los ojos saltones de Julián escrutándolo todo. Entonces corrió hacia la parte trasera de la casa. Con los pelos de punta, como si lo persiguieran. Su coche podría haber perdido el alerón en el último accidente. Tal vez hacía meses que ya no lo llevaba. Ni siquiera lo había considerado. De haber estado en casa, lo habría preguntado a su mujer, que tenía más memoria que él. Tenía su coche delante de los ojos y no podía saber si las dos marcas —o tal vez eran sombras— en la chapa correspondían a los anclajes de un alerón. Sí, no podía ser de otra manera. Observó el color del coche. Apenas se distinguía gracias a la luz que procedía del interior de la casa. Le pareció granate. Sí, era granate. A su mujer le había gustado más el granate, aunque él prefería el rojo.

La maldijo y luego se dio cuenta de su estupidez. ¿Cómo le podía echar la culpa a María de algo así? Volvió corriendo al porche de la casa, avanzó pasado el jardín con el pozo en medio, y fue hacia la verja de entrada. La puerta estaba abierta. Se insultó con un sonoro “gilipollas” porque se la estaba jugando y no podía permitirse ese tipo de errores. Seguramente, tras la marcha del guardia civil y aquel individuo horrible no había ido más allá del pozo. A los lados de la puerta vio unas estacas clavadas. Sólo entonces se percató de que la finca nunca se había terminado de vallar. Había sido su suegro el que había clavado las estacas. En el trastero, que antes había sido una cabaña para cazar pájaros, junto al coche granate, estaban todos los materiales necesarios para empezar el trabajo. María se lo prometió a su padre, antes de morir. Jacinto se encargaría, porque le encantaba la finca.

Desde luego que le gustaba, pero él no sabía nada de colocar vallas. Hasta ese momento le había parecido lógico, pero algo cambió en su mente. ¿Qué clase de hombre era que no entendía de coches, no podía arreglar una luz, no sabía colocar una valla, y además, se moría de miedo en mitad de la naturaleza?

Al contemplar unos destellos difusos entre las matas, se convenció de que Julián lo observaba. Había venido para matarlo. Se imaginó que aquel hombrecillo no enterraría a su padre hasta que no lo vengara. Se imaginó también que las autoridades, básicamente aquel guardia civil, entenderían su postura. ¿Acaso no es justificable vengar a un padre?

Jacinto empezó a gritar mientras regresaba de espaldas a la casa. Gritaba el nombre de Julián. Los sonidos de la noche se habían vuelto más agudos. El viento volvió a soplar en rachas rápidas y contundentes. Las ramas de los árboles se estremecían. Los grillos habían aumentado de tamaño a tenor de su estridente canto. Canto infernal. Jacinto se cayó de espaldas, cerca del pozo. Se hizo daño. No podía levantarse. No notaba las piernas. Es como si se las hubiesen cortado. Se arrastró, muerto de miedo, hasta que doscientos cuarenta y tres segundos después, que contó para intentar calmarse, llegó al escalón del porche. Desde allí le fue sencillo alcanzar la chaqueta. A la absurda chaqueta que no usaría nunca en verano en aquel lugar, por mucho que refrescase por las noches. Sacó el móvil. Lo encendió. Tenía cobertura y una llamada perdida de su mujer. Se alegró. Por primera vez albergó un hilo de esperanza. Entonces marcó el teléfono. Simplemente una tecla, “responder”. Se sucedieron tres tonos. Tres interminables tonos de llamada. Apenas oía nada, con el estruendo de la noche sin estrellas, pero atiborrada de monstruos invisibles. Por fin escuchó el silencio con estrías que normalmente antecede a la voz humana. Sí, era ella, María. Sin pensar qué quería decirle, movió la lengua para hablar, pero no le salió la voz. Intentó articular algún sonido, pero no pudo. María preguntaba angustiada qué quería. Repetía su nombre: Jacinto, Jacinto. Sin embargo, no le salía la voz. María colgó, y antes de hacerlo, dijo “es tu padre, pero no habrá cobertura suficiente”.

Solo, sin apenas movilidad, a Jacinto se le ocurrió arrastrarse hasta el cobertizo de las herramientas. Allí había una escopeta oxidada. Es la que su suegro había usado para suicidarse. Jacinto se desmayó antes de que el miedo lo matara, si es que aquello era posible. Cuando despertó, era de día. El sol quemaba. Y podía andar. Se incorporó, cerró la puerta de la casa y salió de la finca con el coche sin importarle haberse olvidado algo. Cuando descendió el puerto intentó registrar cada curva en su memoria, pero la imagen de la escopeta oxidada en vertical se hacía cada vez más fuerte. De pronto vio un alerón rojo —¿o era granate?—sepultado por un montón de ramas secas en mitad del barranco. Del diablo Aceleró. Quizá demasiado. Exactamente en el mismo cambio de rasante que atropelló al viejo, Jacinto se fijó en las flores depositadas sobre el desgastado asfalto, y se salió de la carretera.

Febrero de 1981

Los reyes magos le han traído dos cosas que a XY le gustan mucho. Después de pasar muchas horas delante del juego de mesa, por fin, esta noche va a probar los walky-talkies. Una novedad en el barrio, pues los de los demás son baratos, del mercadillo, y no sirven de gran cosa. Su amigo Agustín, que vive dos bloques más hacia el Oeste, le ha dicho que a las nueve en punto lo encienda y podrán hablar. Para eso le ha dejado uno de los dos aparatos.

XY no se lo ha contado a sus padres. De todas maneras están todo el día con el bebé y no le iban a hacer caso. Eso piensa XY, que desde que ha nacido su hermano, puede zanganear lo que quiera por la casa sin que la dictadura de la cena lo obligue a abandonar los juegos.

Desde su cuarto, XY conecta el aparato y sólo oye interferencias, como cuando la tele se estropea. Le da adelante y atrás a una rueda, y parece que se escuchan conversaciones. Pero es gente mayor y apenas se entiende lo que dicen. Hablan con códigos raros; de vez en cuando, sueltan tacos y alguna cochinada. Prueba con otra frecuencia y entonces escucha una voz entrecortada que le dice que hable, cambio. Ése debe de ser Agustín. Entonces XY se desfoga a gusto y le dice que desde que nació su hermano odia todavía más a su familia. También le suelta que cualquier día llamará al colegio diciendo que hay una bomba para no tener clase ese día, y le confiesa que si no fuera pecado mataría a más de un maestro. Su amigo no contesta. XY cree que ya es hora de darle paso y dice cambio.

En lugar de su amigo, un agente de la policía le advierte que lo pueden localizar enseguida y que más vale que se quite esas barbaridades de la cabeza o tendrá problemas. Además, le advierte que el walky-talkie no es ningún juguete y menos si ocupa el canal de la policía.

XY suspende la sesión, mete su walky en una caja y se sienta a la mesa para cenar antes de que lo llamen. No quiere más problemas. Poco después, su padre le dice que el sábado por la mañana vendrá un guardia civil a darle el permiso de caza, que le abra y le ofrezca una cervecita.

El sábado siguiente el guardia tiene que colar el permiso por debajo de la puerta a pesar de que está seguro de que hay dos piecitos fijos tras el umbral.

10. Sustratos de amor en la fosa común

Antes de morir, Mariana le confesó a su esposo que nunca había conocido el amor tal y como lo contaban en las telenovelas. Lo hizo de sopetón y luego expiró. Delante de su marido fiel y sus cinco hijos. El patriarca se sintió tan herido en su orgullo que años después se negó a pagar el alquiler del nicho, por lo que los restos de Mariana fueron desalojados y retirados a la fosa común del cementerio. Sus hijos lo comprendieron.

Cuando destaparon la fosa tras meses de oscuridad, Mariana se esperaba cualquier cosa menos enamorarse de Marcos, el sordomudo del quinto. Toda la vida habían sido vecinos y no fue hasta que los fluidos de los dos cadáveres se unieron a través de la tierra putrefacta que ella sintió aquel escalofrío tan placentero. Marcos tardó unos días en darse por enterado. Como en su infancia casi nadie aprendía el lenguaje de sus signos, se había resignado a que las mujeres lo vieran como un pobre desvalido. Años más tarde, a pesar de estar casada, la señora Mariana había despertado su interés cuando subían juntos en el ascensor. Ella olía a lavanda y conservaba un brillo en los ojos que Marcos sólo había visto en las mujeres más jóvenes, pero ¿qué sentido tenía emprender la primera aventura romántica de su vida a los setenta años? Ahora, de muertos, la chispa se había encendido entre dos almas prisioneras de la tristeza. En la fosa común ese tipo de almas abundaban. La mayoría eran incapaces de aceptar su muerte y ninguna se explicaba por qué había acabado en un hoyo donde ni los sepultureros osaban asomarse.

El intercambio de sentimientos entre Mariana y Marcos se propagó a toda velocidad. Fue ella la que, mediante un hormiguelo de lo más placentero, le transmitió la alegría de estar muerto con un leve contacto entre las falanges de los cadáveres. Marcos habría tardado siglos en darse cuenta de su nueva condición de no ser por Mariana. Y es que morirse durmiendo es la peor pesadilla para un difunto. El alma se pierde en la neblina de los sueños, incapaz de saber si el cuerpo le ha abandonado. A los pocos días, el espíritu de su alma empezó a vibrar casi tanto como el de Mariana. Enseguida, las lombrices cumplieron su papel de cupidos intercambiando experiencias de un esqueleto al otro: el gozo de descubrir la cara de tu hijo recién nacido, la experiencia de salir indemne de un bombardeo, e incluso el goce sexual, que Marcos sólo había conocido en la soledad de un prostíbulo, y que Mariana descubrió, precisamente, a través de Marcos, cuando su cuerpo era un amasijo de huesos.

Al cabo de los meses, Marcos había conseguido fusionar gran parte de la argamasa que cubría su corazón con las costillas de Mariana, de manera que no dejaba de transmitirle sus odas de amor. Sin embargo, Mariana había cerrado la válvula de sus sensaciones. En vano, Marcos intentaba transmitirle por telepatía —en realidad, las almas se comunican mediante meros susurros— momentos como cuando se hacía el encontradizo con ella para oler su perfume. A Mariana no le molestaban aquellos parabienes. Simplemente estaba en otra parte. Ahora que había alcanzado la felicidad en el limbo, pensó que ya había llegado el momento de trascender a otro lugar, fuera el que fuera. “Ese tipo de cosas se saben cuando estás muerto”, le confirmó el alma de un soldado que se despidió uno por uno, de todos los cadáveres.

Mariana se lo comunicó a Marcos por medio de una parábola, algo manida, en la que su alma se convertía en mariposa y desaparecía volando, pero él se negó a darse por enterado. Al contrario, intensificó sus atenciones.

Confundida por dos sentimientos contradictorios, Mariana dejó de insistir, porque en realidad se sentía querida, pero la llamada del más allá no tiene parangón. Al cabo de unas semanas, Mariana recibió una advertencia en forma de escarabajo repugnante. El bicho se clavó en las costillas que habían albergado su corazón y allí mismo se convirtió en luciérnaga. El instante, apenas un segundo, en que aquella estrella fugaz en la oscuridad salió del que fuera su pecho le dio la felicidad plena. Nada más que un segundo. El asombroso insecto desapareció por entre

los huesos de los muertos, se abrió un túnel de una luz cegadora y por ella se coló. El túnel quedó sellado.

Mariana captó el mensaje, se armó de valor e interrumpió a Marcos en plena evocación amorosa. Se lo dijo en román paladino: "quiero irme al otro mundo". Marcos disimuló diciendo que lo entendía, pero al cabo de los días demostró que se mostraba resentido. Incapaz de matar una mosca y enamorado como estaba, no pudo evitar la acumulación de energía negativa entre los restos de su cadáver podrido. La consecuencia fue que su alma empezó a llenarse de miedos, prisionera entre los huesos maltrechos. Mariana sintió pena por él y no quiso cortar la comunicación totalmente. Marcos aprovechó el puente entre sus almas para verter en Mariana unos temores en forma de agujeros negros que empezaron a empañar su paz. Una noche, ella se sentía desvanecer cuando volvió a ver a la luciérnaga. Sin duda, le estaba dando otra oportunidad para que la siguiera. Sin embargo, Mariana estaba muy débil. Además, si abandonaba a Marcos, éste se oscurecería hasta cerrarse las puertas de la Eternidad para siempre. Entonces, ella tramó un plan: fingiría que ya no lo amaba para evitar que el espíritu de Marcos siguiese corrompiéndose.

Una tarde, después de que enterraran a un chico que se había suicidado por amor, le comunicó a Marcos que había sentido cómo aquella alma en pena la necesitaba. Marcos no puso objeción alguna. Al contrario, le pareció que Mariana tenía un gran corazón. Sin embargo, con el paso de los días (pues los recién fallecidos todavía cuentan el tiempo en días) Marcos empezó a sentir una profunda aversión por el nuevo compañero, un tal Roberto. Mariana, muy a su pesar, notó que su plan había logrado romper la armonía entre ella y Marcos, aunque había fracasado en lo esencial, en salvar la putrefacción del alma de Marcos, casi tan perdida como su cadáver. Ni siquiera había conseguido romper el vínculo entre ellos, de forma que los malos sentimientos de Marcos la seguían debilitando.

Era urgente: debía de cortar el paso. Por eso, desesperada, le mintió diciéndole que se había enamorado del suicida. Inmediatamente, hizo lo posible por bloquear los accesos a Marcos.

Al contrario de lo que ella esperaba, el alma de Marcos no se contentó con aquella muestra de desamor. De hecho, se las ingenió para invertir sus pocas energías en asediar al espíritu de Roberto, que se encontraba a un paso del averno intentando, a duras penas, aclarar el malentendido.

Con tan aciago panorama, Mariana decidió restablecer la comunicación con Marcos con el fin de aplacar su ira. Sin embargo, Marcos supo aprovechar la obertura del canal para lanzarle toda la pena que había acumulado en vida. Hasta tal punto que Mariana se sintió mezquina por haber deseado dar el gran paso hacia la eternidad.

La tercera vez que recibió la visita de la luciérnaga, Mariana era un alma cansada. A duras penas pudo seguirla por entre las raíces de los cipreses. Enfrente de ella se abrió aquella luz resplandeciente. Tan afligida como estaba, el espíritu de Mariana se negó a entrar en un túnel blanco, del que se desprendía una paz absoluta. Aunque se encontraba hundida en la miseria, se ilusionó con la idea de contarle la buena noticia a Marcos: había renunciado a la otra vida. No obstante, cuando quiso localizarlo, otras ánimas que frecuentaban la fosa le contaron que Marcos había sucumbido a la desesperación. Según numerosos testigos, el mismísimo Lucifer lo había acompañado hasta la puerta del infierno a cambio de que Mariana se quedara en el limbo por toda la eternidad.

El alma de Mariana vagó por todo el cementerio buscando la entrada al averno. Sin embargo, Roberto, que había estado a las puertas una vez, se encargó de transmitirle todas las estampas horribles que guardaba de sus primeros intentos de autodestrucción. Tan grande fue el empeño que Roberto puso en salvar a Mariana, que un día se le abrieron las puertas del túnel blanco al muchacho y, sin decir adiós, se marchó. Entretanto, Mariana volvió a quedarse sola, rodeada de almas con las que jamás se entendería, porque habían perdido la esperanza. La ceguera de esos

espíritus los acababan volviendo locos. Iban de aquí para allá mezclando risas con lamentos. Mariana se encerró en sí misma para no sucumbir a la desesperanza. Y durmió, durmió durante muchos años. Una mañana se despertó: apenas sí reconocía a las almas que le acompañaban. Estableció un tímido contacto con algunas y, al percibir que muchas de esas almas se encontraban muy perdidas, se olvidó de su pesadumbre y trató de orientarlas: “si veis un túnel hacia una luz blanca, seguidlo. La luciérnaga os guiará”, les insistía. Poco a poco, con sus cuidados y consejos fue ayudando a más espíritus a que dieran el salto a la vida mujer. Sin embargo, la luciérnaga no se le apareció. Todo lo que encontró fue gusanos ciegos, de los que se niegan a obedecer los recados de las almas. Mariana tardó muy poco tiempo en comprender que tenía toda la Eternidad por delante para llegar a su último destino y, simplemente, dejó de esperar. Entonces, años más tarde, sucedió. Mariana había perdido toda noción del espacio. No sabía dónde empezaba ella y dónde el resto de almas. Desde hacía mucho tiempo, se dejaba guiar por almas a las que había ayudado en otro tiempo. Aquellos paseos la contentaban y, luego, se desinhibía de todo hasta que otra alma venía a darle calor. Dicen que fue Marcos, otros que Lucifer, pero lo cierto es que llevaron de la mano a Mariana hasta un lugar lleno de silencio. La garra que había acompañado a la difunta hasta allí tocó una pared siete veces, con una cadencia singular, de manera que se abrió la puerta blanca. La misma garra empujó a Mariana hacia el túnel. A partir de ese momento dejó de pensar en Marcos, en su mala experiencia amorosa y en todo lo que oliera a Humanidad, dolor y vida.

Abril de 1981

XY acepta de mala gana que la merienda de este año sea en un descampado cerca del cementerio. Para colmo, mientras marchan por el arcén hacia su destino, su primo le recuerda que están muy cerca de una de las casas encantadas más renombradas del pueblo. Al pasar enfrente de la finca de Villa Paquita, que así se llama la casa, XY no puede evitar imaginarse alguna sombra amenazante en el interior de la casucha a pesar de que han tapiado las ventanas y habría que tener ojos de halcón para ver a través de la única rendija en un ladrillo.

Pasan apenas cinco minutos hasta que la casa maldita desaparece atrás en mitad de una carretera solitaria y escarpada.

Luego, la madre y la tía de XY, con dos amigas más, toman un desvío a la izquierda antes de que la carretera hacia el cementerio se vuelva demasiado sinuosa y empinada.

Parece que todo va bien en aquella tarde cálida. El campo de amapolas pisadas. Los bancos y mesas del merendero. Los bocadillos a medio terminar. El rastro de azúcar de las chucherías y los envoltorios rasgados de los aperitivos junto a las latas abiertas de aceitunas.

Es entonces cuando a los niños les da por subir hasta una loma. Desde allí se dirigen hacia un descampado. Cuando el sol se pone naranja en el horizonte y las nubes moradas se alargan, XY se da cuenta de que han ido demasiado lejos. Ya no se oye a su madre, su tía y las amigas.

En cambio, se escucha música. Los niños no le dan importancia, ni siquiera cuando llegan hasta las lindes de la carretera y, minutos después, XY la nota más clara que nunca. Enfrente, Villa Paquita. Al primo de XY se le ocurre cruzar la calzada y saltar la valla de la casa encantada. El sol ya está rojo, allá lejos, y las nubes se han alargado todavía más hasta ponerse de color malva.

XY ve cómo los demás cruzan la carretera y se paran ante la valla. En apenas unos segundos ya ha descubierto que aquella música clásica no puede proceder de un disco ni de nada parecido.

Es un violín que suena triste y que, no sabe por qué ni por quién, pero está sonando en aquel momento desde algún sitio cercano. XY mira alrededor y no ve más casas que Villa Paquita. Cae en la cuenta, además, que desde la acequia cubierta de malas hierbas, enfrente de la casa encantada, la música se escucha con mayor intensidad que antes.

La noche empieza a ganarle terreno al día y el primo de XY aprovecha la expectación del resto de niños para decir alguna tontería sobre un fantasma en la casa encantada. Entonces todos vuelven a cruzar la carretera en estampida, y XY se pone a correr tras ellos a través de los campos desamparados y grises.

Pronto se ganarán la regañina de sus madres, recuerda uno de los niños. A XY sólo le preocupa mirar dónde pisa y, cuando ya ve el merendero a un tiro de distancia, se sobrecoge porque la música del violín suena tan cercana como si estuviera frente a la puerta de Villa Paquita.

11. Polvo al tiempo

Peor fue lo que le pasó a Matías, guapo pero sin pasarse, frisando los treinta, independizado reciente, y con un futuro prometedor como arquitecto.

Llevaba soñando con el fin de semana del siete de octubre desde hacía veinticinco días, exactamente desde la fecha en la que su novia Rosa le dijo “no te lo tomes a mal, es una despedida de solteras y si su novio no te ha invitado, no es culpa de nadie”. “Pero es una despedida mixta. ¿O no?” “Cariño”, le dijo ella en la cama aquella noche, “sólo será un fin de semana. Además, siempre dices que mi pueblo te deprime”. Y era verdad, pero Matías no podía dejar al descubierto sus intenciones de pasar un fin de semana de soltero. Por eso, fingió estar muy molesto con su pareja y soltó varios exabruptos, que Rosa apaciguó, como siempre, con un beso. Luego, Matías le echó un poco de teatro y cerró los ojos, como si el beso de Rosa lo hubiera consolado.

Hicieron el amor sin gran entusiasmo.

Antes de dormirse, la joven se sobresaltó y abrió los ojos verdes como platos. Un segundo después se escuchó un estruendo que la hizo abrazarse a Matías, pero él se rió de sus miedos y la regañó por haber insistido en escuchar el programa de sucesos paranormales en la cama mientras él terminaba los flecos de un proyecto del estudio de arquitectura. Rosa le respondió con un bostezo y se quedó durmiendo como la niña que a Matías le gustaría tener con ella, aunque antes deberían casarse, pensó, y antes de eso, tenía que desquitarse de los seis años de fidelidad extrema y comidas en casa de sus abominables suegros.

Los siguientes días se las compuso para trabajar a tope, incluso sábados y domingos, de modo que ningún proyecto atrasado le arruinara el fin de semana del siete de octubre. Apenas sí le quedó tiempo para llamar por teléfono a cuatro amistades de la universidad. Todos menos uno, al que se le había muerto el padre, irían. El huérfano también le decepcionó. “Te perdiste el entierro; vino mucha gente”, le aseguró sin ocultar su orgullo. “Nadie me dijo nada”, se disculpó Matías. “Pues pensaba que os había avisado a todos. Se me debió de olvidar”. “No pasa nada”, se despidió Matías. Por insólito que pareciera, a Matías le molestó que no le invitaran a un entierro. De esta conversación no le contó nada a su novia. Antes sí lo hablaban todo. De un tiempo a esta parte las conversaciones variaban poco: algunos reproches sobre las respectivas familias, asuntos de trabajo, los pesados de los vecinos (a los que no conocían ni, por tanto, saludaban), etc. En este caso, además, temía que se le notasen las ganas de que llegase el fin de semana al que ya había bautizado (en secreto) como el rodrigazo, por eso de los famosos Rodríguez.

A quince días del rodrigazo, Matías empezó a notar un olor a pescado podrido en la casa con dos peculiaridades: aumentaba según se acercaba a la cocina y, luego, al entrar, desaparecía; pero lo más intrigante del asunto es que sólo él lo olía. Primero le preguntó a Rosa. “Que no huelo a nada, pesado”. Así, cinco o seis ocasiones —al final lo envió a la mierda. Después, le fue con el cuento a Rodri, un amigo que se dejaba caer por allí sólo cuando no tenía plan mejor. El susodicho ignoró lo del olor, se bebió dos gin-tonics a cuenta de la casa y se largó. La madre de Matías ni siquiera se esforzó en olerlo. “Ya sabemos que Rosa no es muy limpia, hijo, pero aquí a pescado no huele”. Matías le pidió que se esforzara, pero la mujer no sabía mentir ni siquiera a costa de su nuera.

El olor seguía allí, pero Matías decidió incorporar a su dieta numerosos platos de pescado, de modo que Rosa le diera la razón. “Normal que huela a pescado, hace dos semanas que sólo cenamos sardinas o boquerones”.

El tiempo pasó lentamente. Por más horas que dedicara a programar aplicaciones para meter más habitaciones en menos metros cuadrados, por más tiempo que le dedicara a su hobby de montar mundos virtuales en Internet, por mucho que hiciera porque el tiempo pasara volando,

los días transcurrieron con un fastidioso tedio y un olor a pescado insoportable.

Sin embargo, llegó la semana del rodrigazo, y con ella, las hojas del calendario cayeron como plumas sobre un precipicio hasta llegar al jueves. Matías pasó la tarde intentando cerrar las tres maletas de Rosa. “Pero si sólo te vas un fin de semana”. “Por si acaso”, le dijo Rosa por toda respuesta.

La noche del jueves no durmió apenas. En la oficina, el viernes por la mañana le pasó como un carro de bueyes con las patas encadenadas. Así es cómo Matías visualizaba el transcurso de las agujas del reloj gigante que presidía el despacho diáfano del estudio. Tan turbado se sentía, que olvidó que debía salir una hora antes para llevar a Rosa a la estación de tren. El jefe de proyectos ya estaba avisado y le había dado permiso para recoger a las dos, pero si Matías no se iba, ¿quién era él para obligarlo? Matías, con los ojos como moscas cojoneras, siguió fingiendo que trabajaba sin perder de vista el reloj de metacrilato, convencido de que hasta las tres no sería libre. Para colmo, el contestador de voz de su móvil (apagado) se iba llenando de las llamadas desesperadas de Rosa, cada vez más cabreada.

A todo esto, Matías se durmió un instante frente al ordenador, una cabezada nada más, pero lo suficiente como para que el jefe de proyectos lo pillara in fraganti y lo llamara a consultas, como los embajadores. El jefe de Matías lo entretuvo un buen rato con una bronca que no se atrevió a responder. Antes de irse, el jefecillo le recordó que no había hecho uso de su opción para salir a las dos. Alocadamente, Matías se marchó sin apagar su ordenador donde aparecía una página de Internet de apuestas y algún vídeo de broma un tanto subido de tono, que significó el chivatazo al jefazo de la empresa y el cese inmediato. Al jefe de proyectos le habría gustado amargarle el fin de semana a Matías con la noticia, pero como se había ido tan deprisa, le fue imposible. Además, su teléfono móvil seguía apagado.

Matías cogió un taxi y llegó a la estación tras una hora de carrera que le dejó sin un céntimo. El tren de Rosa ya se había marchado, pero podía alcanzar el siguiente, así que decidió mendigar por los tres euros que costaba el billete. Hasta diecisiete donativos hicieron falta para alcanzar la suma. Con las prisas, se olvidó de ticar, y un inspector de Renfe (el primero que había visto en su vida) lo sacó de su ensimismamiento con una multa que, al no poder pagarla inmediatamente, ascendió a la suma de 150 euros. Como se puso violento, aunque Matías le aseguró al guardia de seguridad de la estación de Sitges que era su tono de voz habitual, le dejaron en el andén. Desanimado, cogió otro tren, tras seis donativos (ahora daba más pena, y le costó menos), y puso rumbo a su casa.

Por fin, entró en el piso tras subir quince plantas, pues el ascensor no funcionaba. Cualquiera se habría acostado en la cama, pero la capacidad de Matías para autoanimarse era edificante y poco común. A las cuatro y cuarto ya cantaba canciones de los Bee Gees, de camino a la ducha mientras en el cazo hervían los gránulos de un sobre de pasta a la carbonara. Se metió en el baño, se desnudó, y una vez dentro del cubículo del plato de ducha, comprobó que el agua caliente salía fría. Le estuvo dando vueltas a esta incongruencia hasta que se hartó de darle a la manecilla y salió enjabonado. Resbaló, como era de suponer, y se dio con la nuca en el bidé. Se levantó del suelo, ahora húmedo y ligeramente espumoso, y sintió un sudor gélido al pensar que podría haber muerto en su fin de semana perfecto. Poco le duró aquella preocupación, porque el bullicio del agua hirviendo le hizo patinar hasta la cocina donde vio cómo toda la pasta a la carbonara se salía por los bordes de la olla. Milagrosamente, sostuvo la olla sin quemarse, y se puso en un plato lo que quedaba. Después intentó revisar el calentador, pero todo parecía en orden. Desanimado, decidió ducharse con agua fría, que aguantó mejor de lo que esperaba. Al salir sin resfriarse de aquella experiencia higiénica, el ánimo de Matías se alzó un poco. Lo suficiente como para comerse aquel mejunje infumable, que parecía no terminarse nunca, hasta el punto de que le pareció echar al cubo de la basura más cantidad de que la que se había servido al inicio. ¿Pero cómo era eso posible?

Como todo hombre de ciencias, Matías era muy fantasioso. Quizá por eso llegó a pensar que en realidad se había muerto. Claro, con aquel golpe en la nuca contra el bidé, era lo más normal del mundo. Por si acaso llamó a sus amigos para ultimar los detalles de la cena del viernes. Sin embargo, el teléfono no daba tono. Y es así que descubrió que todo lo que trataba de hacer terminaba sin suceder. Si encendía la televisión, la pantalla seguía apagada. Si pulsaba cualquier botón de la casa, el mecanismo se declaraba en huelga.

Matías se hizo con dinero suficiente para subsistir un mes por esos caminos de Dios y bajó a la calle para comprobar si todavía seguía vivo.

Al salir a la calle, intentó hablar con una chica muy guapa, pero la rubia de pelo corto ni se inmutó. Luego, se interpuso en medio de una conversación entre dos hombres trajeados, y tampoco le hicieron ni puñetero caso. Enseguida llegó a la conclusión de que estaba muerto, como en todas esas películas de Hollywood, sólo que a Matías su situación no le hacía ninguna gracia.

Para comprobar si había fallecido, porque nadie le había explicado qué hacer en caso de muerte, y tampoco veía angelitos ni salas de espera, cogió un periódico del quiosco, que no pagó, y buscó en la sección de anuncios una persona que supiera de esos temas esotéricos en los que él ni creía ni dejaba de creer. Le habían hecho gracia en su juventud más tierna, pero ahora le producían curiosidad, e incluso risa, cuando veía algún programa junto a Rosa, que sí que se asustaba.

Entre tanto adivino y bruja, eligió la consulta que más cerca le quedaba. Pasó por las calles como un fantasma sin que nadie reparara en su aspecto desaliñado y desafió los semáforos en rojo sin ningún contratiempo. En una de las esquinas encontró un espejo y para su sorpresa se vio reflejado. Tenía mala cara. La cara de un muerto, por lo menos.

Sin mucha esperanza, tocó el timbre de la bruja Patricia y la mujer con aspecto de nórdica le abrió no sin antes dar un respingo. Sin saber por qué, Matías estuvo a punto de darle esquinazo a la bruja. La pitonisa, una alemana cincuentona y viuda por dos veces, deseó que se marchara, pero finalmente, le pidió, tratando de disimular el temblor de sus rodillas, que la acompañara al interior del piso.

El apartamento, a pesar de la acumulación de cuadros y estatuillas de varias mitologías, no tenía un aspecto más tenebroso que el suyo propio, y Matías no puso muy buena cara cuando la bruja le invitó a sentarse en una mesa rectangular de cerezo. Todo el mundo sabía que las mesas de practicar el esoterismo eran redondas. Se quejó en voz baja y le sorprendió que Patricia lo llamara al orden: "Si no te gusta mi estudio, tendrías que verte el aura". Lejos de enfadarse, Matías creyó que estaba en buenas manos y le dedicó una sonrisa a la bruja, que la rehuyó mientras cruzaba las manos sobre un tapete de ganchillo. La bruja le preguntó qué le ocurría —las tarifas ya estaban a la vista junto a un calendario— y Matías le dijo sin rodeos que quería saber si estaba muerto. La carcajada de Patricia no fue bien recibida por Matías. La bruja lo calmó con tal de que pagase alguno de sus servicios y Matías aceptó quedarse. Como no era rencoroso, le relató todo lo que le había pasado aquel jueves y la bruja Patricia dictaminó que su conclusión era una estupidez. Entonces le ofreció adivinarle el futuro, pero Matías le exigió demostrarle que no estaba muerto. Entonces la bruja le recordó que todavía no había puesto ni un euro sobre la mesa. Matías le entregó un billete de diez. Por toda respuesta, Patricia intentó coger la mano para leérsela y Matías se negó. Tanto insistía Patricia que a Matías le olió mal el asunto y entonces cayó en la cuenta de que su piso ya no olía a pescado muerto. La bruja no entendió nada, ni el juego de palabras mental ni la situación de Matías. Por tanto, se vio obligado a despacharlo, pero se quedó con los diez euros por las molestias. Antes de que Matías se largara burlándose de los poderes de la bruja, Patricia le regaló una maldición: "Ya nunca más besarás a tu chica". Matías, que antes de irse se vio en uno de los espejos tan guapo como de costumbre, le sacó la lengua antes de desaparecer. Sin saber por qué, Patricia gritó

desde la ventana que todo había llegado a su fin. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que su voz, con su fuerte acento germánico, no tenía ni la más mínima incidencia en la gente de la calle y mucho menos en Matías. Entonces, Patricia, por primera vez, se puso a llorar presa del pánico: lo que estaba viendo era una fotografía con vida, una suspensión en el tiempo de un mundo que ya había dejado de existir.

Con la motivación de creerse vivo, Matías intentó todo lo posible por llamar la atención: gritar en mitad de la calle, tocarle el culo a las chicas, hacerse el muerto en la carretera, pero no consiguió nada. Nadie se fijó en él.

De nuevo, se derrumbó. Estaba acabado, pensó, y decidió irse al piso a meditar. De nuevo, el olor a podrido. Más intenso que nunca. Ya tenía claro que la había palmado. Pero no pensaba acudir a más adivinos ni brujas. Nadie lo conocía como Rosa. De repente la echaba mucho de menos.

De camino a la estación se entretuvo en repartir collejas, zancadillas e incluso algún pellizco a todo aquel que se le pusiera a tiro, pero la humanidad lo ignoraba. Por momentos le pareció divertido, pero cuando ya divisaba las vías empezó a temblar de miedo. Hacía mucho frío en el andén. El tren que le llevaría a Castellón se retrasó media hora, más la hora que estuvo esperando. Por fin se subió. No se molestó en comprar un billete, ¿para qué?

En el vagón no había nadie más que él, pero a esas alturas ya no le extrañaba. Aburrido, porque la pantalla de las películas no emitía nada, se fue al vagón cafetería, donde tampoco había un alma. Ni corto ni perezoso, saltó la barra y se bebió una cerveza, luego se zampó un bocadillo y se llevó unas chocolatinas a su asiento.

Una vez en Castellón se encontró con que el autobús que le llevaría al pueblecito de marras estaba aparcado con la puerta del conductor abierta. Esperó casi una hora y por allí no apareció nadie. Las ventanillas de información estaban cerradas y por más que recorrió la estación no encontró con quién comentar su extrañeza. El olor a pescado podrido le había seguido hasta allí y aquella horrible sensación le dio otro vuelco en el corazón.

Que la estación estuviese desierta le turbó hasta cierto punto, pero no tanto como que el cielo se negara a apagarse en pleno invierno. Consultó su reloj de pulsera, vio el que colgaba de una cadena en el andén donde estaba aparcado el autobús que hacía el trayecto hasta el pueblo, y no dio crédito: las ocho menos veinte. Sin embargo, el cielo resplandecía como si un relámpago se hubiese instalado para siempre. Además, empezó a hacer calor, mucho calor.

Cansado de esperar, volvió a mirar el interior del autobús y descubrió que las llaves estaban puestas. Sin pensárselo dos veces, se sentó frente al volante del autobús y condujo hasta el pueblecito donde encontraría a Rosa. No se cruzó con ningún coche por el trayecto y tras ver el cartel que indicaba que ya había entrado en los contornos del pueblo avanzó por la calle principal desierta. De pronto, los cristales se empañaron, frenó en seco y decidió que era mejor seguir a pie.

El cielo seguía resplandeciente, pero sobre las aceras pesaba una neblina roja. A duras penas, podía ver lo que tenía a un metro de distancia. Se quitó el jersey y la camisa, pero seguía teniendo calor.

Caminó a ciegas por las calles desiertas y a los diez minutos tuvo que detenerse envuelto en sudor. El cuerpo le ardía. La nube de radioactividad ya había consumido gran parte de su energía y sin embargo, Matías, convencido de que estaba muerto, sacó fuerzas de flaqueza y trató de continuar. Se le desmembró una pierna de cuajo, pero él siguió hacia la casa de los padres de Rosa. Luego, fueron los dedos de las manos los que se le cayeron a pedacitos. Al rascarse con el muñón también se le desprendió una mata de pelo de la cabeza. Estaba muy cerca de la casa, pero apenas sí podía andar. Ya no le quedaban brazos y en la luna de un escaparate se vio divertido. Parecía un zombi. Un cartel escrito a mano, con muchas prisas, le llamó la atención: "Escape en la central. ¡Vayan a los refugios!".

Aquello le dio todavía más risa. Aunque todo dejara de funcionar a su paso, él seguía existiendo después de la muerte. Era invencible. A las doce de la noche, poco más o menos, lo que quedaba de Matías —una dentadura sonriente y fragmentos de una calavera— fue a parar delante de la casa de los padres de Rosa. Por un momento pensó que el final había llegado, pero al rechinar los dientes de puro miedo, se dio cuenta de que la mandíbula podía abrirse paso hasta la casa de los padres de Rosa. Desde el ojo de buey del refugio antinuclear su suegro vio cómo la mandíbula cascada de Matías se encontraba con la calavera de Rosa. Sólo uno de sus preciosos ojos esmeraldas seguía en su sitio. Los dos enamorados se besaron antes de que se escuchara la detonación y todo, incluso el refugio de uno de los responsables de la central nuclear, su suegro, se desvaneció en el aire furioso con olor a pescado podrido. Muchos kilómetros más al norte, Patricia contempló cómo la gran ola de fuego le daba la razón a través de la ventana. Tan orgullosa estaba de haber acertado por fin un vaticinio en quince años de carrera, que olvidó entonar las oraciones católicas que su abuela le había enseñado de niña.

Finales de marzo de 1981

La primera noche que XY nota que las luces de la cocina se apagan y se encienden más allá de la medianoche, le encuentra una explicación muy sensata: alguien se habrá levantado a beber agua. Cierra los ojos y ya está.

La segunda y la tercera noche que ocurre lo mismo, con apenas cuatro días de diferencia, se mantiene alerta, por curiosidad, a ver quién es la persona que con tanta frecuencia se levanta de madrugada y, como un relámpago, apaga y enciende las luces. Sin embargo, no escucha pasos ni ve la silueta de nadie pasar por el pasillo.

Pasan dos semanas y XY se da por satisfecho al no haber presenciado nada raro. Puede que se haya dormido, pero si hubiera vuelto a ocurrir se habría despertado como las veces anteriores.

Sin embargo, maldito el domingo en la sobremesa en que XY se entera de que su abuelo estuvo muy enfermo en su misma cama. Casi se muere allí, como consecuencia de un ictus. Y aunque se despidió de esta vida en una casa de alquiler después del tercer infarto cerebral a XY le parece que el espíritu de su abuelo podría haber regresado a su cama.

Aquella noche no puede dormir y está atento en el momento justo antes de que las luces de la cocina destellen y el relampagueo de las luces de la cocina alcance hasta los pies de su cama.

¡Se han encendido solas!, y no ha visto a nadie pasar ni ha escuchado paso alguno. Lo mismo sucede al día siguiente, y al otro.

XY, que sabe que sus padres no le van a creer, opta por callarse. Pero antes de quedarse sin dormir la cuarta noche consecutiva, XY insiste con todas sus fuerzas en cambiarse a la cama de al lado.

Consigue que le den el permiso, pero por no se sabe qué problemas con las sábanas (cosas de su madre imposibles de entender) tiene que esperar cuatro días más. La noche que por fin duerme en la otra cama está demasiado cansado para saber si ha vuelto a repetirse el fenómeno de las luces.

12. Sólo perdura la muerte

Mi historia de terror empezará como yo te diga. Me levanto sin ganas de desayunar, mareado, perdido en la penumbra del salón, porque toda mi familia duerme y no me está permitido hacer ruido ni encender las luces. Me siento en el sofá mientras me voy vistiendo con lo que cojo sin mirar del tendedero plegable. Cada calcetín es un esfuerzo, ponerme los pantalones sentado es una tortura. La sola idea de que tenga que fregar una taza para prepararme el desayuno me espanta...

—Alto ahí —le pidió el autor.

—¿Qué pasa? Acabo de empezar.

—Es suficiente. Esto no da miedo. En todo caso aburre.

—Todavía no me ha dado tiempo a crear la atmósfera. Pronto me acordaré de que llevo una semana sin ducharme y me desvestiré para descubrir que no funciona el agua caliente.

—Sigue sin dar miedo.

—Pues a mí me horroriza —dijo Rodolfo con toda sinceridad.

—Mis lectores no van a aguantar una historia monótona de un personaje amargado. Para eso ya tienen sus propias vidas.

—¿Qué lectores?—apuntó con sorna Rodolfo.

—Escucha, esto no va sobre mí, sino sobre ti. Tú debes ser el protagonista de un relato de terror. Tu cuento irá dentro de una antología junto a otros cuentos que sí que dan miedo.

—¿Y cómo sabes que dan miedo? Si tanto te asustaran, no habrías podido terminarlos. Ni siquiera sabes si te publicarán una antología de cuentos de terror. Además, ¿tú quién eres para que te dediquen el tiempo, el papel y el dinero necesarios para colocarte en el mostrador de una librería? Encima me vienes con una antología. Si consigues colgar en Internet uno solo de estos cuentos, ya te puedes dar con un canto en los dientes.

—Hombre, tampoco hace falta que me quiebres la autoestima. Soy escritor, ¿sabes? Un alma sensible.

—Un vago, todos los escritores sois unos vagos. Y no te precipites. Un escritor es el que sale en las enciclopedias, el que se encuentra en las bibliotecas, ¿tú qué has publicado?

—No pienso entrar en ese terreno. Sé lo que tratas de hacer, Rodolfo.

—Vaya, sabes mi nombre...

—Como que te he creado yo. Haz el favor de proseguir tu historia en clave de terror o te elimino.

—Si sigues con esas amenazas de chiquillo de guardería, vas a crear un relato cómico. A lo mejor es lo tuyo. ¿Has probado a hacer reír?

—Te he dicho que sigas ya. De lo contrario, me veré obligado a borrarte —le amenazó el autor.

—David, querido, el escritor rumia sus historias hasta cuando duerme. Sabes muy bien que has estado escribiendo mi historia desde hace una semana.

—¿Qué sabrás tú de eso?

—Nada, nada, sólo que trabajo en una editorial, ¿o ya olvidabas mi ficha de personaje?

—Astuto y sarcástico, como casi todos mis protagonistas. Está claro que todavía no soy capaz de parir buenos personajes capaces de conducir una historia bien trenzada hasta el final.

—Un truco muy manido, pero has logrado ofenderme. Hagamos un trato ya que desconfías de mí —sugirió el astuto Rodolfo.

—Bueno, no tengo nada que perder. Si acaso el tiempo.

—Eso lo veremos. Si consigo llevar adelante un relato de terror, me dedicas una novela. Con una condición, que contenga misterio y comedia.

—No me fío de ti y tengo poco tiempo. Ahora acéptame tú una condición. Cada vez que vea que el relato se vuelve aburrido, te colocaré un impedimento terrible, de tal modo que te veas obligado a superarlo. Ah, se me olvida lo más importante: te lo tienes que creer.

—Eso me costará poco. En cuanto abandonemos este diálogo y a poco que me coloques en un marco creíble, me lo tragaré todo: mi vida transcurrirá como a ti te dé la gana.

—Vale, déjate de rollos lastimeros. ¿Trato hecho? —preguntó David.

—De acuerdo, pero necesito algo más.

—Dispara.

—No te metas en mi relato. Si el protagonista soy yo, Rodolfo, director don nadie de una revista de mierda, sin esperanzas en la vida, cuarentón y todo eso, pues eso, no pongas en mi boca palabras que no sean las mías. Déjame el mando de la narración, para que me entiendas.

—De eso se trata.

—Pues confío en que cumplas tu palabra. Ahora vete.

—Suerte campeón —sonrió satisfecho David convencido de que Rodolfo no conseguiría salir airoso de las triquiñuelas a las que iba a enfrentarse.

Nunca he tenido suerte en la vida, pero no me va mal si me comparo con muchísima gente que no tiene familia ni trabajo fijo. A quién voy a engañar. Los envidio a muerte. En el fondo son libres, aunque algunos terminen dándose a la bebida o enganchados a las tragaperras.

Ahora mismo estoy solo en el piso de ochenta metros cuadrados, metro abajo, centímetro arriba. Puedo abrir el mueble-bar y beberme media botella de whisky, llamar al trabajo de mi mujer y preguntarle cómo le va, o salir a trabajar en la revista que dirijo sobre misterios insondables, que es lo que toca.

Me decanto por espiar el cuarto de mi hija adolescente. La última vez que le hice la inspección, a espaldas de ella y de su madre, descubrí una caja de condones y, por supuesto, se los requisé. Ojo, porque tal vez mi destino haya cambiado: veo una carta en un cajón de su escritorio. Enciendo la luz y la leo. Maldita sea: no sé cuánto tiempo lleva esa nota sobre la mesa, pero mi mujer y mi hija me daban un ultimátum. Y he llegado tarde.

Me hundiría en la miseria, pero sé bien que es el destino, —o mejor dicho, el capricho de mi creador— quien me quiere hundir. Por eso, pienso que tengo que aprovechar lo bueno de esta noticia. Estoy solo. Libre. Corro por la casa como un loco. Abro todas las puertas, enciendo las luces sólo por encenderlas, pongo la radio a todo volumen, enchufo la tele del dormitorio que siempre está apagada, pongo en marcha también la tele grande del salón. Qué alegría me invade el cuerpo mientras bailo por el pasillo cantando a viva voz. Todo va de maravilla hasta que se apagan los sonidos de los electrodomésticos, me quedo a oscuras y me estampo contra la pared. Vaya, se habrá ido la luz. Pero, ¿qué más da? Ya habrá amanecido. Subo la persiana y, ¿qué veo? Un cielo color mierda de perro. Todo está demasiado oscuro. En fin, poco me importa: el metro que me lleva hasta el trabajo está a la vuelta de la esquina.

En la calle no hay nadie. Mejor. Siempre tengo que pensar en positivo: es la única manera de vencer al destino. La noche se niega a abandonarme. Es raro, pero me gusta. Al llegar a la boca de metro me encuentro con que está la reja echada: no me ocurría desde que era joven, cuando todavía volvía de juerga a las tantas de la madrugada. Cogería un taxi si hubiese algún coche, pero las calles del centro de Barcelona están vacías. Es igual: siempre me irá bien un poco de ejercicio.

La putada es que las cuestas cada vez se hacen más empinadas y mis rodillas no dan para mucho. Después de una buena caminata, trato de refrescarme la cara en una fuente. Huele mal en esta plaza. Le doy al pulsador, acerco la cara y sale un chorro de líquido viscoso que apesta. Tengo toda la boca, el cuello, la chaqueta, todo lleno de mugre. Si al menos lloviera, pero miro al cielo y por un momento empieza a aumentar la temperatura, o será la sensación térmica. El caso es que trato de quitarme la suciedad de encima, pero no tengo pañuelos y no hay nadie a quién pedirle. El sol seca el apestoso ungüento y lo convierte en pasta de moldear. Parezco una estatua a medio hacer. Camino sin mucho ánimo, ésa es la verdad, a la oficina. Miraría el reloj si lo tuviese en la muñeca, pero se me debe de haber caído: doscientos euros perdidos para

siempre.

Subo a la oficina, aprieto el timbre con fuerza y nadie sale a abrirme. La recepcionista estará haciendo crucigramas en el baño. Pero Andrés, el de publicidad, que nunca tiene nada que hacer, debería haber salido disparado. Pego el oído a la puerta y no escucho nada. Me aparto unos centímetros. De repente, veo un cartel en la puerta que dice “cierre por quiebra”. ¿Quiebra? Nadie me ha avisado. Busco el teléfono móvil y lo encuentro en el bolsillo derecho del pantalón. Funciona, algo es algo, pero no encuentra cobertura. Subo un piso —mi oficina está en el segundo—, subo otro, y nada, sigue sin encontrar cobertura. Me voy despedido hasta la terraza y encaro el móvil a la antena gigantesca que hay en la sierra de Collserola. Ni un punto de cobertura aquí tampoco. De nuevo, el cielo cambia de color. Veo perfectamente cómo el eclipse de luna se desvanece. Necesito saber qué hora es, pero una racha de viento me arranca el móvil hacia el vacío. La luna desaparece y empieza a llover con mucha rabia. Y no amanece. Caen trillones de gotas frías, trato de salir de la azotea, pero la puerta se ha cerrado y no hay forma de abrirla por fuera si no es con la llave.

Miro a mi alrededor: los muros son demasiado altos para saltar a otro edificio y el agua empieza a cubrir a la altura de los tobillos. Es horrible que le entre a uno agua en los zapatos. Hacía tiempo que no lo experimentaba. Con toda el agua que cae y no se me quita el olor a mierda. Entre las gotas frías también se cuelan bolas de color ocre que al contacto con la cabeza explotan causándome un dolor agudo. De esas bolas sale un líquido marrón con un olor similar a la mierda, pero con un toque muy intenso al final. Escupo el asqueroso líquido, aunque el sabor sigue ahí, porque se me amontona la mugre en la comisura de los labios. Al ver otras bolas caer sobre los charcos, descubro que están lloviendo escarabajos. Los muy asquerosos saben nadar y se amontonan por decenas. Se dirigen hacia mí en cuanto despliegan las alas y comienzan a revolotear. Aparte de muros y la puerta, en este espacio que se va inundando por momentos sólo encuentro cuatro antenas de televisión. En realidad, una. Las otras tres han caído por culpa del viento que de vez en cuando me empuja hacia el filo de la azotea, sin que eso desanime a los escarabajos, que ya no caen desde el cielo. Debe de haber unos doscientos chapoteando y volando hacia mí. Corro, pues, hasta la única antena en pie. También veo un pararrayos.

Todos sabemos que cuando llueve es aconsejable huir de los pararrayos. Pero qué poco conocemos los efectos de una antena en plena tormenta. Me fustigo a reproches mientras huyo de los escarabajos dando vueltas por la terraza. Confío en que sean animales herbívoros. Mala suerte: algunos están siendo devorados por sus camaradas. O sea, que comen carne, y con el afán que emplean para engullirse a sus congéneres, debo de ser un bocado estupendo. Intento subirme a la antena. Resbala y me cuesta mucho adherirme a la barra. Mientras lucho por no tocar el agua, que ya debe de alcanzar el metro de altura, se me ocurre que tal vez si el nivel sube mucho pueda pasarme a otro edificio fácilmente. Ya dudo de todo: ¿sé nadar?

Poco importa, porque un rayo tremendo le da a la barra que me electrocuta como a un pobre grajo. Caen la antena y yo estoy pegado a ella; me arde la chaqueta, y al zambullirme en el agua marronácea y pestilente, de una sacudida mueren decenas de escarabajos. Mientras el resto de sus congéneres se me acerca, tiemblo de frío a pesar de tener medio cuerpo quemado. ¿Sufiré más si me muero por ahogamiento o si me devoran los escarabajos?

Daría todo lo que tengo por un día de monotonía con mi familia o en mi trabajo. Caigo en la cuenta de un error fatal, el que me va a costar la vida: la última vez que me fui a la cama tenía la intención de echar una siesta. O sea, que me desperté de una siesta. Este detalle es importante. Sólo puedo dormir la siesta cuando no hay nadie más en la casa. Y esto sucede sólo una vez al año, en torno al quince de agosto que la familia se va al pueblo, con mis suegros, y yo me quedo a trabajar en la revista. Por tanto, es un festivo por la noche. Ahora entiendo que no estuviese abierto el metro y que no encontrara a nadie por la calle. Sonríe con lo que

me queda de mandíbula: tal vez mi familia no me ha abandonado. Tal vez la nota que vi en el escritorio de la niña fuera una invención de mi mente cansada o incluso un sueño. Pero no tengo demasiados motivos para intentar sonreír: el agua me cubre por completo, ya en posición horizontal, todavía pegado a la antena, y con un extraño hormigueo que más bien debería llamarse escarabajeo. Me voy, autor, me debes una novela.

- Espera, Rodolfo, no tan rápido. La has cagado.
- ¿Por qué? ¿No te parece horrorosa esta muerte?
- Pues no. Desde el momento en el que hablas conmigo, el lector supone que sobrevivirás.
- No seas lelo. Me puedo morir aquí, tú cuentas algo sobre mi vida anterior y ya está.
- ¿Y qué voy a contar si tú mismo dices que nunca te ha pasado nada digno de mención?
- ¿Qué quieres? No sé mentir. Ahí deberías sacar a relucir tu ingenio de escritor.
- Pues te equivocas de hombre —replica el autor ofendido.
- No te ofendas, David. Creo que en realidad no tienes demasiada imaginación. Seguro que también te encuentras solo, es de noche, y llueve en la ciudad.
- Pues sí, aunque no necesito tu opinión sobre mis mecanismos creativos. La inspiración llega de cualquier parte.
- Lo que tú digas, pero no estaría de más que le aplicaras un poco de lógica a tus desvaríos. ¿Desde cuándo quiebran las empresas que van bien sin comentárselo a sus trabajadores siquiera?
- Me da igual lo que digas. Es comprensible y verosímil, todo el mundo está familiarizado con las crisis económicas. Además, me sirve para criticar el sistema.
- Ah, muy bien, ¿y te parece verosímil que yo, siendo astuto como soy, haya salido un festivo de noche a trabajar?
- Tú te crees astuto, pero en realidad eres un poco más inteligente que la media, lo que te sitúa en la media, porque la mayoría de la gente se considera un pelín más inteligente que los demás.
- Eso no lo he entendido. Perdona si te he ofendido, David, pero quiero salvarme. Es lógico. ¿Podré vivir más allá de este episodio? —suena lastimosa la voz de Rodolfo.
- Egoísta, muérete y aguántate. ¿A quién le pediré yo otra oportunidad cuando sepa que mi fin está cerca?
- Eso me consuela. Al menos yo tengo la posibilidad de revivir y la suerte inmensa de saber hasta dónde he llegado.
- Touché*. ¿Quedamos en paz entonces?
- No sé. Me duele todo el cuerpo, me he resfriado, siento que los escarabajos devoran mis piernas y temo por el futuro de mi familia. Además, no me fío de un escritor tramposo como tú, que se inventa lluvias de escarabajos y cosas raras con tal de jorobar a su protagonista. Qué cabrona es la incertidumbre. Tal vez no vuelvas a escribir ni una letra más sobre mí. Pero, ojo, porque tú mismo te podrías morir esta noche si te da una neumonía o sales al balcón y piensas que no sirves para nada...
- No empieces otra vez con tus estúpidos juegos de manipulación. Muere con dignidad, Rodolfo.

Intento no respirar para que la muerte me llegue con rapidez, pero mi cuerpo actúa como un resorte y todos los mecanismos defensivos se activan a la que trato de asfixiarme. Si hundo la cabeza en el agua, automáticamente la saco antes de quedarme sin aire. Cae otro rayo cerca. Siento la sacudida, y cada vez soy menos consciente del hambre voraz de los escarabajos.

—Perdona, pero ¿y si me rescatan? La verdad es que podría cambiar, trabajar menos, interesarme por mi familia, todo eso que el lector espera.

—Muérete y déjame en paz.

—¿Es que no tienes humanidad? Me rindo. Me quiero redimir.

—¿Cómo puedes ser tan egoísta? ¿Acaso te interrumpo yo con mis quebraderos de cabeza? Ahora tengo que preparar la clase del lunes, mientras mi mujer y mi hija deciden en el chalet que pagué con mi dinero si vuelven a vivir conmigo o no. ¿Y qué es lo que hago? Escribir sobre un ser miserable que me quiere hundir para salvar el pellejo. ¿Qué hago yo contándote mi vida? Anda, muérete de una vez.

—Dime la verdad, ¿por qué me has cogido tanta inquina?

—Te lo diré con tal de que me dejes en paz: te has apoderado del relato. Eres sólo un personaje y me has dejado en evidencia al dejar patente que no recordabas si sabías nadar.

—Ha sido un lapsus. ¿Soy el único que se equivoca en tu mundo?

—Puede que algún día te reviva si te largas de una vez.

—Vale, ya me muero, pero no me puedo ir sin contar qué es lo peor de morir.

—Haz lo que te dé la gana, pero muérete de una puta vez —sentencia David.

Lo peor de morirme no es el miedo a perder la memoria y todas esas cuestiones metafísicas. Lo peor es sin duda que no dejas de experimentar lo que le pasa a tu cuerpo hasta que se te apaga el cerebro. Ahora mismo siento cómo los escarabajos avanzan por los tendones hasta los músculos y luego hincan sus colmillos minúsculos pero afilados en los huesos. Además, las descargas eléctricas me han dislocado varias vértebras. El dolor es insoportable. A pesar de estar hasta el cuello bajo el agua pestilente, la parte quemada del cuerpo arde como si estuviera ya en el mismísimo infierno. Pasan dos horas de horrores interminables y veo con tímida esperanza cómo una figura borrosa tumba la puerta de la azotea de una patada. “Los bomberos”, pienso. Sin embargo, es una silueta frágil la que avanza con pies de plomo y un soplete que achicharra a los escarabajos que revolotean entre las cuerdas de la ropa y las antenas de televisión.

La veo de cerca: es la jefa de la editorial. De mí sólo queda la cabeza y parte del tórax, que se ha enganchado al pararrayos. Tengo los intestinos a la vista, y ninguna de mis extremidades. Los escarabajos han dado cuenta de brazos y piernas, e incluso de mis genitales, y no han dejado que me desangre, porque hasta la sangre han sorbido los muy canallas. Mi jefa alza la vista y me descarga otro chorro con el soplete. Intento maldecirla, pero no me salen las palabras.

—Qué asco das y qué peste.

—Sáqueme de aquí —baluceo, pero no sé si me oye.

—Lo siento, pero me tengo que deshacer de ti antes de que lleguen los bomberos. Si te descubren, creerán que has destrozado la azotea por despecho y, como todavía eres trabajador de la empresa, el seguro me dejará sin un duro.

—Pero, ya sacaré dinero suficiente con la quiebra, que tiene que ser un fraude a la fuerza. Además, ya sólo podré vivir como un vegetal, atado a una máquina —mi voz es apenas un hilo de agonía.

—¿Es que no sabes que el edificio entero me pertenece? Me vendrá muy bien la bonificación del seguro.

—¿No tiene usted ni un rastro de humanidad?

No me responde. Quizá no le ha llegado mi súplica. Quizá le importe tres mierdas la vida de un empleado. Mi maldita jefa coge lo que queda de este exiguo ser humano y me mete en una bolsa de plástico. Luego, me tira a la basura. Ahora, a esperar al camión con su enorme trituradora o a morirme lentamente, lo que suceda primero. Ya oigo el zumbido del camión y

las charlas de los basureros. Agitan el contenedor y les escucho hablar de un profesor que se acaba de tirar desde el balcón. Ojalá seas tú, David, ojalá.

Mayo de 1981

El día del cumpleaños de XY pasa sin apenas ruido, en parte porque cae en domingo, y es el primer año que no celebran ninguna fiesta para los amigos y vecinos en casa. El viernes anterior repartió caramelos entre los compañeros del colegio, pero aquello ya queda demasiado lejos.

Para colmo los regalos no le gustan demasiado. Su tía le ha vuelto a regalar calcetines, camisetas interiores y todas esas cosas. Los demás le han traído un pijama, un libro de Gloria Fuertes y más libros y ropa, todo lo que no le hace ninguna ilusión. Sólo se alegra de haber conseguido un hámster con su jaula preparada para que el animalito nunca se canse de dar vueltas.

Es sábado por la noche y la familia de XY ha decidido pasar el fin de semana en una casa de campo que está hecha a cachos aún, a pesar de que el papá de XY construye chalets bien bonitos.

Todavía no sabe la decepción que sufrirá al recibir el domingo la visita de los cuatro parientes de siempre y su mierda de regalos.

Por eso, sueña feliz, bien arropado porque en el campo refresca por la noche, que alguien le hace cosquillas. Se ve sonriente en el sueño, pero de pronto algo picudo le hace daño en la rodilla.

Entonces se despierta, se toca la rodilla y la encuentra húmeda. Se lleva la mano a la altura de la mano y ve que hay sangre entre los dedos. Sobrecogido y blanco, temblando, enciende la luz y se encuentra con la colcha y la sábana manchadas de sangre.

XY grita con fuerza ¡mamá! y ¡papá!, por ese orden. A pesar del revuelo sólo se presenta su madre que enciende la luz de la habitación, porque la lamparita de noche no sirve para ver qué ha ocurrido. Entonces, rebusca entre las sábanas y encuentra unas tijeras que ella misma había usado para empaquetar bien el pijama, y también le pide a XY que se calme, que es un corte de nada.

Vuelven los dos de curar la herida en el baño y, antes de que XY se meta en la cama, descubren una serpiente entre las sábanas teñidas de sangre. El bicho repugnante mide casi metro y medio. Es una serpiente negruzca que se encara a XY. El niño sale corriendo tras su madre, que se olvida de su hijo y es la primera en abandonar la habitación.

A consecuencia del escándalo su padre se despierta y, pasados unos minutos, vuelve diciendo que ya ha matado la serpiente. Ante el llanto de XY le promete que tatará cualquier agujero del techo. Al cabo de un rato la madre va y cambia la ropa de cama. Pero XY no se lo acaba de creer y duerme, como pasaba a veces antes de que naciera su hermano, entre sus padres. El siguiente sueño va de serpientes que hincan sus colmillos en la rodilla de su hermano pequeño mientras duerme.

13. Felices mortales

La habitación cuadrada no necesita más luz que la que ella misma emite. Es toda blanca, de una intensidad tan radiante que casi cuesta mirar sin cerrar los ojos. No tiene ventanas. A simple vista tampoco tiene esquinas. Para hacerse una idea de sus dimensiones es necesario recorrer sus cinco metros cuadrados y palpar las paredes. Santiago lo ha hecho muchas veces, a pesar de que lleva trece meses viviendo aquí. Es el tipo que duerme en la camilla. A su derecha, rompe la armonía una mesa alargada y alta atiborrada de botes sucios. Destacan dos probetas entre el desorden. Eso y un microscopio.

Santiago duerme en silencio. A pesar de que rebasa los treinta años parece un niño, con su pelo largo, rizado y enmarañado. Se despierta con naturalidad, como si obedeciese la señal de un despertador interno. Se estira todo lo que le permite su bata verde, se incorpora y, en cuanto pone los pies en el suelo, utiliza un interfono blanco camuflado en la reluciente pared, muy cerca de una puerta apenas visible entre tanta blancura.

Precisamente por esa puerta entra Nicolás, un hombre altísimo. Ronda los cincuenta años, pero se le ve más joven porque tiene la piel muy bronceada y lleva una perilla a la moda y el fino pelo peinado hacia atrás.

Santiago mueve la cabeza al oírlo entrar. Luego, da media vuelta sin que su expresión se altere con la llegada de Nicolás. Simplemente, mira hacia el suelo y empieza a pasear de una parte a la otra de la habitación.

—¿Qué tal has dormido? —le pregunta Nicolás, sin conseguir atraer la mirada de Santiago.

—¿Cómo dices?

—Que si has dormido bien...

—Sí, pero ya hay demasiado trabajo...

—Alto, no te estreses —le interrumpe Santiago con un tono muy suave.

—Claro que no —alza la vista por una vez. Su rostro está tenso. Vuelve a bajar la cabeza y no deja de dar pasos cortos de un extremo al otro de la habitación. De repente, parece que va a mirar a los ojos de Nicolás, pero apenas sí levanta un poco la frente. Se detiene un instante—. Ya he tomado la decisión. Necesito que nos reunamos para hablarlo.

—Ya estamos reunidos —responde con una sonrisa que Santiago ignora—. O si quieres, nos reunimos luego. Tú me llamas y enseguida vengo —continúa Nicolás, mientras se frota las manos y sin ocultar la sonrisa.

En ese momento, Santiago reacciona torciendo el cuello, como si le fuera a dar un espasmo. Su mirada es de hielo cuando se acerca con tres pasos rápidos a Nicolás. El hombre de la perilla retrocede un poco asustado y da con la espalda en la puerta camuflada.

—Nicolás, lo que tengo que anunciarte es muy serio.

—Seguro, pero tendrás que aplazarlo. Tu familia lleva una hora casi esperando a que despiertes. Ha venido tu novia también —dice Nicolás forzando un tono sosegado y tocando con las manos a Santiago para que se retire unos centímetros y deje de atosigarlo.

—Tendrás que decirles que se vayan.

—Santiago, pero qué dices...

—Que se vaya; ahora es imposible verlos —replica Santiago, que le da la espalda a Nicolás, y camina de nuevo a paso acelerado hacia el otro extremo como si el contacto con los dedos del hombre calvo le hubiese provocado una descarga eléctrica..

—Pero Santiago, han hecho muchos kilómetros para verte —replica Nicolás sin dejar de forzar la comisura de los labios para tratar de parecer agradable.

Santiago le da la espalda y se gira de repente. Mientras, Nicolás ha avanzado unos pasos hasta colocarse en el centro de la habitación tan blanca que daña los ojos.

—He dicho que no —sonaría rotundo si su voz alcanzara los mínimos decibelios o si, al menos,

se atreviera a mirar a Nicolás a la cara—. No podemos postergar la reunión bajo ninguna circunstancia.

De repente, Agustina entra en la sala y rompe la línea invisible entre los dos hombres. Sin saludar siquiera, abraza con fuerza a Santiago llamándole “mi hijo” con estridencia. Se diría que no lo ha visto en varias semanas, pero su reacción resulta demasiado histriónica. Tal vez siempre se comporte así.

—Señora, por favor, espere fuera —le pide con amabilidad Nicolás, rozando a madre e hijo, pero sin tocarlos.

La madre se separa de Santiago, que mira al suelo pensativo, y se enfrenta a Nicolás con cara de malhumorada. Sin embargo, Nicolás fuerza una sonrisa, otra más, que suaviza algo el ambiente.

—¿Es que ni siquiera voy a poder ver a mi hijo después de más de una hora de espera? —se queja Agustina.

—No se trata de eso. Usted... mire, esto ya lo hemos hablado antes: hay un protocolo que seguir...

—Está bien, Nicolás —interrumpe Santiago—, he cambiado de parecer. Que entren los demás.

—Los demás son Clara. Tus hermanas no podían venir y tu padre, ya sabes, siempre que puede se escabulle. ¡Menudo es!

—Mamá, por favor, no empieces con eso. Ya hago demasiado con dejaros pasar

Agustina masculla algo, quejumbrosa, mientras se mueve con toda la vitalidad que le falta a su hijo hasta la puerta. Asoma la cabeza y grita:

—¡Clara, puedes entrar!

La persona que entra podría pasar por un hada de cuento, con el pelo largo y liso, el rostro aniñado, y el cuerpo imposible, sólo que es de carne y hueso. Clara corre a abrazarse a Santiago, pero él la frena en seco.

—Espera, Clara, ahora no.

Ante el desplante, Clara frunce el ceño y camina sin dejar de mirar a Santiago, que la rehúye. Finalmente, se queda quieta, muy cerca de Agustina, a un metro de la camilla. Apoyado en la pared, muy cerca de las mujeres, Nicolás no se mueve. Tiene los brazos en jarras y se limita a observar cómo Santiago pasea de un lado a otro. De vez en cuando, apunta cosas en una libreta disimuladamente.

Santiago sigue con sus zancadas lentas, porque la habitación es diminuta y quizá por eso ejecuta los pasos con excesiva minuciosidad. De pronto se detiene y mira a la altura del pecho de Clara.

—Por favor, sentaos en la cama —dice Santiago señalando la camilla.

Agustina y Clara se sientan. La primera sin dejar de quejarse. Clara, en silencio. Nicolás sigue como una estatua junto a la puerta.

—Tú también, por favor.

—Mejor no —contesta impasible Nicolás. Por primera vez deja de sonreír. En lugar del gesto excesivamente amable, clava los ojos como puñales en los de Santiago, que advierte la señal y le retira la mirada.

—Está bien, pero no te vayas. Quiero deciros algo muy importante —hace una pausa y vuelve a agachar la cabeza. Luego la levanta contrariado—. Falta mi padre. Que alguien vaya a buscarlo. Inmediatamente.

Nadie parece hacer caso a la orden, demasiado severa para proceder del interior de un ser débil y pusilánime, un hombre que se pierde en la bata verde e inmensa, y que ahora mira al suelo.

Pasan los segundos y nadie hace nada. Santiago se desespera y desde el centro de la habitación grita “papá” con todas sus fuerzas. Vuelve a emitir el mismo grito, pero con más intensidad. No ocurre nada. Se da por vencido, y se coloca de espaldas a la pared, enfrente de la camilla donde

las mujeres aguardan sentadas. Agustina está a punto de llorar, pero Clara la calma con una caricia sobre el pelo. Nicolás continúa de pie, con una severidad que asusta.

Cuando Santiago está a punto de gritar de nuevo, su padre asoma por la puerta con cara de prisas, pero con los andares cansinos. Es su vivo retrato, pero muy envejecido. Aparenta setenta años.

—Hola hijo. ¿Cómo lo llevas? —pregunta casi sin mirar a Santiago—. Agustina, por favor, que llevo esperando una hora con el coche mal aparcado...

—¿Es que no pensabas subir? Desde luego que lo tuyo no tiene nombre. Cagadito a tu madre —carga Agustina con toda su mala baba.

Nicolás aprieta la mandíbula. La tensión del momento también repercute en Clara, que comienza a dar patadas en el suelo. Santiago mira de reojo a Nicolás y coge impulso para hablar con una voz mucho más sólida.

—Papá, ponte ahí, junto a la cama. Y tú, mamá, cállate aunque sólo sea una vez en tu vida.

La sonrisa vuelve a Nicolás, que intenta intervenir, pero Santiago se lo impide con un movimiento rápido con el brazo, que corta el aire, pero que no asusta, porque a Santiago le falta nervio y fuerza. Nicolás, en cualquier caso, finge que el gesto de autoridad le convence.

—Haz el favor de escuchar tú también. Te repito que es importante. Nuestro proyecto está a punto de concluir.

—¿Qué quieres decir con que va a concluir? —pregunta Clara con los ojos desorbitados.

—Es lo que quiero explicaros. He decidido dejar de ser inmortal —los familiares y Clara callan, se miran entre ellos y buscan la complicidad de Nicolás, pero éste mueve las cejas con la intención de darles seguridad. Santiago va y viene sin perder el ritmo, con la cabeza inclinada. Son apenas cuatro metros, pero parecen más. Por fin levanta un poco la mirada. No acaba de dirigirse a nadie—. Sabéis de sobra que valoro mucho la tradición. Y sé que ha sido un logro conseguir que el ser humano no muera. Pero ha pasado ya casi doscientos años. Estamos en pleno siglo XXIII y, ¿pensáis que la gente es más feliz porque se sepa inmortal?

Nadie se atreve a dar la réplica, pero Agustina está a punto de estallar. Su marido la mira de reojo con un reproche. Clara vuelve al rescate de su suegra y le da la mano. La mujer se calma. Pasan unos segundos. Nicolás resopla antes de intervenir:

—Santiago, creo que podríamos hablar sobre los aspectos técnicos en privado antes de que prosigas.

—Al contrario. La decisión está tomada —Nicolás quiere hablar, pero Santiago lo manda callar con un gesto—. Los experimentos con el aire original de la Tierra han dado buenos resultados en animales. Todos han muerto. Y yo también quiero renunciar a la inmortalidad.

Ahora que el silencio es absoluto, Santiago habla con seguridad.

—No sé qué me ocurrirá. Es posible que a pesar de ponerme en contacto con el aire primitivo, todavía siga viviendo cien años más. El último ser humano que murió por culpa de los elementos letales en el oxígeno alcanzó los 113 años, aunque no es que llevara una vida muy sana.

—¿Por qué nos haces esto? —pregunta con gravedad el padre.

—Pues porque vosotros sabéis que los seres humanos no son felices desde que vencieron a la muerte. No se puede vivir con intensidad ni un solo segundo sin la incertidumbre de la muerte.

—Santiago, por favor, cálmate y deja de decir estas cosas —le pide Clara con una mezcla de ternura y miedo.

—No hagamos de esto un drama —interviene Nicolás.

—En efecto, todas estas semanas aquí encerrado en mi laboratorio han dado su fruto. No tenéis que dramatizar.

El padre entra en cólera. Agustina, a su lado, pasaría por una mujer dulce y relajada.

—Claro, claro, tú sigue con tus experimentos y nosotros seguiremos jodidos. Nos vamos, hijo.

Es lo mejor. Yo ya no puedo más con esto.

El padre sale por la puerta sin mirar atrás. Agustina estalla en un llanto que conmueve a Clara, que ya no sabe cómo consolarla. La chica está desbordada y también comienza a sollozar. Por su parte, Nicolás se permite la licencia de sacar a Agustina de la habitación. Mientras, la arrastra hacia la puerta, ella sigue llorando como una loca. Después, marido y mujer discuten en el exterior. Todavía se escuchan los reproches y los gritos cuando la voz grave de Nicolás da por terminado el asunto y les exige que esperen en el vestíbulo.

Santiago se queda inmóvil en el centro de la habitación cuadrada y luminosa. Mira hacia el techo como si buscara el infinito en una claraboya que no existe. Clara lo mira directamente a los ojos. Santiago no lo soporta, se enfada, y ruge:

—Tú también. ¡Lárgate de una puta vez!

Es lo que Clara necesitaba, porque en el fondo quiere huir de esa habitación excesivamente perfecta y agobiante. Las cosas suceden y ya está, se repite en la cabeza de Clara cuando sale del cuarto. No es su voz la que recita la sentencia adoquinada. Es la propia voz de Santiago, porque en el pasado, cuando él no estaba allí veinticuatro horas al día, le solía quebrar los lamentos con un “las cosas suceden y ya está”. Ella sólo quería una caricia. Ni siquiera un abrazo, pero sólo conseguía escuchar esa máxima, hasta que se la creyó y se instaló en su mente para siempre. Ahora, de todos modos, sólo pensaba en esquivar a los padres de Santiago, pedir un taxi en la recepción y huir de aquel edificio envuelto en el mismo blanco que las mentiras que más duelen.

Santiago se sienta en la camilla y hunde la cabeza contra las piernas, muy juntas. Entra Nicolás y le toca la cabeza. Santiago se agazapa como si pudiera meter la cabeza dentro del cascarón.

—Creo que tenemos que hablar de esto en serio —dice Nicolás.

—Es exactamente lo que he intentado.

—No, no, no. Lo único que has intentado y logrado es darle un disgusto tremendo a los que te quieren.

—Ejecútame. Tú tienes las jeringas. Sabes dónde está el combinado letal.

—¿Otra vez estás con lo mismo?

—Y nunca insistiré suficiente: tienes que matarme ya. ¡Inyéctame el veneno! ¡Inyéctame!

—Sí, creo que lo voy a hacer.

En ese momento Clara asoma la cabeza por la puerta. No sabe cómo interpretar la charla entre Santiago y Nicolás. Se queda semioculata tras el hilo de oscuridad que queda entre la puerta y el umbral. Quiere saber la verdad.

—¿Me lo prometes? —pregunta Santiago emocionado.

—Prometido —le dice Nicolás con una media sonrisa, la menos convincente de todas, mientras se aparta de Santiago dándole la espalda—. Te pongo la dosis y descansamos todos de una puta vez —susurra para sí, muy enfadado, de camino hacia la salida.

Clara se aparta de la puerta. Cuando Nicolás sale del cuarto, Clara ya ha encontrado un refugio en la primera habitación que encuentra con la puerta entornada. La mala fortuna hace que ése sea precisamente el lugar en el que entra también Nicolás. Clara se oculta tras unas cajas de medicamentos. Nicolás no va tan adentro. Ella tiembla. El doctor se detiene ante un armario acristalado, lo abre, coge una jeringa a la que le quita el plástico y luego acerca el brazo a las cajas donde se oculta Clara. A tientas se hace con un bote, idéntico al resto. En cuanto sale Nicolás, Clara intenta saber qué compuesto ha cogido, pero no entiende el nombre científico. Ve el símbolo de una calavera en una de las cajas. Se asusta. Por eso sale detrás del hombre alto.

Mientras, en la habitación blanca, Santiago irradia felicidad al ver a Nicolás entrar con la jeringa y el bote. Sin que se lo pida Nicolás, se arremanga la manga izquierda de la bata y extiende el brazo. Nicolás apenas esboza una mueca de cortesía ante la alegría desbordante de Santiago.

Por un momento, deja de mirarlo y se concentra en cargar la jeringa. Está a punto de clavársela, y Clara lo ve, siente una sacudida, pero algo detiene al médico antes de inyectarle el tranquilizante.

—El algodón y el alcohol. Joder, es que no estoy en mí —protesta Nicolás.

Santiago le recuerda a Nicolás lo importante que estar concentrado en su misión, pero el doctor ni siquiera se molesta en contestarle. De nuevo se encamina hacia la puerta. Clara vuelve a esconderse, esta vez dobla la esquina del pasillo, y permanece muy atenta a los movimientos de Nicolás, pero éste se mete en un cuarto muy cerca de la habitación blanca. En apenas unos segundos sale con el algodón y el alcohol. Clara observa que Nicolás no ha soltado la jeringa. Malhumorado, se mete en el cuarto de Santiago. Clara lo sigue

Ya en la habitación, Santiago continúa con el brazo extendido. Nicolás moja una pizca de algodón con alcohol y se lo pasa sobre la piel del antebrazo. Santiago lo mira a los ojos cuando termina.

—Hoy es un gran día para la humanidad.

Nicolás asiente sin demasiada convicción. Se prepara para inyectarle aquel líquido oscuro sin que se le note ningún ánimo de trascendencia. Por eso lo hace despacio y en silencio, pero sin adornos. Por eso Clara tiene tiempo de detener el brazo de Nicolás cuando va a inyectarle el contenido de aquello, sea lo que sea, a Santiago. Todo sucede muy rápido. Santiago apenas da crédito al forcejeo entre Nicolás y Clara, y grita “no”, aunque sigue sentado en la camilla. A escasos centímetros de su posición su novia y el hombre alto entablan una lucha desigual. Cuando por fin Nicolás empuja a Clara contra el suelo, el hombre alto se clava la jeringa, que mantenía con la punta hacia abajo, en su muslo derecho. Clara está muy cerca y se abalanza sobre la jeringa inyectándole todo el contenido a Nicolás.

Nicolás vuelve a sonreír antes de caer desplomado. Clara se aparta con agilidad. Santiago enfurece cuando ella se incorpora.

—¿Por qué has tenido que hacerlo? Ahora será él el que muera, yo no.

—Santiago, cariño, ¿no te das cuenta? Casi te inyecta un veneno.

—No hay nada de lo que hablar, zorra. Tú me has quitado el privilegio de morir primero. Yo quería ser el primero.

—Cálmate, Santiago. Estoy dispuesta a hablar de todo, incluso de este nuevo desvarío.

—¿Desvarío le llamas a mi proyecto?

—Sí, desvarío. Pero te quiero igual.

La furia más tremebunda se apodera de Santiago que agarra a Clara y la estrangula. Ella trata de hablar, pero no puede.

—Muere tú también, maldita —grita Santiago mientras le arranca la vida a Clara.

La chica cae junto al cuerpo de Nicolás. El médico sólo duerme profundamente. Ella no respira.

Santiago se dirige al interfono, lo agarra con todas sus fuerzas y habla con seguridad:

—Necesito otro ayudante de laboratorio para que me inyecte la dosis letal.

—Enseguida enviamos a alguien —dice la voz anodina de la centralita, como si Santiago le pidiera lo mismo cada día.

Por el pasillo del psiquiátrico avanzan sin prisa dos enfermeros. Charlan animosamente sobre la última película sobre el fin del mundo.

Mayo de 1981

XY sale del colegio por la puerta de los niños pequeños, aunque desde que llegó su hermano él se considera un niño mayor. Sólo va a primero de EGB (educación general básica).

Como siempre, va acompañado de sus mejores amigos, tres niños tan traviosos como él. Aprovecha el último tramo del corredor que da a una verja que separa el colegio de un naranjal para gastar las últimas bromas. Algunos niños se van solos a casa. A otros los recogen sus padres o sus tíos o sus primos mayores, siempre gente más joven que la abuela de XY, que es la encargada de esperarlo.

A XY le da un poco de vergüenza que lo traten como a un niño pequeño delante de sus amigos, pero esa tarde entre las cabezas descubre muchas miradas que se fijan en él, y ni rastro de su abuela.

Llega a la salida, se vuelve a despedir de sus amigos y distingue a su abuela a lo lejos. Mientras, empieza a acudir gente que le suena de vista, de la puerta del colegio o del barrio, que le preguntan todo el rato si está bien, como si le hubiera pasado algo.

Le acarician el pelo, le acarician la cara y entre el agobio de las atenciones quiere correr hacia su abuela, pero ella anda muy lenta.

Le parece escuchar algo sobre un incendio, pero XY se escabulle y hace como que no oye.

Al llegar a la altura de su abuela, ella lo abraza y sin que XY pueda expresar su inquietud le dice de sopetón que ha habido un incendio en su casa, pero que su otra abuela se ha salvado. De milagro, recalca la mujer.

Por el camino hacia casa, XY no sabe que durante tres noches dormirá en casa de sus otros abuelos, no se imagina cómo ha quedado la casa y nunca sabrá quién tuvo la culpa de que la estufa se quedara encendida todo el día y prendiera la manta del sofá.

14. Leones tras el espejo

Las semanas en la gran ciudad se parecen unas a las otras como los canales de pago. Alfredo se dispone a ver, como cada viernes después del trabajo, el canal temático de documentales. Se tendría que haber duchado, pero le ha dado pereza. Han sido muchos los clientes y le urge disfrutar del momento en el que se sienta en el sofá, hace clic con el mando y se transporta a otros mundos y culturas. Es una buena forma de aprovechar el tiempo en lugar de despilfarrar sus exiguos ahorros en películas de Hollywood o salir a cenar y engordar como un cerdo.

Esta tarde a las siete emiten un documental que le trae loco desde que lo vio anunciado en la revista que le envían a finales de mes por ser cliente premium. Se trata de una tribu de negros de Tanzania que convive con los leones hasta tal punto que los negros parecen leones y las fieras, personas. Le han dado cuatro premios y todo. A eso de las dos de la tarde, en el trabajo, ha sentido la debilidad de llamar a un amigo recién casado, porque hace muchísimo que no quedan, pero ha pensado: "Que le den por culo. Él no abandonaría un plan por mí". Luego se ha arrepentido y ha tecleado su número. De todas formas su amigo no le ha cogido la llamada.

Alfredo Trías lleva mucho tiempo sin salir a divertirse. Según su hermana está pasando por una depresión, pero qué sabe ella. A simple vista, Alfredo parece escuálido. Además no es muy alto. Sin embargo, a fortaleza mental hay pocos que le ganen. Bien mirado, mucha gente se habría dado de baja en el almacén de venta de colchones con muchos menos motivos. Motivos en los que él no piensa desde hace mucho tiempo.

Empieza la emisión y lo que ve en la pantalla no se corresponde con lo esperado: una imagen desfigurada de un oso se refleja en un lago. Luego sale el maldito oso pardo pescando truchas durante cinco minutos sin voz en off ni ningún acompañamiento musical. Además, el título del documental, *Gigantes pescadores*, nada tiene que ver con el que está programado para esa hora.

Este tipo de alteraciones le irrita (no es el único). Si pudiera, estrangularía al oso con sus propias manos y, después de ahogarlo, le clavaría un arpón y lo removería en su interior hasta cubrir las aguas del río de sangre. Alfredo casi huele las entrañas del oso.

Para colmo le llama su hermana, que tras obligarlo a configurar una cuenta de correo electrónico en su nuevo móvil le echa un sermón: "¿por qué no sales por la noche como todos los solteros? ¿O es que tienes miedo?". Alfredo se despide de su hermana fingiendo que le resbala el comentario. Incluso hace como si se le escapara una risita. Para cuando cuelga, el documental del oso ha terminado y ahora echan uno repetido sobre las pirámides. Maldita suerte la suya. Y malditas sean las pirámides, tan aburridas de lejos, y tan imperfectas desde cerca, con los pedruscos roídos.

El comentario de su hermana le ha fastidiado. Precisamente se acuerda de que ella le regaló un libro en Navidad. Recuerda que en su día le tranquilizó leerlo, pero ya hace tiempo de eso. Sin más, se levanta del sofá (las pirámides siguen en la televisión), lo busca en la estantería, le quita el polvo y hace una mueca al descubrir el título, *Enfrentarse a uno mismo*. Aun así, se lo lleva al sofá, lo hojea y recalca en un párrafo donde el autor le dice a la cara que, efectivamente, las personas que deciden no socializarse después de una ruptura son unos cobardes. Tira el libro al suelo, apaga la televisión hincando el anular en el botón (normalmente usa el mando a distancia) y se pone enfrente del ordenador en busca de consuelo. Sólo llega a leer un e-mail donde el que era su mejor amigo le envía una foto de su pareja y su bebé recién nacido. En el mismo mensaje le anima, con copia a más personas de las que apenas se acuerda, a que se ligue una tía como Dios manda. Se lo dice con cariño.

Alfredo no sabe si tomárselo bien o mal. El caso es que apaga el ordenador y se queda un rato sentado en la silla del escritorio sin saber qué hacer. Agotadas las opciones habituales de ocio se siente perdido.

A trancas y barrancas, Alfredo se ha autosugestionado con música moderna y se ha puesto la ropa nueva. Antes, se ha echado desodorante por debajo del jersey, porque hace demasiado frío para ducharse. Ahora guarda cola delante de una discoteca de la Plaza Real de Barcelona. Mira a su alrededor y se siente viejo (aunque sólo tiene treinta y cinco años). Más objetiva resulta su falta de estilo al vestir: pantalones vaqueros demasiado nuevos, casi relucientes, y una camisa roja, casi naranja, de Zara. No tiene ni idea de combinar colores, bien lo sabe él. Sin embargo, una chica de entre un corrillo junto a la puerta le ha mirado. Este dato también es objetivo. Luego, esa misma chavala le ha sonreído a otra. Y después han desaparecido, pero “ya es un comienzo”, se dice Alfredo.

Tras la señal inequívoca de que va a triunfar esta noche, Alfredo se envalentona: se ve a sí mismo como el león indolente de la sabana. Las dos pintas y media de cerveza en el pub irlandés, justo antes de llegar a la plaza, le han animado bastante. No obstante, Alfredo está convencido de que se trata de instinto fiero que lleva dentro y no le extraña en absoluto que de repente los demás cazadores de la estepa parezcan perros de las praderas en comparación con su estampa de león solitario.

Las colas de la discoteca dan que pensar incluso a las bestias. A Alfredo, convertido ya en rey de la selva urbana, no le importa tanto el físico de la gacela como su predisposición a convertirse en mera presa. Para él, lo ideal es que ella se deje apresar, pero con esfuerzo. Tampoco le conviene que se hagan demasiado las duras: tantas trabas podrían convertir un acto natural y salvaje en un experimento sociológico.

La cola avanza lentamente. De repente se estira, tensa los músculos de las piernas, yergue la cabeza y divisa entre la multitud un par de hembras que le apetecen. En su mente, él es un león real que se abalanza sobre una conejita con la rapidez de la que sólo la muerte es capaz. Es su noche, y la futura presa podría acabar de entrar en la discoteca. Ahora que está a solo dos chacales de los gorilas de turno, se concentra: sólo tiene que pasar al interior, seleccionar el objetivo, exhibir sus encantos y matar a la gacela con la mirada. El resto vendrá solo.

La música incita más a la charla en la barra que al baile. No importa, aún le queda mucha noche por delante. Además, todavía son pocas las hembras que pululan por la pista. La primera chica a la que invita en la barra se enfada porque el macho da por supuesto que invita él. Un detalle feo que disgusta a Alfredo; por eso no le importa que la morena, con el pelo a *logarçon*, quizá universitaria, mueva su culito hasta la otra punta de la barra, donde apenas se distinguen por el humo varios chavales y chavalas, también de corta edad. ¿Qué sabrán los mañacos?

Un buen depredador no se viene abajo con el primer desencuentro. Tal vez necesite un reajuste táctico. La verdad es que esperaba que la caza se desarrollara con las tripas y no con el cerebro, pero ¿quién dice que los leones no planifican su táctica? Sólo tiene que adentrarse más en la sabana donde pacen las presas incautas. Allí encontrará, además, especímenes adultos y no esos cachorros atolondrados. Es hora, pues, de pasar a la acción. Se le eriza el vello del pecho y le asalta una sed insaciable. Apura la copa de un trago y pide otro whisky para internarse en la pista de baile donde, a esas horas, ya se bate el cobre.

Se traslada poco a poco hacia el centro de la pista y, para hacerlo, se concentra en los sonidos más graves y primitivos. Es cuestión de tiempo, se dice, aunque los *beats* que marca con la suela de los zapatos parecen ralentizarse, como si la música fuera más lenta o los segundos se estiraran. Con los instintos a flor de piel, piensa por un momento en elaborar un plan B. Sin embargo, rechaza la idea. Eso denotaría miedo, y el buen cazador no capta esos sentimientos negativos. De momento no se le pone ninguna presa a tiro. El buen cazador debe de demostrar paciencia, trata de convencerse.

En efecto, bailando con parsimonia, no tarda en sentirse observado, deseado. Todos querrían tener su temple, inmune a los aspavientos de los chavales de alrededor. Sabe que ahí, entre la maleza, se encuentra esa hembra furtiva que sale de casa para enseñar el aperitivo de un menú

nocturno de lujuria.

De entre todas, se fija en una rubia, algo delgaducha, muy blanca, de cuyo cuerpo cuelga poca ropa. Apenas unos tirantes y un trapito negro que le cubre hasta el comienzo de los muslos desnudos. La mira fijamente, incluso a costa de perder el ritmo de la música, todavía demasiado suave. Sin embargo, la chica, quizá drogada, sólo mira hacia abajo, lo que le hace parecer un flamenco. Y los leones nunca persiguen ese tipo de aves intoxicadas por los humedales amarillentos.

Alfredo espera al compás de una música que ya ha alcanzado la intensidad de los festejos de una tribu salvaje. Muy cerca, en otro corro mixto, salta una chica morena, de pelo largo y rizado, con la nariz respingona, y un par de *depiercings*, uno sobre el labio superior. Alfredo se figura que a esta veinteañera le va la marcha fuera de la pista de baile. Se la imagina encima de él, montándolo salvajemente. Intenta clavar sus ojos en los suyos, pero la chica rehúye la mirada. Quizá el león debería limitar el nivel de ferocidad al fijarse en la presa. Eso podría espantarlas, piensa Alfredo. Sin embargo, no entra dentro de sus planes jugar al lobo con piel de cordero. Durante un tiempo pudo haber sido su juego. Ahora no.

Pasa la noche y el ritmo machacón, pum, pum, pum, ha acabado por difuminarse. Forma parte del ambiente turbio de esas horas de la madrugada. Alfredo se ha ido a repostar a la barra. Ha pedido más bebidas y se ha negado a invitar a más chicas, por lo que la realidad le ha cambiado ligeramente. Ahora suena la música etérea y exótica. La gente se lo pasa bien y a él le importa menos la cacería, mientras pueda fijarse en aquella chica negra tan alta con esos pechos firmes o aquella otra rubia algo más rellena, pero con unas tetas también apetecibles. Se las imagina con él en una bañera muy grande (en el aseo de su casa se las vieron y se las desearon para instalar un plato de ducha). Las dos bañadas en agua espumosa y perfumada se frotan cuerpo a cuerpo mientras él balancea la cabeza a sabiendas de que el cazador ha cambiado de táctica.

Ahora la consigna sigue siendo esperar el mejor bocado, como en la cacería de altura. La madrugada cabalga sobre los lomos del león cansado, mental y físicamente. No está disgustado, pero le molesta tener un poco de sueño, por lo que pide un licor de café. “¿Qué?” “Un licor de café”, le repite a la camarera, la chica más guapa de la discoteca, sin dudarle, por eso no la ve como una hembra. Las camareras de discoteca nunca salen con clientes. Sólo los pringados pican y toman una copa detrás de otra. Él no es un pringado, a pesar de que de momento no se haya llevado ni un cuello de pollo a la boca. Está siguiendo el manual del cazador. No es verdad que esté demasiado viejo para salir a la jungla abierta. Se dice a sí mismo: “no es verdad”.

Alfredo se apoya en la barra y ve que una chica se le insinúa. Claramente lo invita a acercarse. Está más lejos de lo que pensaba y le cuesta avanzar en paralelo a la barra a pesar de que los taburetes son bajos y la mayoría están vacíos. La mujer, estilizada y con un estilo salvaje a la vez que frágil, parece alejarse, pero no se ha movido apenas. Acaso es un efecto de las luces parpadeantes que llegan desde la pista. Es cuestión de centrar el punto de mira. Se pone muy serio al lado de la gacela —pizpireta y elegante— y ella se ríe y le empieza a hablar. No consigue escuchar las palabras que salen como lametazos de felina, pero Alfredo asiente a cada ráfaga de sílabas. Lo importante es que la hembra se presta al cortejo. De lo contrario habría escapado, hacia la derecha, con su manada de jirafas, avestruces y pavos reales; o hacia la izquierda, donde aguardan los lobos y los coyotes. El león ya no recuerda si dentro del ritual se admite la charla o si algunos puristas cinegéticos podrían verlo como una agresión a la liturgia del macho que capta a la hembra con ganas de fornicar y ya está. La verdad es que se lo llega a plantear, pero la risa de la conejita (es un animal que cambia de apariencia) le gusta, le hace sentirse magnánimo. Pronto, los dos se apartan de los animales de la selva y se escoran hacia una mesa alta, como una acacia solitaria en la sabana. De cerca, su aliento sabe a fuego. A pesar de la poca consistencia de la conversación de este ejemplar de ratita presumida, merece

la pena hablar con ella para no alterar el plan principal: esta noche toca cazar una buena hembra. Y ésta lo es.

Dos copas más tarde, y reincorporado el rito de la invitación, sabe que la culebrita le enseña la lengua con señales inequívocas. Todas llevan al dormitorio de Alfredo. Esa cháchara con puntos suspensivos al final de cada intervención, como en una mala novela, sólo tiene un propósito: aclarar el camino al rey de la selva, que ya ha encontrado un sendero firme por el que seguir hasta su presa.

Ha tenido suerte: la leona —pues las suyas no son maneras de cervatilla— se presta a la liturgia que tantas veces ha observado en la sabana televisiva. El cazador, con piel de león aturdido, se vuelve humano durante unos segundos y le cede sus copas a la mujer felina, que cada vez se muestra más salvaje. Se las bebe de un trago. Las dos. Y el león recupera su esencia animal y decide que ya está bien de charla inútil. Seguramente la leona está ansiosa por pasar a la acción. Lo último que el león querría es que ella pensara que su macho teme no dar la talla.

Mientras van en el taxi, que le recuerda a un elefante, el león reconsidera los detalles del plan y admite que ella lo monte a él, pues sin duda hay algo en la selva musical que le ha sentado mal. Tan mal como para que, por un breve instante —pero turbador— piense incluso en dejarlo para otro día.

La sabia naturaleza, a Dios gracias, ha incitado a la leona a que lama el cuello del león herido de modo que deje de pensar en tonterías y recupere su vigor, ya sólo atenuado por la incomodidad del asiento del taxi y las miradas del orangután que dirige el elefante.

Poco después, a la hembra le parece mal que Alfredo le tape la boca con la mano mientras suben las escaleras.

—¿Es que no te gusta? — dice la leoncita.

—Psss... Un poco de paciencia —le susurra al oído.

El ascensor hace demasiado ruido y en el bloque todo el mundo conoce al cazador.

A sólo unos escalones del piso, en cambio, a Alfredo no le parece mal trazar una caricia sobre el pelo enmarañado de la felina, que pronto empieza a emitir ruidos provocativos y poco adecuados. La manda callar con autoridad y ella entra en el piso a regañadientes. Alfredo empieza a recordar lo difícil que es contentar a las féminas. ¡Casi un imposible si se trata de leonas! Al fin y al cabo, ¿cuántas cosas puede aprender una leona en su vida? De pronto, recuerda un documental turbulento en el que mentían descaradamente asegurando que era la leona la que cazaba las presas para sus crías. El león siempre ve horizontes más profundos que la hembra, preocupada por asuntos domésticos, como la cría de los cachorros.

Que la leona tuviese la intención de fornicar con él en el portal corrobora su teoría. No ven más allá. Ni siquiera es cierto que ellas se presten mejor a los asuntos prácticos. Nada cierto. Alfredo observa con sorpresa cómo la hembra acierta a dar con el dormitorio a la primera, pero no le encuentra relación con el pretendido pragmatismo femenino.

Con tan ricas disquisiciones, Alfredo se relame de gusto, y sin darse cuenta, ya ha entrado en la cueva del sexo, donde una cama humana espera el apareamiento animal.

El león se tumba. Más bien, se deja caer. Está cansado o tal vez el alcohol... Ahí comete un fallo de garra izquierda, porque la leona se queda parada enfrente de la cama. De súbito, el macho lee la situación en la expresión extrañada de la hembra, se incorpora empujado por un resorte invisible y se sitúa enfrente de la felina. Ella hace una mueca que recuerda a la sonrisa de un ser humano, y casi como una persona le dice (ruge) algo, que en algún idioma significa que espere.

La leona se levanta y desaparece hacia el baño para hacer cosas de hembras. El león vuelve a tumbarse y acentúa su fastidio con un leve rugido. A fin de cuentas, bien podría observarse como un halago que la leona prefiera acicalarse en el baño antes de entregarse al acto carnal descarnadamente. Sin duda, otra muestra de su escasa capacidad intelectual. Aquella hembra se lo habría hecho en el pasillo del bloque de apartamentos y, ahora que han llegado a la cama,

le hace esperar para arreglarse.

Tan ilógica reacción, aunque se la esperaba, provoca un ligero sopor en el león que, cuando se quiere dar cuenta, ya tiene encima a la leona. La hembra, furiosa, lo acaba de desnudar. Ella se quita la ropa muy despacio, lo que provoca que su imagen, vista desde abajo, se vuelva borrosa. Ahora, según ha calculado el león desde el mismo momento en que la vio en la barra, vendría el momento de la felación. Empezará succionando suavemente para acabar la desatando la furia salvaje en los adentros del león, que sabrá controlarse para poderla penetrar a continuación. Sin embargo, la leona comienza a masturbarlo.

La iniciativa de la leona no cambia demasiado el protocolo, pero aquel giro disgusta al león que no entiende por qué cojones aquella hembra tiene que cambiar el guión, a sabiendas de que su falo todavía no había conquistado la dimensión adecuada. Más pesadumbre causa en Alfredo que su pene sucumba a la gravedad y se arquee flácidamente. Para más inri la leona se olvida del decoro y suelta varios suspiros de decepción.

En aquel momento, Alfredo se transforma en humano y le pide: "Chúpamela, anda". Ella lo encuentra gracioso y él no. Aquí podría acabarse el asunto, pero antes de que Alfredo se desespere, la leona empieza a succionarle el pene, y el miembro responde a la estimulación. La desconocida sonríe cuando levanta la cabeza de entre las piernas de Alfredo. Inmediatamente después, la viciosa señala el espejo ovalado que cuelga de una esquina en el techo, y se retira la melena encrespada de la cara. Es entonces cuando Alfredo ve reflejado el rostro de la zorra en el cristal.

Aquel momento se dilata en las tripas de Alfredo. Esa cara. Esa estúpida mueca que no se borra de la cabeza de mujer hueca. Aquella mujer le ha engañado. No hay otra explicación ni disculpa posible. La terrible grasa de su piel arrugada, la flacidez de unos pómulos que llevaban mucho tiempo desfigurados, y la nariz de boxeador, las cejas pintadas, la boca diminuta y pintarrajeada, las orejas de mula, y todo el absurdo conjunto de una cara de mujer divorciada, deprimida y falsamente liberada.

Por el femoral de Alfredo asciende un latigazo invisible y envenenado que le obliga a quitársela de encima cuando ella se dispone a montarlo. Aquella arpía asquerosa sigue sonriendo en el instante en el que se pone de rodillas sobre la pelvis de Alfredo. Primero ve un cuerpo grueso, deforme, y luego se fija en una sonrisa insoportable de dientes cariados y desiguales. Alfredo cierra los ojos y niega con la cabeza. Ésa no es la hembra que él ha cazado en una discoteca. No puede serlo. Dominado por la furia la agarra con las dos manos por el cuello. Durante unos segundos la muy miserable intenta hablar, luego se conforma con respirar hasta que en su rostro se perpetúa una mueca patética, que asquea a Alfredo y le obliga a soltarla. Demasiado tarde para la infeliz. Aquella mujer, de unos cuarenta y tantos años, latinoamericana seguramente, y de biografía desconocida ha muerto.

En cuanto se da cuenta de lo que ha hecho, Alfredo deja salir un alarido de pura rabia. ¿Y si la imagen que la mujer le ha mostrado en el espejo era cierta? Tal vez fuera la luz. Tiene que descubrirlo enseguida. Luego ya se ocupará del cadáver.

Se levanta de la cama dándole la espalda al cuerpo de la mujer todavía caliente y se va directo al baño. Antes de mirarse en el espejo, la prioridad absoluta entonces, enciende todas las luces, no sólo las del baño, sino también las del dormitorio y las del pasillo. Cuando vuelva a pisar los azulejos del baño, respira desde el abdomen, como le dijeron en terapia. Después de cinco veces seguidas, demasiado seguidas, cree que se va a marear. Se apoya en el marco de la puerta para no perder el equilibrio, da un paso adelante y se mira al espejo.

Aquel espejo le devuelve la misma imagen terrorífica que ha visto desde la cama: La cara gorda. El pelo escaso. La mirada de un perdedor. La dentadura amarillenta. Luego, se retira medio paso y se ve en conjunto: patizambo, flaco, pero fondón, y más bien bajo. Ante sí, una mierda de tío, un semihombre.

Alfredo comprende entonces que los días venideros serán difíciles de soportar; por eso sale del baño al dormitorio, baja la persiana, cierra el cuarto, y se abre paso por el salón desordenado de periódicos viejos, latas de comida preparada y botellas. A tientas, pulsa el botón de encendido del televisor. Enciende la luz mortecina de una lámpara de pie, se tumba en el sofá y selecciona el canal 43 en el mando a distancia. Respira con alivio: hacen un documental de animales. Al principio piensa que el tema central son los toros de lidia hasta que empiezan a desfilar ovejas, vacas, gallinas e incluso cerdos. La verdad es que ya empezaba a cansarse de tanta fiera salvaje.

Septiembre de 1981

A sus seis años, XY aún no siente el cosquilleo previo a la pulsión sexual, pero desde que lee los cómics de *El capitán trueno* se ha enamorado platónicamente de Sigrid y, por tanto, de todas las chicas rubias, delgadas y prudentes. En una casa vieja, al doblar la esquina, viven tres hermanas, las tres rubias. A XY la menor, de unos ocho años, le parece muy guapa. Sin embargo, no se lo piensa contar a nadie. Se conforma con mirarla desde el balcón de su tía, sobre todo en verano, cuando la mamá de las rubitas deja las ventanas abiertas de par en par. Ella siempre se siente en el centro del sofá con su vestidito de tirantes y a él le encanta mirarla. El día anterior, domingo, XY aprovechó que los mayores se sirvieron el café en el salón de su tía para salir solo al balcón. Normalmente iba allí a jugar con su primo, pero esta vez decidió salir solo con la idea de ver a la rubia. Tan concentrado estaba en adivinar sus movimientos tras el tercero izquierda del edificio vetusto que no le importó que el cielo se emborronara y el viento frío golpeará las barandillas de metal. Antes de que le ordenasen a XY que saliera del balcón, le dio tiempo a divisar el brazo blanquito que, por alguna razón, apartó la cortina de la ventana del salón. Era complicado adivinar qué pasaba allí dentro por debajo de los listones que estaban casi por completo echados. Sin embargo, XY lo habría conseguido con un poco más de tiempo. Por eso, lamentó su mala suerte en voz baja que le tocara volver al salón. XY esperó al segundo aviso para obedecer sin rechistar. El primer domingo de otoño* transcurriría sin novedad.

Un día después, XY salió a jugar después de la merienda, pero notó que los amigos del barrio andaban cabizbajos: ningún balón volaba por encima de los cables de la luz; las risas y los gritos infantiles de siempre se habían convertido en miradas apagadas.

Sucedió de repente: la hermana mayor de la niña de sus ojos había caído muerta en el portal de su casa. En cuanto su primo se lo dijo, XY se vio impulsado a correr hacia la casa vieja. La fatalidad había ocurrido hacía más de una hora y él sólo pudo ver el torbellino de gente alrededor, la ambulancia y poco más. La madre de XY vino corriendo a por él y se lo llevó a casa. Durante la cena se enteró de que la hermana mayor de su novia secreta tenía dieciséis años y aquella noche le costó dormirse porque también supo que mucha gente se muere así: de repente.

Poco tiempo después, su hermano se puso enfermo. El padre fue a buscar al médico con su coche, mientras la madre salió a buscar un termómetro puerta por puerta. A XY lo pusieron al cargo del bebé en su cuna, encendido de fiebre e increíblemente silencioso.

A XY empezó a dolerle el pecho izquierdo y creyó que se trataba de una corazonada. Su hermano estaba pálido, su madre se había ido con lágrimas en los ojos, y algo le decía que la muerte se había filtrado desde la luz de la luna que salía despedida del cristal de la ventana hasta reflejarse en el espejo.

XY estaba tan alterado que no podía gritar y, a pesar de que nunca hablaba con él, le pidió al bebé que no se dejara ir, que abriera los ojos y llorara, como siempre. Pasaron unos minutos y todo seguía igual: la madre no dejaba de llorar mientras retiraba el termómetro antes de tiempo, el bebé miraba sin ver con los ojos vidriosos. Entonces, XY salió del cuarto y, desde el balcón de su casa, se orientó al este, hacia la casa vieja, y le pidió a la hermana de la rubia, la muerta, que le ayudara a mantener en el mundo de los vivos al bebé. A cambio, le prometió que no volvería a molestar su familia.

Inmediatamente después, su madre soltó un alarido y salió corriendo de la casa. XY se quedó boquiabierto. Por suerte, al poco regresó con una vecina que aseguraba que su termómetro para bebés funcionaría mejor. Al cabo de un minuto exacto, el hermanito de XY empezó a llorar y el niño vio desde el umbral de la puerta cómo la vecina lo sostenía en el aire y el bebé de apenas diez meses sonreía.

A partir de entonces XY jamás volvió a espiar la casa de las chicas rubias. Incluso el día que se

encontró a la niña que le gustaba toda vestida de negro, agachó la cabeza, apretó el paso y se alejó de ella sin decir cuánto sentía la muerte de su hermana. Alguna lágrima le resbaló hasta los labios, pero la chiquilla no pudo verla.

15. Ultrarrealidad

Cuando dejé que Manuel me pusiera el anillo de prometidos en aquel restaurante tan cursi del centro, ya supe que me estaba comprometiendo también con su dedicación a la nanotecnología. A mí no me costó nada renunciar a mi puesto como investigadora en una farmacéutica siempre al borde de la quiebra. De hecho, fui yo quien se adelantó a la propuesta de Manuel, porque en el fondo sabía que me iba a casar con el hombre más dulce del mundo (aunque tuviera sus defectos como todos los hombres). Sólo le puse una condición: si quería que le diera hijos tendría que renunciar a los viajes de trabajo.

Al principio se lo tomó como un chantaje emocional. Me lo dijo con tacto, pero de sus labios salió el primer reproche que jamás le había escuchado.

—¿No me estarás pidiendo que anteponga la pareja a mi carrera?

Enseguida me puse roja de vergüenza e, irremediablemente, me sentí culpable. Tal vez no había elegido el momento adecuado: nos acabábamos de comprometer y, a pesar de su total agnosticismo, estaba dispuesto a pasar por la iglesia. Además, le habían operado por tercera vez de cataratas. Luego se repuso, pero en aquella época le preocupaba mucho perder su principal herramienta de trabajo, la vista.

Más tarde cumplió con su promesa, e incluso superó todas mis expectativas. Antes de casarnos, eligió una casa enorme con sótano y lo acondicionó para poder trabajar desde allí todo el tiempo que pudiera. Ya sólo por el gesto me pareció el hogar perfecto y nos casamos.

Todo iba bien. Cada tres o cuatro meses se veía obligado a viajar, pero por lo general desayunaba, comía y cenaba conmigo cada día conmigo, lo que significaba una mejora sustancial respecto a nuestros días de noviazgo.

Al cabo de un año, casi exacto, me quedé embarazada de Quique. A pesar de que hacía algún trabajo desde casa para revistas científicas, sobre todo traducciones, me sentía bastante sola, ya que Manuel empezó a aislarse en su laboratorio privado y se pasaba una media de doce horas diarias allí. De vez en cuando bajaba las escaleras para verlo, pero en los últimos meses del embarazo me obligaron a guardar reposo absoluto y había varios escalones con melladuras bastante peligrosos. Además, aquella época coincidió con un proyecto que lo tenía totalmente absorbido. Así que sólo lo veía cuando salía de su encierro. En pocos meses, y de repente, lo encontré muy envejecido, con las sienes canas y el cuerpo de un jubilado que se pasa el día viendo la tele en el sofá. Yo, incluso en mi estado, me sentía llena de vida. Él dejó de interesarse sexualmente por mí e incluso dejó de hacerme cumplidos. Mis ojos verdes, mi cuerpo menudo pero proporcionado y mi media melena rubia “como el sol” ya no le llamaban la atención.

También me sorprendió que dejara de hablarme de su trabajo. Sin embargo, incluso habría llegado a entender que se apartara de mí en aquellos momentos tan importantes de no ser por qué hacia el séptimo mes de embarazo se empezó a mostrar iracundo. La primera ocasión que lo hallé realmente cambiado fue el día que me encontré con una caja con materiales de óptica en el jardín. Menos mal que no se me ocurrió abrirla, porque cuando Manuel se enteró de que el repartidor la había dejado allí, en lugar entregársela en mano, llamó a la empresa de transportes e insultó a una pobre teleoperadora como si hubiera cometido un crimen.

Quise tratar el asunto durante la comida y entonces le cacé una mentira. Me negó en rotundo que se tratara de materiales de óptica. No me quise dar cuenta de que me ocultaba algo y le conté que había realizado traducciones para aquella misma empresa. Se mostró tan ceñudo en su empeño por negarme la evidencia, que incluso dudé de mí misma y busqué por Internet el nombre de la empresa. Yo estaba en lo cierto, pero decidí que era mejor obviar el tema. Sin embargo, de vez en cuando, me sentía sola, especialmente cuando volvía de los cursos de parto sin él. De noche, mientras trataba de encontrarlo en el silencio de la cama fría me

preguntaba si aquella mentira sería sólo el ojo del huracán.

Nunca pensé que Manuel me pudiera engañar a propósito. Alguna explicación debía de tener aquel embuste, pero supe quitarle hierro al asunto, hasta que de la noche a la mañana empezó a negarme hechos evidentes. Por ejemplo, le advertí de que tuviera cuidado con el soplete, porque en el sótano había bombonas de butano como para volar toda la manzana. Su respuesta fue clara: él no había usado el soplete nunca. ¿Y de dónde procedía el resplandor que había visto yo al asomarme a la escalera como tantas veces acostumbraba a hacer?

No me atrevía a molestarlo, pero de alguna manera tenía que saber cuándo estaba dispuesto a cenar o a ayudarme con cualquier esfuerzo. Por el amor de Dios, estaba embarazada de su hijo. Apenas me podía valer por mí misma con las lumbares molidas por el eso y el dolor punzante en la vagina. Y él siempre permanecía allí, en el sótano, ajeno a la casa, a mí, a nuestro bebé en camino.

Durante la recta final del embarazo, Manuel siguió con pequeñas mentiras a mis envites cada vez más afilados y poco a poco dejamos de hablarnos hasta el día que rompí aguas.

Era la media tarde cuando empecé a notar las contracciones. Me levanté de la cama y, sin cambiarme siquiera, me dispuse a bajar hasta el sótano para avisar a Manuel. La segunda contracción me sobrevino en el primer repecho de la escalera. Esperé a que se me pasara por no alarmarlo, y al cabo de un par de minutos me vi con fuerzas de bajar los diecisiete escalones que me faltaban.

No podía ir deprisa, así que aseguré el pie a cada escalón que bajaba.

Él estaba sentado en el ala izquierda de la gran mesa que cubría toda una esquina a modo de rinconera. No me vio, porque estaba de espaldas, y porque, con mucho cuidado, retrocedí varios pasos hasta colocarme tras el pilar que se hallaba al pie de la escalera. Me oculté por impulso. Parecía tan concentrado y llevaba tanto tiempo intrigada que, a pesar de que me urgía acudir al hospital, quise saber en qué trabajaba. Entonces vi cómo dejaba sus gafas sobre la mesa. A continuación cogió unas pinzas y se ayudó de ellas para recoger una especie de lentilla de un tarro en el que había algún tipo de líquido, pues de la lentilla cayeron unas cuantas gotas. A continuación, hizo lo mismo con la lentilla del ojo derecho. Se levantó de la silla, con las manos sobre el tablero, y se dio la vuelta. Me di cuenta de que tenía los ojos cerrados. De pronto, los abrió. Los ojos muy abiertos, como si se hubiera llevado una sorpresa de muerte. Me adelanté unos pasos para que no sospechara que le estaba espiando. Por un instante sonrió al verme. Le devolví la sonrisa y enseguida me sobrecogió otra contracción fuerte. Tardé en descubrir que Manuel estaba viendo algo muy distinto a mi persona. No sólo actuó como si yo no estuviera, sino que comenzó a inspeccionar con la mirada todo el sótano. La sensación que daba, con los lentos movimientos de cabeza, casi circulares, era la de observar a través de un microscopio.

Al alzar la vista, se sobrecogió como si recibiera una descarga eléctrica. Gritó, se le agrietó el rostro convertido en un aullido terrible y se quitó las lentillas de un manotazo. Estuvo agachado, con las manos tapándose los ojos durante unos segundos. No pude hacer más que correr hacia él. A pesar de que sentí la urgencia de ayudarlo, me temí lo peor. Tan pronto como le puse la mano sobre el hombro, dio un respingo, bramó algo ininteligible, se incorporó y guardó las lentillas en el tarro. Luego, se acercó hacia mí con los brazos abiertos con la clara intención de cortarme el paso. Con la voz quebrada, el rostro compungido, me pregunto qué me ocurría. Fui una cobarde y sólo le dije que había roto aguas, que el bebé estaba en camino. Manuel me cogió de la mano y, por fin, percibí en su tacto y en su voz la ternura del hombre del que me había enamorado.

Después del parto, pensé que Manuel había vuelto a ser el que era. De entrada, cerró el laboratorio y se instaló con su ordenador y algunos cachivaches en una habitación que usábamos de trastero. Sin embargo, al poco tiempo se las ingenió para cambiar la cerradura del

sótano en mi ausencia y volvió a las mentiras.

Me enteré de que ahora trabajaba en un laboratorio, de casualidad, porque una tarde volví antes de dar un paseo con Quique y no lo encontré en su despacho. Fue al buscarlo por la casa cuando traté de abrir la puerta del sótano. Sin embargo, mi llave ya no abría. Lo esperé en el salón bastante nerviosa. Cuando vino, cerca de las siete, me soltó como si tal cosa que ahora colaboraba en un laboratorio cercano, en la ciudad, a pocos kilómetros en autobús. Respecto al sótano, obvió el asunto de la cerradura y se limitó a decirme que había encontrado ratas, que estaba esperando a recibir un raticida muy potente. En aquellos momentos, estaba segura de que me mentía. Por lo demás, he de confesar que me sentía como una madre soltera y fea. Todavía no había recuperado mi figura, llevaba el pelo descuidado y tenía la cara hinchada. Cuando me miraba al espejo, entendía que Manuel no me tocara en la cama.

Una mañana, presa de la histeria, lo seguí con mi hijo en brazos. No fue a ninguna parada de autobús. Entró en un bar y no salió de allí durante la hora y media que estuve esperando en un banco de un parque cercano tras unos arbustos. Lo mismo hizo al día siguiente, y al otro.

En casa no se comportaba como un borracho. Yo nunca lo noté agresivo, pero la ropa le apeataba a alcohol, y cada vez lo veía más apagado. Pronto empezó a venir de madrugada hasta que le salí al paso una de las noches que regresaba del bar. No tuve que decirle nada. Se echó a llorar como un niño en cuanto me vio y me abrazó. Luego en casa, me prometió que cambiaría y me explicó que le había ido muy mal en una investigación. Por eso se había ido a pique. Sin embargo, al preguntarle por aquellas extrañas lentillas me negó que existieran.

Después de aquello, volvió a abrir el sótano y yo me vi obligada a espiarlo, porque sentía cómo se le iba la vida de las manos. No era capaz de comunicarle mis temores. Éramos dos extraños, pero todavía lo amaba. Y cada vez que me ocultaba tras el pilar del sótano lo veía beber a escondidas. No había ni un solo signo sobre la mesa de que estuviera trabajando en un proyecto. Ya no disimulaba. Incluso dejaba la puerta abierta. Ni siquiera miraba alrededor el tiempo que lo espiaba.

Una de esas ocasiones Manuel se volvió a dormir en el sillón. Como tantas otras veces, aproveché para bajar al sótano. Aquella tarde estaba especialmente dolida: nuestro hijo tenía fiebre y ni se había dignado a verlo. Yo sé que lo amaba con locura, también entendía que se había convertido en un alcohólico, pero necesitaba saber la razón. No sabría explicarlo, pero intuía que el motivo tenía que ver con aquellas lentillas que en teoría sólo existían en mi imaginación. Decidida a esclarecer la verdad, revolví todas las cajas. Nada. Busqué en los armarios, las estanterías y los cajones, pero no encontré ni rastro de las lentillas. Por puro azar hallé una caja fuerte muy pequeña, justo detrás de una planta artificial, arrinconada. Intenté abrirla sin éxito. Cuando me cansé de buscar, subí y Manuel seguía durmiendo. El resto de la tarde lo dediqué a Quique, que por suerte, empezó a sentirse mejor.

La mañana siguiente me desperté asustada y comprobé que Manuel no estaba en la cama conmigo. Poco después un policía grueso llamó a la puerta. Apenas si me dio tiempo a encajar el frío de la calle. Manuel había muerto atropellado.

No supe que lo quería de verdad hasta que vi cómo la tierra se tragaba su ataúd. Mi pequeño en brazos. El frío de la mañana. Los pocos invitados con sus gélidas condolencias. Todo aquello me marcó para siempre.

La casa se me hizo enorme y pronto, mientras tramitaba los papeles de la viudedad, empecé a pasar apuros económicos. Entonces, pensé en aquella caja fuerte. La intenté abrir de nuevo, pero no tuve éxito. Busqué por todas partes una posible clave. Tampoco encontré ningún papel con códigos escritos. La respuesta me la dieron unos compañeros de Manuel. Venían en busca de su ordenador. Al parecer, contenía datos de un trabajo de investigación muy importante. Mentí y les dije que no lo tenía. Los dos hombres se fueron con la mosca detrás de la oreja. Nunca he servido para mentir.

Pero gané tiempo, porque desde el primer momento supe que volverían. Entonces encendí el ordenador. Me costó poco adivinar la clave: la fecha en que nos conocimos. Luego, me pasé horas y horas repasando documentos. No encontré nada fuera de lo normal. Excepto un documento que se llamaba "diario". Lo abrí. Tenía muy pocas páginas e instintivamente fui a la última.

La fecha que constaba en la parte superior del documento pertenecía al día anterior a su muerte. Allí decía que tenía pensado suicidarse, que me escribiría una carta, que era lo menos que me merecía.

Dejé el ordenador, pero busqué la carta en vano. A pesar de que estaba cansada y de que tenía que asear a Quique, regresé al ordenador y repasé el diario. Hablaba de un proyecto secreto y de que no se atrevía ni siquiera a nombrarlo en su propio diario. Sin embargo, entre un desfile de sentimientos de autocompasión confesó lo siguiente:

"Nadie ha visto la realidad hasta ahora. Es espantosa."

Por supuesto que no supe interpretarlo, precisamente porque no había nada que interpretar. Al repasar el diario varios días después, encontré una serie de números y letras a la que no había dado importancia. Pensaba que se trataba de una fórmula, pero luego, lo vi claro: la i significaba izquierda, la d derecha, y los números eran los que venían impresos en la rueda de la caja fuerte.

Me llevé el portátil hasta el sótano y muy nerviosa seguí las instrucciones. La caja se abrió. En su interior tan sólo había dos cápsulas blancas. Las abrí con poco esfuerzo... y allí estaban las lentillas. Sin vacilar, me las puse. ¿Cómo explicar lo que vieron mis ojos? Me enfrenté, ni más ni menos, que a la verdad. No puedo entrar en detalles. No debo. Pero sé que es mejor no experimentar la sensación de que vivimos rodeados de monstruos nauseabundos: todo se pudre ahí afuera, y con esas lentillas observé con horror los seres que me habían estado royendo la piel, incluso la ropa, durante toda la vida. Por no hablar de los muebles, el suelo pétreo incluso, el mismo aire. Luego me atreví a mirar el techo, como Manuel antes de caer de rodillas al suelo. De eso no puedo hablar. Sería una imprudencia.

Hijo, cuando tengas dieciocho años alguien te entregará esta carta. Si vieses por un instante lo que yo vi, y no me justifico, quizá comprenderías por qué me quité la vida. Las lentillas acabaron en el fondo del mar. El ordenador también. Tengo la sensación de que tu padre sabía muy bien lo que se hacía y de alguna manera supo proteger los archivos de su trabajo.

No te puedo decir nada más que vivas sin pensar en nada más que disfrutar del día a día. Respecto a nosotros, los humanos, tenemos una perspectiva muy reducida. ¿Te has parado a pensar cómo ven el mundo las hormigas? Fuera de su hormiguero, de la tierra que les rodea, ¿crees que son capaces de asimilar si están en un prado o en un jardín? No. ¿Qué somos nosotros respecto a los insectos? Quizá un nubarrón, un relámpago, quién sabe. Ya no te digo más porque quiero que seas feliz. Perdóname. Y no lo olvides, disfruta de la vida.

Noviembre de 1981

Son las cinco y cuarto. XY regresa solo del colegio. Su abuela está enferma y no ha podido ir a buscarlo. Por el camino hacia el bar de su tío, piensa mucho en los recuerdos que tiene de su bisabuela. Esta noche ha soñado con ella y no se la puede quitar de la cabeza.

Por primera vez se cuestiona la validez de la memoria. ¿Y si los recuerdos que tiene de aquella anciana son fruto de las fotografías que ha visto una y otra vez? ¿Y si las historias que le cuenta su abuela se hubieran convertido en un falso recuerdo?

Pasa la vieja carretera repleta de curvas. Pasa por el erial de pedruscos y tierra reseca. Cruza la vía del tren. Se interna en la parte vieja de la ciudad, y no es consciente de los pasos que ha dado.

Ahora camina por la acera pensativo hasta que decide salir del ensimismamiento y mirar hacia adelante. A lo lejos se acerca una vieja de negro, con un pañuelo en la cabeza del mismo color, tirabuzones de pelo blanco como la nieve y un andar cansino, como si viniera de otro mundo.

XY se la queda mirando (ella le devuelve una mirada sólida, fija), y ve en el rostro de aquella mujer el vivo retrato de su bisabuela.

La mujer amaga una sonrisa in dejar de mirarlo y XY está a punto de cambiar de acera y correr, pero no lo hace. En cambio, prosigue con la cabeza inclinada hacia el suelo. Eso sí, aprieta el paso y gira la cabeza muy de vez en cuando para constatar, horrorizado, que la anciana se parece cada vez más a su bisabuela y que la mujer se gira también para verlo.

El mundo se paraliza para XY cuando la vieja cambia la sonrisita, una mueca casi imperceptible, por una risotada maligna.

XY la enfoca bien. La maldita se ríe mostrando toda su boca desdentada. De repente, parece que va a mascullar alguna palabra, pero XY arranca a correr. Y corre y corre sin mirar atrás, aunque la tentación de grabar una última imagen de la anciana es muy grande.

Con el tiempo, este encuentro le servirá para ponerle rostro a aquella aparición con forma de anciana de negro que se le apareció una noche —¿o fueron más— junto al marco de la puerta.

Cuentos escritos entre 2008 y 2014.

Corregidos por última vez en 2015.